



HELEN SHELTON  
*Miedo al futuro*

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Al tomar en sus brazos al bebé recién nacido de un amigo, el doctor Sam Wheatley sintió deseos de tener un hijo.

Pero, después de llevar dos años manteniendo relaciones con Cathie Morris, representante de una compañía farmacéutica, Sam no conseguía convencerla de que la quería y de que sería maravilloso que se casaran.

Ella parecía ser una soltera empedernida y, lo que era peor, lo veía más como un objeto sexual que como un futuro marido. Sam decidió entonces tomar medidas drásticas, con la esperanza de que ella se rindiera a él.

## *Capítulo 1*

**E**S enorme! -dijo Sam, realmente maravillado, mientras tomaba al bebé de sus amigos en brazos y lo apretaba contra su pecho. Sonrió ante la mirada sorprendida del niño que fijaba sus grandes ojos azules sobre él-. Este pequeño va a ser un All Black cuando crezca. ¡Pesa muchísimo!

-Es normal -a Will le hizo gracia la afirmación de Sam sobre la talla de su hijo, pero también acogió con entusiasmo la predicción sobre la carrera del pequeño-. Pero podría ser un jugador de rugby. Tiene buenas piernas.

Maggie también pareció sorprendida ante el comentario de Sam respecto al tamaño del niño.

-¿Qué quieres decir con eso de que es muy grande? Pesa poco más de tres kilos.

-Sam lleva demasiado tiempo ocupándose de recién nacidos con poco peso --aseguró Will, y Sam inclinó la cabeza, admitiendo que podía ser verdad. Tres kilos para un bebé que estaba bajo su cuidado, en la unidad especial de neonatos del hospital de la capital de Nueva Zelanda, podría ser considerado muy grande.

-Esta es, probablemente, la primera vez este año que has tenido en brazos a un niño normal -dijo la nueva madre con una sonrisa-. Ahora, dámelo. No te hemos invitado aquí para que insultes a nuestro bebé.

-No me habéis invitado, sencillamente -aseguró Sam con una sonrisa-. He tenido que enfrentarme a la comadrona, a dos aguerridos empleados y a una enfermera para poder entrar aquí. ¿Qué tal estás?

A pesar de que solo habían pasado ocho horas desde que Maggie había dado a luz, tenía un aspecto increíble. El rubor de sus mejillas y el brillo orgulloso de sus ojos la favorecían mucho.

-Estoy dolorida, pero feliz.

-¿Dispuesta a ponerte a trabajar ya?

Ella se rio.

-¡Ojalá!

-¿Te parece una debilidad? -preguntó Will-con alegría.

-Lo superaré -dijo Sam.

Sam había tomado, temporalmente, el puesto de director de la unidad de cuidados intensivos del Hospital de Kapiti, mientras Will disfrutaba de sus ocho semanas de baja por paternidad y vacaciones, y Maggie, que trabajaba como la segunda de a bordo, gozaba de seis meses de baja.

Después de dos años trabajando en el hospital de Wellington, en la unidad de neonatos, Sam estaba ansioso por volver a tomar contacto con la medicina de adultos otra vez.

-Voy a tardar unos días en poder volver a hacer mis cálculos en kilos, en lugar de en gramos -añadió.

-Pobre Sam. Estarán todos observándote -le advirtió Maggie, con una sonrisa que parecía indicar que la idea le resultaba divertida-. Las enfermeras de aquí no pasan ni una. Estarán esperando a que cometas el primer error. Si te equivocas y le prescribes a un adulto algo para un bebé, vamos a oír hablar de ti.

-Las conquistarás -dijo Will, y sonrió a su amigo-. Según he oído, tu llegada ha causado todo un revuelo.

-Ya he tenido una propuesta de matrimonio, dos proposiciones deshonestas, y una medio decente - confesó Sam-. ¿Es eso un «revuelo» o un día normal en la unidad?

-Un día normal -dijo Will y sonrió al ver el gesto de su esposa-. Maggie, tú sabes cómo son las enfermeras aquí.

-Es solo una forma de diversión -dijo Sam, soltando una carcajada.

-No todas lo dirán en broma -le advirtió Maggie con un gesto de sorna-. Algunas van realmente en serio. Cuídate.

Sam vio que el bebé sacaba la lengua en un gesto de hambre y que Maggie se había dado cuenta, porque rápidamente se bajó el tirante del camisón dispuesta a darle de mamar.

Sam se puso de pie.

-Debería volver al trabajo.

-Quédate -le dijo Maggie, divertida al intuir su nerviosismo-. Siéntate, por favor. No me importa. A menos que seas tú el que se sienta incómodo.

-No, claro que no -no había nada de incómodo en ver a una madre dando de comer a su hijo. Simplemente había pensado que, tal vez, ella y Will preferirían tener un poco de intimidad. Observó al bebé, que se

agarraba al seno de su madre-. Es alucinante -dijo él, intercambiando una mirada de asombro con Will. Las mejillas del bebé temblaban al mamar-. Estoy tan acostumbrado a ver bebés alimentados con biberón, que me parece increíble que pueda haberse agarrado al pecho con tanta rapidez.

-¿Verdad? -la madre levantó la mirada del bebé que yacía confortablemente en su regazo-. Antes de que llegaras estábamos diciendo exactamente eso. Los dos esperábamos que tuviera ciertas dificultades, pero al parecer sabe bien lo que tiene que hacer.

-El instinto -dijo él suavemente, fascinado por los movimientos del bebé-. Es como un milagro. ¿Te duele?

-Un poquito. Es como un escozor.

-La comadrona dice que ya no te dolerá cuando la leche empiece a fluir libremente -añadió Will, y se acercó a su mujer-. Nos sentimos como dos ignorantes. Nadie diría que somos médicos.

-Es diferente cuando te ocurre a ti o a tu familia -dijo Sam-. Cuando mi padre sufrió el ataque al corazón el pasado invierno, dos cardiólogos se pasaron media hora explicándome los pros y los contras del marcapasos y de la operación de corazón. Mi pobre padre estaba allí, tumbado, esperando a que yo decidiera y yo era incapaz de entender nada de lo que me estaban diciendo. No era capaz de pensar racionalmente y, al final, tuve que decirles que lo decidieran ellos.

-¿Cómo está tu padre ahora? -le preguntó Maggie.

-Bien -asintió Sam-. Tuvimos unas semanas muy duras cuando todo aquello ocurrió, pero ya está de vuelta en la granja. Mi madre ha cejado en su intento de que descansa. La semana pasada ya estaba arrastrando paja, así que debe sentirse muy bien.

-Me alegro -dijo ella, estiró el brazo y lo tocó-. Me gusta tu padre. Os parecéis mucho.

El la miró interrogante.

-¿Es ese un modo indirecto de llamarme cabezota?

-Si no eres cabezota, entonces no me explico cómo sigues viviendo en esa casucha de Newtown - dijo Will-. Cuando te hemos ofrecido una verdadera joya en Wellington.

Cuando Will y Maggie se trasladaron a una casa cerca de la playa y del nuevo hospital, le alquilaron su casa a un médico del hospital del centro de Wellington. Su inquilino estaban a punto de marcharse y Will y Maggie

llevaban seis meses tratando de persuadir a Sam de que la comprara.

-No vivo en una casucha -dijo él defendiendo su hogar.

-No lo sería si la reformaras -admitió Will-. Pero, ¿cuándo vas a sacar tiempo para eso?

-En cuanto os incorporéis de nuevo al trabajo - dijo él.

-Te sería más fácil comprarnos la casa. No tendrías que hacerle nada. Podrías mudarte el sábado e invitarnos a una barbacoa el domingo.

-Quizá, si me la dejarais a un precio razonable...

-Sam, el precio es más que razonable -protestó Maggie entre risas-. Solo por las vistas que tiene, vale mucho más. La única razón por la que hemos bajado tanto el precio es porque, es tan especial para nosotros, que preferimos que la compre alguien a quien realmente queramos.

-Si la sacáramos en venta pública, la semana que viene estaría vendida -le aseguró Will-. No, con unas vistas como las que tiene, la tendríamos vendida en un día o dos. En una hora, quizá.

-Es perfecta para ti -añadió Maggie-. Y a Cathie le gusta, ¿no?

-Teniendo en cuenta el poco tiempo que pasamos juntos últimamente, lo que a Cathie le guste o no importa poco -dijo Sam, arrepintiéndose de lo que había dicho y el tono exasperado de su voz, en cuanto vio el gesto preocupado de Maggie-. Lo siento. Olvida lo que he dicho. Lo que quería decir es... que me lo pensaré -sonrió-. Gracias. Seguramente es un buen negocio, solo que no sé si es el momento adecuado para tomar una decisión así.

Pero Maggie seguía con el ceño fruncido.

-Sam, si hay algo que yo pueda hacer...

-Cathie y yo estamos bien -Sam miró al reloj-. Ha estado trabajando muchas horas últimamente, eso es todo. Tiene muchas cosas que hacer, y apenas si la he visto en semanas. La frustración de tratar de estar con ella me ha afectado un poco. Bueno, será mejor que me vaya. Cuando dejé la UCI, había pendiente una petición de admisión de una paciente. Voy a ver que ha pasado con eso. Enhorabuena a los dos -acarició con un dedo la mejilla del bebé-. Es maravilloso.

Los dos intercambiaron miradas incomprensibles.

-¿Te parece tan maravilloso como para convertirte en su padrino?

-Por supuesto -Sam respiró profundamente, sorprendido por la oferta-

Me he quedado sin habla. Sí, sí. Me encantaría. Sería un verdadero honor - la besó en la mejilla-. Muchas gracias.

-Íbamos a preguntarle a Cathie si quería ser la madrina -dijo Maggie dudosa.

-Estoy seguro de que estará encantada -dijo Sam rápidamente, manteniendo su expresión todo lo neutra que podía. Sospechaba que tendría que recordarle a Cathie que había nacido el pequeño de Maggie y Will, pero, seguramente, la idea de ser madrina le agradaría. Les tenía mucho cariño a ambos, y, aunque era una mujer centrada en su carrera, le gustaban, más que los bebés, los niños-. Se lo preguntaré.

-Si estás seguro.

Él notó sus dudas, pero las obvió y dijo que tenía que volver a trabajar.

-¿Cuánto tiempo estarás aquí?

-Mañana me voy a casa. ¿Por qué no venís a cenar a casa el sábado por la noche?

-Ya hablaremos -él agitó la mano y se despidió-. Ya veremos cómo te sientes el fin de semana. Puede que estés muy cansada. Vendré mañana a ver cómo estás.

Cuando llegó a la UCI la paciente a la que esperaban acababa de llegar.

-Tiene treinta y ocho años, y se ha intoxicado deliberadamente con monóxido de carbono -le dijo la encargada del registro, mientras las enfermeras preparaban la cama-. Se llama Tania Robinson. No ha perdido la conciencia. Fue encontrada por su marido esta mañana cuando, de improviso, volvió a casa del trabajo para recoger algo. Así es que puede que no haya estado expuesta a los gases durante demasiado tiempo. Los vecinos dicen que el motor no estuvo en marcha más de diez minutos.

Él asintió.

-¿El marido viene de camino?

-Está realmente afectado -dijo Phillipa, la otra doctora-. Hay un ayudante social con él abajo. Lo mandará aquí en cuanto considere que puede soportarlo.

-¿Test de embarazo?

-Negativo -la mujer sonrió-. Sabía que lo preguntarías, teniendo en

cuenta de dónde vienes.

-Bien hecho -las grandes inhalaciones de monóxido de carbono eran especialmente letales en los embarazos, pues la sangre del bebé absorbe el gas con más vehemencia que la de la madre. Eso significaba que el bebé habría muerto o podría sufrir daños permanentes por la falta de oxígeno. Si había embarazo, había que trasladar a la paciente a un centro que dispusiera de oxígeno de alta presión.

Phillipa y él se acercaron a la cama de la paciente.

-Señora Robinson, soy Sam Wheatley -le explicó-. El doctor Sam Wheatley -se lo deletreó y le hizo que lo repitiera para asegurarse de que lo comprendía-. Soy uno de los especialistas de la UCI. ¿Tiene alguna pregunta?

La paciente cerró los ojos.

-Me duele la cabeza.

-Vamos a ponerle remedio a eso ahora -le dijo-. ¿Sabe usted dónde está?

-En el hospital.

Sus palabras sonaron poco claras.

-¿Sabe qué día es hoy?

Ella respondió correctamente y él asintió.

-Bien.

La enfermera ya la había conectado a los monitores y pudo ver en el contador que su pulso y la presión sanguínea estaban dentro de los límites normales y estables.

-Hace un momento, le he dicho mi nombre, señora Robinson -se tapó la placa que llevaba en la bata-. ¿Lo recuerda?

-Doctor -dijo ella vagamente, acomodándose en la almohada que una de las enfermeras le había preparado-. Doctor algo.

El sonido del corazón y de los pulmones era normal. Tenía los reflejos ligeramente ralentizados, pero la coordinación era razonable. Al mirarla con el oftalmoscopio, comprobó que tenía las retinas tan claras como debían estar.

-Me ha parecido que todo estaba bien -dijo Phillipa, desde atrás.

-Sí, lo está -confirmó él. Si la retina hubiera estado empañada, habría

sido un síntoma de inflamación del cerebro, una consecuencia de la intoxicación por monóxido de carbono-. Señora Robinson, va a pasar con nosotros al menos un día, hasta que tengamos los resultados de su análisis de sangre. Si tiene alguna pregunta, no dude en hacerla.

-Cuando se haya recuperado, haré una valoración sobre el riesgo de que vuelva a repetir una acción suicida -le dijo Phillipa y se apartó de la cama-. He dejado un aviso en psiquiatría para que vengan a verla. Mire, ese es su marido.

Sam asintió y se acercó al hombre pálido y lloroso que acababa de entrar en la UCI.

-Su mujer va a ponerse bien -le dijo, después de presentarse y de explicarle cómo estaba y cómo estaban tratando a su mujer-. Existe la posibilidad de que tenga algunos problemas en el futuro: pérdida de memoria, o fallos de coordinación. Pero la inhalación de monóxido de carbono ha sido muy corta, y el riesgo, por tanto, es menor.

-Gracias a Dios -el hombre se dejó caer en una pequeña silla de la oficina, a la que Sam lo había llevado-. No tenía ni idea... ¿Por qué habrá hecho una cosa así?

-¿Parecía deprimida?

-Preocupada -dijo él-. Supongo que tenía algo que ver con la pérdida del niño. Pero no me podía imaginar que las cosas estuvieran tan mal.

-¿Cuándo perdió el bebé?

-Hace seis meses -dijo el hombre claramente confuso-. Llevábamos años intentando que se quedara embarazada y, cuando nos disponíamos a hacer gestiones para un tratamiento de fertilidad, resulta que se quedó embarazada. Pero, después de dos meses, comenzó a sangrar y terminó perdiéndolo. Fue muy duro, pero habíamos empezado a intentarlo de nuevo. Sé que ella lo ha pasado muy mal, pero pensé que lo estaba superando.

-¿Podía imaginarse que usted vendría y la sorprendería?

-No -él negó con la cabeza y Sam notó que tenía las manos temblorosas-. No podía ni imaginárselo. Dejé la carpeta en el porche cuando llegué a casa y entré apresuradamente, huyendo de la lluvia. Aunque la hubiera visto, no se habría podido imaginar lo importante que era. Seguramente, la habría metido en casa, para que la encontrara allí por la noche. Jamás se habría imaginado que volvería a por ella. Por eso me cuesta tanto entenderlo. Realmente, quería llegar hasta el final.

-Phillipa Casey, la doctora que ha estado con usted antes, ya ha avisado al equipo de psiquiatras para que vean a su esposa -le dijo Sam-. Espero que le puedan aconsejar sobre lo que debe hacer. Mientras tanto, nosotros haremos lo que esté en nuestra mano para que se recupere por completo.

-Gracias -dijo el hombre y se pasó la mano por el pelo, claramente apenado-. ¿Puedo verla?

-Sí, por supuesto -dijo Sam y le abrió la puerta-. Está un poco confusa y su memoria inmediata se ha resentido, pero no se asuste. En cuanto el oxígeno sustituya al veneno, su mente empezará a aclararse.

Uno de los médicos en prácticas, recién incorporado en la unidad, se acercó a Sam.

-Doctor Wheatley, siempre nos han dicho que la intoxicación por monóxido de carbono pone la piel de color rojo brillante -dijo el joven médico-. La señora Robinson está pálida.

-La descripción clásica es «rojo cereza» -confirmó Sam-. Pero nunca he visto ese color en nadie que llegara vivo.

-¿Se pondrá bien?

-Tiene posibilidades -dijo Sam.

Una vez que Phillipa hubo solventado todos los trámites de admisión de la nueva paciente, Sam y ella hicieron la ronda de visitas a los demás.

La unidad tenía doce camas. Diez de ellas formaban una U alrededor de la estación central de monitores y había dos camas en las habitaciones contiguas fuera de la zona principal. Estas últimas podían ser adaptadas para niños o para pacientes con problemas de inmunodeficiencia o con enfermedades contagiosas, pues podían ser aislados del resto de la unidad.

Después de la ronda, tomaron café en la sala de personal, y Sam mencionó que había estado viendo al recién nacido de Maggie y Will.

-Es pequeñísimo -dijo Tim, el enfermero jefe de la unidad, en tono animoso-. Lo he visto esta mañana, mientras Will esperaba a que se despertara Maggie. ¿No es lo más pequeño que habéis visto jamás?

Sam sonrió, reconociendo que su visión distorsionada del tamaño del bebé debía de tener mucho que ver con su trabajo en la unidad de recién nacidos.

-Y tiene el pelo tan oscuro -dijo Tim-. Esperaba que fuera pelirrojo, como Maggie.

-Tiene el mismo pelo que Will -dijo Phillipa, revelando que ella también había ido a la zona de maternidad-. ¿Ha sido un parto muy largo?

-Catorce horas -dijo Tim, antes de que Sam dijera nada.-. Maggie quería un parto natural, pero tuvimos que ponerle un poco de epidural al final.

-No quiero más detalles -dijo Phillipa-. Me descompone pensar en el dolor.

-Phillipa -dijo Sam, sonriendo. Como solo llevaba dos días trabajando en la UCI no conocía bien a la joven doctora. Pero su aspecto de hippy de los años sesenta le hacía imaginársela como el tipo de mujer para la que tener un hijo sería algo, simplemente, natural-. Pensé que eras una de esas «madres tierra».

-Y lo soy, para todo menos para el dolor -dijo la joven doctora con una sonrisa-. Soy médico y mi semana de prácticas en una sala de partos me dejó traumatizada. Terry quiere que tengamos un hijo pronto. Pero yo le he dicho que esperemos unos años, hasta que el parto sin dolor se haya perfeccionado. Entonces, seré la primera en la lista.

-No entiendo que es lo que incita a las mujeres a pasar por algo así -dijo Tim-. Jill y yo vamos a intentar tener un bebé muy pronto, pero si fuera yo el que tiene que pasar por todo ese dolor, creo que preferiría adoptar.

-Pero, puesto que no eres tú, seguro que estás pensando, ¡bien, más sexo! -dijo Phillipa con una carcajada.

-Por supuesto -sonrió Tim-. No soy estúpido. ¿Qué hombre en su sano juicio puede decir que no al sexo?

Desde luego, él no, pensó Sam, aunque limitó su reacción a un intercambio de sonrisas con el otro hombre. No, claro que no podría decir que no al sexo, especialmente teniendo en cuenta que hacía casi un mes que no veía a Cathie.

El sexo entre ellos siempre había funcionado. Se preguntaba si eso no era parte del problema. Viendo el modo en que lo evitaba últimamente, se empezaba a preguntar si no le habían dado demasiada importancia al sexo, a expensas de no dejar madurar las partes menos físicas de su relación. Él sabía que lo que quería de Cathie era más que sexo y encuentros ocasionales. Al recordar la sensación de tener al niño de Will en brazos, se dio cuenta de que quería tener sus propios hijos, y los quería tener con Cathie.

Pero ella no se lo iba a poner fácil. Tenía la sensación de que había estado tratando de evitarlo y, en su último encuentro, él había tratado de hacerle ver que no estaba contento con la relación casual que tenían; pero, con su respuesta, ella dejó muy claro que no compartía su interés por un compromiso.

Después de cuatro semanas sin tenerla en su cama, tenía que reconocer que estaba ansioso, simplemente, de tenerla de nuevo en sus brazos. La necesitaba inmediatamente y con urgencia. Estaba dispuesto a aceptarla en las condiciones que ella impusiera.

## *Capítulo 2*

**S**AM trató una vez más de contactar con Cathie antes de salir del hospital. Uno de sus colegas contestó diciendo que ya se había marchado. No había podido hablar con ella en dos semanas, pues su móvil estaba desconectado y su contestador se negaba a tomar mensajes.

-Quizá esté en el gimnasio -dijo el hombre cuando Sam, frustrado, lo presionó para que le dijera algo. Creo que llevaba una bolsa de deporte con ella. También puede que esté en la piscina. Nunca cuenta nada, ya conoces a Cathie.

Tardó una hora en llegar a casa, a través del denso tráfico de Wellington en hora punta. Le había dado una llave a Cathie, pero sabía que era muy extraño que apareciera sin avisar antes. Como era de imaginar, la casa estaba desierta.

Trató de llamarla otra vez, pero seguía puesto el contestador que, además, no funcionaba. Se aflojó la corbata y los botones de la camisa y se dirigió a su habitación para cambiarse de ropa, dispuesto a salir.

No la encontró en el gimnasio, y la recepcionista no recordaba si la había visto llegar o no. Vio en el horario que hacía veinte minutos que había acabado una clase de aeróbic de las que le gustaban a Cathie, así que, de haber estado allí, ya se habría marchado.

Se dirigió directamente a la piscina y aparcó fuera. Pagó la entrada y pasó a la zona desde la que se veía el agua.

Vio su gorro de baño de color rosa, con el logo de la empresa farmacéutica para la que trabajaba, no en la zona en la que solía estar, dedicada a nadadores deportistas, sino en la parte libre.

Pero pronto se dio cuenta de que no solo estaba nadando, sino que daba una clase.

Cathie era una cualificada instructora de natación que, a menudo, trabajaba como voluntaria en la piscina. Durante las vacaciones escolares, daba clases a niños, fundamentalmente, pero la compañía para la que trabajaba estaba en varios programas de caridad dirigidos a ayudar a adolescentes con problemas, por lo que dedicaba parte de su tiempo a ellos.

Salió de la piscina y comenzó a marchar de arriba abajo, con el pito en la boca y una tarjeta alrededor del cuello, que se balanceaba de un lado a

otro.

Sam se sentó. Cathie estaba tan concentrada en la clase que no se dio cuenta de que él estaba allí.

Le había gustado Cathie desde el primer momento que la había visto. Pero sabía que muchos de sus amigos se habían quedado muy sorprendidos al enterarse de que salían juntos seriamente. No porque a sus amigos no les gustara Cathie, pues caía bien a todo el mundo, sino porque no se esperaban que ellos dos acabaran juntos. Él sabía por qué. En el pasado, las mujeres con las que había salido siempre eran guapas, coquetas y les gustaba divertirse, mujeres con las que podía pasar el rato, sabiendo que no había compromiso alguno, sino solo diversión.

Cathie no era así. Por supuesto que era guapa, con unos encantadores ojos verdes de pestañas oscuras que destacaban sobre su piel pálida, y una boca generosa y deseable, el pelo oscuro y suave como la seda y un cuerpo atlético y hermoso.

Era tranquila y seria, a veces intensa, en lo que se refería a su trabajo y a sus voluntariados, y demasiado contenida como para tener algo en común con las novias anteriores de Sam. No coqueteaba jamás, excepto en secreto con él, pudiendo llegar a volverlo loco, y no le gustaba jugar.

Se habían conocido en una reunión a la que él había llegado tarde. Aquellos ojos de pestañas oscuras lo habían recibido con una mirada irritada. Pero él, en lugar de sentirse censurado, se había dejado cautivar por la fuerza de su embrujo y una repentina excitación sexual.

Ella había apartado los ojos de él a toda prisa, pero no sin que Sam notara antes su respiración acelerada y sus pupilas dilatadas.

No había sido amor a primera vista, al menos no lo que él entendía por amor después de haber pasado el tiempo y haber ido conociéndola poco a poco. La pasión que surgió entre ellos al principio hizo que, en lugar de sentirse desanimado por su seriedad, siguiera adelante, descubriendo su parte lúdica, su risa, su osadía, y también su fuerte sentido de la ética y su vulnerabilidad emocional.

Sabía que el tiempo podría acabar con la pasión, fiero el amor haría que la deseara siempre. De momento, todavía disfrutaba de aquella pasión. Una mirada era todo lo que necesitaba para excitarlo, y para que aquella intensa y devastadora magia de entrar en ella, ele sentir su cuerpo alrededor del suyo continuara siendo tan fuerte como la primera noche.

Cathie había dejado de animar a sus nadadores y esperaba ansiosa al

final de la piscina a que sus pupilos llegaran. Sam sonrió, dándose cuenta por su excitación y por la tensión de su rostro que aquella debía de ser la primera vez que aquel grupo lograba hacer un largo.

Cuando la primera mano rozó el bordillo, Cathie empezó a aplaudir emocionada. Al ver a la primera nadadora salir del agua, Sam entendió su entusiasmo.

Sus alumnos no eran niños, sino mujeres jóvenes con síndrome de Down.

-Bien hecho -dijo ella-. ¡Estoy orgullosa de vosotras!

Era obvio que había sido un logro importante, porque algunos de los socorritas de la piscina se acercaron a darles la enhorabuena.

Sam, que no quería interrumpir, esperó a que las alumnas se dispersaran antes de ponerse de pie.

Sin embargo, no había podido llegar aún hasta Cathie, cuando esta se despidió, se ajustó el gorro y se lanzó de cabeza al agua con un estilo perfecto y nadó hasta alcanzar la calle de nadadores junto a la que él estaba.

Dejó que diera tres largas brazadas y girara elegantemente al llegar al bordillo, antes de lanzarse al agua y darle alcance.

Al final, la agarró del tobillo y, cuando se volvió a mirarlo, se aproximó a ella.

-Métete debajo del agua, que esos nadadores van en serio -dijo él indicando los tres nadadores que ocupaban las tres calles contiguas.

-Van en serio porque son serios -dijo ella cuando llegaron al otro lado de la piscina-. Hola, ¿qué estás haciendo aquí?

-He venido a buscarte -dijo él, y le besó la nariz-. Te he visto dando clase.

Ella inclinó la cabeza.

-No te había visto.

-Parecías mamá gallina con sus polluelos, mientras observabas sus logros.

-¡Oh, Sam! ¿No te han parecido fantásticas? Has visto el final de tres durísimas semanas de trabajo. Al principio solo una de ellas podía flotar. Increíble, ¿verdad? Conseguimos que la compañía subvencionara el transporte y las clases y ahora estamos tratando de que nos concedan un

autobús permanente para viajes y para que las chicas puedan venir aquí asiduamente.

-Así que es aquí donde has estado estas últimas tres semanas.

-Dos horas por la tarde, sí. Pero también ha habido mucho trabajo - dijo ella-. Después de acabar aquí, he tenido que volver a la oficina todos los días. ¿Has intentado localizarme?

-Sí, unas cincuenta veces -gruñó él y la abrazó-. Este bañador es nuevo.

-Me lo compré ayer -susurró ella-. Yo también te he echado de menos.

-Mentirosa -le besó la frente. La parte libre de la piscina, no dedicada a nadadores, estaba casi vacía, pero había uno o dos curiosos que los observaban, por lo que no iba a dejar que su abrazo se hiciera más íntimo-. Has estado demasiado ocupada como para echarme de menos. Nunca respondes al teléfono de la oficina y no has contestado ni a uno solo de los mensajes que te he dejado en el móvil.

-Yo también te he llamado -protestó ella y frunció el ceño ante su gesto de incredulidad-. De verdad. Esta semana. Así que no te enfades conmigo porque tampoco a ti hay quien te localice. No contestas nunca a tu busca y jamás estás en casa.

-He estado la mayor parte del tiempo de guardia. El fin de semana tuve una urgencia en la ciudad. Y siempre contesto a mi busca. ¿A qué hospital estás llamando?

-Wellington... ¡Oh, claro! -por su gesto notó que ella se había dado cuenta de algo-. Esta semana estás en Kapiti.

-Voy a estar dos meses allí, sustituyendo a Will - le dijo-. Y luego otro par de meses cubriendo el puesto de Maggie.

-Lo había olvidado.

-Te olvidas de todo lo que no está relacionado con tu trabajo.

-Conseguí el mayor volumen de ventas el mes pasado.

La besó en la mejilla.

-Lo consigues todos los meses.

-Pero el mes pasado he logrado el volumen de ventas más alto de todo el país.

-Bien hecho. Vayámonos a algún sitio -dijo él y le enroscó las piernas alrededor del cuerpo por debajo del agua-. A celebrarlo.

-Sam, me encantaría hacerlo -dijo ella, y él sintió que el corazón se le encogía en anticipación a lo que estaba a punto de decir-. Pero tengo que trabajar. Debo ponerme al día en un montón de cosas, porque mañana tengo una reunión a primera hora.

-Yo te daré la información que necesites -Cathie había estudiado ATS pero, descontenta con las perspectivas de su carrera y con las restricciones financieras que había en los servicios de salud, y que le impedían ejercer su trabajo como era debido, decidió decantarse por las ventas farmacéuticas. Su trabajo conllevaba el trato con médicos y profesionales de la salud, a los que tenía que informar de los avances médicos de la compañía-. ¿De qué campo se trata?

-Psiquiatría.

-Sobre lo que no sé nada -dijo él. Había sido una buena idea, pero inviable-. ¿No me puedes dedicar unas horas?

-Ni un minuto -dijo ella-. Al menos, no ahora. Podría ir a tu casa más tarde.

-¿Cuánto más tarde?

Ella sonrió.

-A las once.

-Eso suena bien -la agarró de la cintura-. Justo a tiempo para irnos a la cama.

-Estupendo -dijo ella, con las manos en sus hombros; lo empujó hacia abajo y lo besó en la boca-. Ahora me tengo que ir a toda prisa, lo siento.

La acompañó hasta el borde de la piscina y la despidió agitando la mano con un gesto alegre, en respuesta al de ella, antes de que desapareciera por la puerta que conducía a los vestuarios. Se sentía patético. Sabía que no estaba haciendo sino conformarse con los despojos, con unos pocos fragmentos de tiempo que ella quería concederle. Pero no podía evitarlo. La deseaba desesperadamente.

Aquella era una experiencia que jamás le había gustado, al menos no antes de estar con Cathie, y a la que no estaba habituado. Hasta entonces, siempre había sido él el menos comprometido en las relaciones. Era un patrón que no había elegido deliberadamente y del que no había sido consciente en el pasado, pero que la relación con Cathie había sacado a la luz.

Medio furioso, se dirigió a la calle de nadadores rápidos. Una hora

más tarde, con el cuerpo cansado y su estado emocional aún en plena tensión, salió de la piscina y se dirigió a las duchas.

Cathie llamó a la puerta pasadas las diez y media.

-Deberías usar tu llave -le dijo, mientras la hacía pasar-. No tienes que llamar.

-Está en el fondo del bolso, en alguna parte - dejó el maletín en el suelo del recibidor-. No me podía poner a buscarla.

El la abrazó.

-Siempre dices eso.

-Porque es la verdad -respondió ella con la respiración entrecortada-. Mmm... Algo huele muy bien.

-Tú -le susurró él sobre el cuello, mientras sus manos se dedicaban a desabrocharle la camisa-. Muy bien.

-No soy yo. Huele a curry -lo apartó con una carcajada y trató de ver por encima de su hombro-. Hay curry aquí.

-Solo las sobras de un plato de encargo -dijo él-. ¿No has comido?

-No desde el mediodía -pasó a su lado-. Pensaba haberlo hecho después de la piscina, pero me he puesto a estudiar y se me ha pasado el tiempo. ¿Qué tal en Kapiti? ¿No estás harto de tener que viajar todos los días?

-Me han dado un piso allí para cuando estoy de guardia -le explicó-. Todavía no he tenido que ir y volver en el mismo día. Cathie, eso está frío. Ahí tienes el microondas. Funciona perfectamente.

-Tengo demasiada hambre -dijo ella, mientras echaba las sobras en un plato-. Eres un vago, Sam. Podrías haberlo preparado tú.

-Demasiada complicación para mí -dijo él, mientras la veía comer con gusto, tal y como hacía todo en la vida-. ¿Qué tal van las cosas? ¿Has sabido algo sobre tu madre últimamente?

-Harry la ha dejado -le contó con un suspiro-. Está muy triste, pero al menos ha sido un hombre decente y no le ha robado nada ni le ha hecho daño. No como los dos últimos. Estuvo llorando en el teléfono y había pensado ir a verla. Pero en cuanto empecé a decirle que me fuera a recoger al aeropuerto, me contó que había alguien que había conocido en el trabajo.

Me dijo que iba a invitarlo a pasar el fin de semana, así que si aparezco por allí, no voy a hacer más que estorbar. Creo que está enamorada otra vez.

Sam sonrió. La madre de Cathie había estado casada cuatro veces y la media de tiempo de sus relaciones no maritales era de tres meses. En los dos años que llevaba con Cathie, su madre había vivido con seis parejas. Su entusiasmo por su última pareja había decaído mucho en las últimas semanas, por lo que no le extrañaba la noticia. Pero Sam había conocido a Harry en Navidad y sentía pena por el hombre. Como Cathie decía, era un hombre decente y Sam sospechaba que no sabía en lo que se metía cuando empezó su relación con Elizabeth.

-Me alegro de que esté bien -dijo él calmadamente. Las rupturas de Elizabeth solían ser dramáticas. Cathie, que era demasiado honesta emocionalmente, aun sabiendo que la historia de su madre era solo pasajera, no podía evitar verse envuelta en el trauma-. Tener a otro hombre en perspectiva puede ayudarla mucho.

-Te fascina, ¿verdad? -dijo Cathie-. Al menos, te fascina su vida, admítelo. Siempre te interesas por cómo está.

-Sí, siento cierta fascinación, tengo que reconocerlo -admitió él-. Como toda mi familia está compuesta por parejas que han vivido juntas hasta la muerte, lo de tus padres tiene cierto atractivo para mí.

-Supongo que tú acabarás teniendo una larga lista de mujeres como la de mi padre.

-No -el padre de Cathie también tenía una cartera llena de relaciones matrimoniales y no matrimoniales-. Sabes que no es así, Cathie. Tú eres la única mujer que quiero.

Pero en lugar de responder con una declaración similar, ella se limitó a arrugar la nariz.

-No te pongas serio, Sam -dijo ella-. Me vas a producir una indigestión. ¿Qué tienes de postre?

-No te voy a dar nada -dijo él, deseoso de poder resistirse a ella, pero incapaz de hacerlo. Ni siquiera durante un rato-. Te tengo.

-¡Sam! -protestó ella, cuando la levantó del suelo y la puso sobre la mesa, sin fijarse en los platos y vasos de plástico-. ¡Eres como un hombre de las cavernas!

-Solo contigo -susurró él contra su boca, mientras la desnudaba-. Eres tú la que me hace comportarme así.

-Pues me gustas cuando te comportas así -dijo ella con una voz que torturaba sus sentidos del mismo modo que el tacto de sus manos bajo la camisa-. Fuerte y determinado. Me excitas.

-Bien -la besó brevemente en la boca, momentos antes de descubrir sus senos, quitándole la camisa-. Me has estado excitando durante las cuatro semanas pasadas.

-Pero si no nos hemos visto.

-A eso es a lo que me refiero -le susurró él, mientras se quitaba primero la camisa, que ella le había desabrochado, y después los vaqueros. Pero al intentar quitarle a ella los pantalones del chandal, se dio cuenta de que no pasaban por las zapatillas de deporte-. ¿No podrías ponerte una falda cuando vienes aquí?

-Las faldas son para trabajar -dijo ella mientras se reía. Se inclinó, apartó sus dedos impacientes y se quitó las zapatillas. Se despojó de los pantalones y de la ropa interior-. Esto no sería divertido si fuera muy fácil.

-Pero seguiría siendo divertido -protestó él, mientras posaba las manos en sus glúteos desnudos, dispuesto a levantarla-. Podría evitarme el ataque al corazón que voy a sufrir un día ante la impaciencia de quitarte la ropa.

-Estás en demasiada buena forma como para tener un ataque al corazón -le dijo ella, mientras se restregaba contra él de un modo que lo desquiciaba.

-No hagas eso -protestó él, tratando de mantener el control. Había pasado mucho tiempo y tenía demasiadas ganas-. Cathie...

-Tranquilo -dijo ella con una risa suave-. Yo también quiero esto, Sam. Por favor.

La llevó arriba, gratificado por la agradable sensación de su piel húmeda y cálida contra la de él.

Llenó el baño, pero no pudo compartirlo con ella, pues la bañera era demasiado pequeña, y se tuvo que conformar con una ducha.

-Necesitas un baño más grande -dijo ella-. Si tiraras el muro y lo ensancharas hasta la otra habitación tendría un tamaño decente. Podrías extender la habitación también, para que así entrara algo de sol.

Sam hizo una mueca. Había comprado la casa nada más licenciarse, y entonces le había parecido una ganga. Su intención había sido arreglarla. Durante aquellos años había pensado periódicamente qué era lo que necesitaba, pero nunca había tenido tiempo suficiente para llevar a cabo un

proyecto tan grande. Después de pasados muchos años todavía no sabía cuándo podría hacerlo.

-A menos que decidiera quedarme aquí mucho tiempo, no sé si valdría la pena una reforma -le dijo-. Quizá debería venderla y comprarme algo me,lor.

-¿Venderla? -lo miró atónita-. Pero si te encanta vivir aquí.

Él se encogió de hombros. Cerró el grifo y agarró la toalla que había dejado sobre la puerta de cristal. Se secó el pelo y el torso, antes de ponerse la toalla alrededor de la cintura.

-Will y Maggie me han vuelto a hablar de su casa hoy.

-¡Maggie! -Cathie se llevó la mano a la boca y abrió los ojos mucho-. ¡Oh, Sam! Se me había olvidado por completo. El bebé, ¿lo ha tenido ya?

- A primera hora esta mañana - sonrió él-. Ha sido un niño de más de tres kilos. Tiene el pelo negro y es... bueno, es encantador.

-¿Y Maggie?

-Está bien, muy guapa.

-¿Le han dado puntos? -preguntó ella.

Sam se rio.

-Esa es una pregunta muy femenina -observó, mientras salía y entraba del baño, preparando la cama y cepillándose los dientes-. Tendrás que comprobar eso por ti misma. Yo no se lo he querido preguntar y ella no me ha dicho nada.

-¿Le dolía algo cuando andaba?

-No lo sé. La he visto en la cama.

-Pobrecita -hizo una mueca-. Le mandaré flores y una nota por la mañana, y trataré de ir a verla el viernes por la tarde, si está de ánimo para recibir visitas.

-Nos han invitado a cenar el sábado, si tú estás libre.

Él se tensó al ver que ella dudaba.

-La compañía tiene previstas unas actividades en equipo para el sábado -dijo ella lentamente-. A mí seguramente me toque organizar algo y este tipo de cosas suelen acabar tarde. Son actividades que unen mucho al equipo. La última vez, nos quedamos en un restaurante hasta pasada la medianoche.

Sam suspiró, pero mantuvo una expresión neutra.

-¿Le digo a Maggie que no podrás ir?

-No. Me gustaría ver al bebé. Además, no quiero herir a Maggie dejando que piense que no tengo entusiasmo alguno en verlo.

Sam escuchó sus palabras y se reprendió a sí mismo por haber esperado algo más de ella. Tener en brazos a aquel bebé había removido algo dentro de él, pero eso no significaba que a Cathie fuera a afectarla del mismo modo.

Le gustaban los niños, no cabía duda, y sus clases de natación a pequeños y su trabajo de voluntariado en un campamento infantil eran prueba de ello. Pero su compromiso en su trabajo y su negativa a comprometerse más en su relación con él hacían patente que no consideraba a los niños ni a los bebés como algo tan relevante en su vida como lo era para él.

Ella seguía pensativa.

-Bueno, el sábado por la noche me sería más fácil que tratar de salir antes del viernes por la tarde. Avisaré en el trabajo que, quizá, tenga que marcharme pronto -le dijo-. Después de todo, los ejercicios empiezan a las ocho. Si me marcho a las seis no quedaré tan mal. ¿Estaría bien esa hora?

-Sí, está bien -dijo él, pensado que ella tardaría una hora en llegar a su casa y otra en llegar hasta la costa, así que le diría a Maggie que los esperara a las ocho.

-¿Qué tal lo lleva Will?

-Está entusiasmado. El bebé es muy activo para lo pequeño que es. Incluso de recién nacido, mira continuamente de un lado a otro, inspeccionando todo lo que hay a su alrededor con unos enormes ojos azules. Yo creo que va a ser muy vital.

-Pareces muy entusiasmado -dijo ella con una mirada de soma-. Ten cuidado, Sam. Dentro de muy poco te veo queriendo uno propio.

Sam se quedó paralizado. Acababa de enjuagarse la boca, se levantó lentamente y la miró a través del reflejo del espejo del baño.

-No -dijo ella. Se dio cuenta por su gesto que había adivinado lo que estaba a punto de decirle, porque salió del agua de repente, sin mirarlo, y se envolvió en una toalla-. No empieces, Sam, no estropees las cosas.

-No quiero estropear las cosas -dijo él-. Solo trato de aclararlas. Cathie, si al menos quisieras hablar de ello...

-No, no quiero hablar de ello -dijo ella secamente. Evitando su mirada aún, bajó la cabeza y sacudió el pelo, antes de envolverlo en una toalla-. ¿Por qué no podemos seguir como estamos? Las cosas están bien así, Sam. ¿Por qué, de pronto, quieres tomártelo todo tan en serio?

-Quizá porque me he dado cuenta de que lo que siento es serio -en las palabras de ella había una ironía que le resultaba muy dolorosa. Se suponía que era Cathie la persona más seria de los dos. Pero en lo que se refería a su relación, era a la inversa-. Quiero algo más que verte un par de veces al mes, cuando tienes la oportunidad de hacerme un hueco en tu apretada agenda. Quiero que compartamos más cosas.

-Te dije que trataría de sacar más tiempo.

-Sí, lo dijiste. Me dijiste eso hace casi un mes, que fue la última vez que te vi -señaló él, tratando de mantener un tono razonable-. Pero ni siquiera nos habríamos visto hoy, si no llega a ser porque me he recorrido media ciudad buscándote. ¿Estoy mal interpretando los signos? Si me pongo muy denso respecto a todo esto, tienes que decírmelo, Cathie. Necesito saberlo. ¿Estás tratando de decirme que no quieres seguir?

Respondió inmediatamente, lo que alivió a Sam.

-No, a menos que seas tú el que no quiere seguir. Sam, estamos bien como estamos. Me encanta estar contigo, pero preferiría que no te pusieras tan serio.

-Pero, ¿qué otra opción hay? -notó, por la expresión incómoda de su rostro y el modo compulsivo con que retorció la toalla, que su pregunta la había perturbado, pero, desesperado por entender lo que ocurría, presionó un poco más.

-¿Hacia dónde quieres que vaya nuestra relación?

-No quiero que nada cambie -explotó ella.

-Las cosas cambian, lo quieras o no -dijo él-. Todo cambia. Así es la vida. Ni tú ni yo podemos alterar eso -no pudo aguantar verla tan preocupada y, contra lo que le dictaba su buen juicio, redujo la tensión-. Estamos los dos muy cansados. Vámonos a la cama.

-Sí, eso es lo mejor -susurró ella y lo guió hacia la habitación-. Eso es lo que más me gustaría. Sam, estamos nerviosos. Tú has cambiado de trabajo, luego está mi promoción, el modo en que te ha afectado ver a Maggie y Will con el bebé. No me extraña que estés intranquilo y que te preguntes cosas. Pero pronto todo se asentará de nuevo y te darás cuenta de que estamos bien así. Tú eres demasiado independiente, los dos lo somos,

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

y a los dos nos gusta demasiado lo que tenemos como para querer cambiarlo. Te darás cuenta de eso dentro de poco, y entonces entenderás que tengo razón en querer que todo siga como está.

El ocultó el rostro en su cuello, disfrutó de su aroma, contento, de momento, con poder abrazarla. Pensaba que estaba equivocada pero, tumbado tan cerca de ella, se podía engañar a sí mismo diciéndose que aquello era todo lo que quería y que no era el momento adecuado para una discusión. Pero pronto lo sería.

## *Capítulo 3*

**L**OS resultados del análisis de sangre de Tania Robinson fueron malos.

-Hemos bajado el nivel de oxígeno por la noche -le dijo a Sam su asistente, a la mañana siguiente-. Hay una cama preparada para ella en el hospital, para cuando se decida que la traslademos allí.

Él asintió.

-¿Y los psiquiatras?

-La doctora de turno tuvo una charla con ella ayer por la noche y va a volver ahora por la mañana. Pero la señora Robinson no quiere ir a una de sus salas voluntariamente.

-Tenemos tres camas vacías -observó Sam, mirando de un lado a otro-. A menos que necesitemos su cama, déjenla aquí de momento. Le puede perturbar que la cambiemos ahora -consultó con el enfermero-. ¿Te parece bien, Tim?

-Sí -asintió él-. Es una buena idea.

La señora Robinson era la última paciente sobre la que tenían que hablar antes de comenzar la ronda.

Guardaron las notas y las radiografías y se dirigieron hacia la sala de enfermos.

Se estaban aproximando a la señora Robinson, cuando las puertas se abrieron.

-Un momento -dij Tim-. Esta es la psiquiatra. ¿Vemos a Tania más tarde?

-Empezaremos por la cama de al lado -dijo Sam-. Eso le dará a la psiquiatra tiempo de hablar con ella -miró a la doctora que se estaba aproximando-. Lesli Skinner.

-¡Sam Wheatley! -con una sonrisa, la doctora se acercó a él-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Yo debería preguntarte lo mismo - señaló Sam.

Leslie y él habían estado en la misma clase en la universidad y habían salido juntos, ocasionalmente, cuando eran estudiantes. Después de un año

trabajando, ella había sentido el deseo irrefrenable de viajar por Europa.

-Lo último que oí fue que estabas trabajando en Birmingham. ¿Cuándo has vuelto?

-Hace tres semanas -dijo ella-. La verdad es que pensaba llamarte este fin de semana para ver cómo estabas. Estoy trabajando de interina aquí. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo en Kapiti? Según había oído te habían ofrecido un trabajo de especialista en la UCI de un hospital del centro. No me digas que lo has rechazado.

-El puesto no queda vacante hasta mediados de año -le dijo-. Mientras tanto, estoy aquí -consciente de que Phillipa y Tim estaban esperándolo, zanjó la conversación-. Tenemos que quedar para hablar como es debido. Llámame.

-Te llamaré en cuanto termine con Tania -le aseguró Leslie con una sonrisa-. Luego quedamos.

Los biombos estaban todavía rodeando la cama de la señora Robinson cuando terminaron la ronda, lo que indicaba que la psiquiatra continuaba con ella. Dado que tenía otras cosas que hacer, dejó la unidad en manos de Phillipa y le pidió a Tim que le diera a Leslie el teléfono de su busca.

Cuando lo llamó, una hora más tarde, quedaron para comer en la cantina del hospital.

-¡Estás fantástica! -le dijo con toda sinceridad, mientras esperaban a que les dieran los sándwiches-. Pero estás diferente.

-Me he teñido el pelo -dijo ella con una carcajada-. Me encontré unas canas meses atrás y me aterroricé. Pero gracias. Tú también estás estupendo. Me alegro mucho de verte.

Encontraron una mesa cerca de la ventana. Desde allí, tenían una estupenda vista de la costa de Kapiti y, a lo lejos, las montañas de la isla de Kapiti.

Lesli miró el paisaje aparentemente contenta.

-Esto es precioso, ¿verdad? Me encanta la costa. Cuando me enteré de que iban a construir este hospital me alegré mucho. Ese fue en parte el motivo de que volviera.

-¿Qué otro motivo hubo?

-Echaba de menos a mi familia -dijo ella con un suspiro-. Y me acordaba de lo maravillosos que eran los hombres «kiwi», así que pensé en conseguirme alguno. Rompí con alguien con quien había estado viviendo

cinco años -su inmediato silencio le dijo que, seguramente, había sido una experiencia dolorosa-. Me pareció un buen momento para regresar. ¿Y tú? Realmente estás guapísimo, Sam. Se me había olvidado lo atractivo que eras. ¿Sigues rompiendo corazones en el hospital?

-Eso es parte del pasado -dijo él con un gesto impaciente-. Aunque no creo que nunca haya roto corazones. En cualquier caso, hoy en día, soy hombre de una sola mujer.

-Me resulta muy difícil creer eso -lo miró agitando las pestañas-. No me puedo creer que hayas sentado la cabeza. No me digas que te has casado.

-Todavía no, pero no soy tan alérgico a la idea como solía serlo -se sorprendió a sí mismo con lo que acababa de decir-. Por desgracia, Cathie parece decidida a no tomarme en serio.

-Me gusta eso -dijo ella, tan divertida con la idea que su repentino entusiasmo llamó la atención de algunas de las enfermeras que estaban en las mesas contiguas-. Me gusta mucho. Es realmente irónico. ¿Me estás diciendo que a ti, Sam Wheatley, te están tratando como a un objeto sexual?

-Algo así -respondió él secamente, un poco incómodo por la sagacidad del comentario-. Estoy tratando de convencerla, pero se está convirtiendo en una batalla.

-¿No se te ha ocurrido pensar que, tal vez, no sea la mujer adecuada? -hizo una pausa y lo miró-. Si estás por fin dispuesto a sentar la cabeza, hay un montón de mujeres ansiosas por lanzarse a tus brazos.

-No me había percatado de eso -frunció el ceño al ver su sonrisa-. ¿De qué te ríes?

-Sam, mírate. Eres increíblemente atractivo, inteligente, divertido, y eres fantástico en la cama. Además, acabas de conseguir uno de los mejores trabajos de hospital del país. Francamente, y hablándote como una vieja amiga, yo me casaría contigo mañana mismo y lo mismo digo de todas las mujeres que están aquí ahora mismo.

Él suspiró.

-Leslie, eres un encanto...

-No se trata de que yo sea un encanto, idiota. Es la verdad. ¡Los hombres podéis llegar a ser bastante necios a veces! ¿Sabes lo que creo? Que si esa mujer con la que estás es tan tonta como para no saber valorarte,

deberías buscarte otra, alguien que te pudiera dar lo que quieres.

-La vida no es tan simple -dijo él, arrepentido de haberle hecho semejante confidencia sobre Cathie. La situación entre ellos era demasiado complicada como para poder explicársela a nadie.

Era cierto que se casaría con Cathie si ella aceptara, y era verdad que, desde que había tenido al bebé de Will y Maggie en brazos, había sentido un tremendo deseo de ser padre; y sabía que quería todas aquellas cosas con Cathie. De no haber sido porque la quería tanto, el tema del matrimonio y los niños seguiría siendo algo ajeno a él.

Le hizo un breve resumen a Leslie de lo que había ocurrido con sus amigos comunes durante su ausencia.

-¿Has regresado para quedarte, Leslie? ¿O solo el tiempo suficiente para curarte la morriña?

-He vuelto definitivamente -dijo ella, notando que había cambiado radicalmente de tema de conversación-. Se va a quedar vacante un puesto en la unidad de psiquiatría de Keneparu -dijo ella, mencionando otro de los hospitales de aquella zona-. También hay mucho trabajo para interinos en la ciudad y aquí, si no consigo ese puesto. He decidido quedarme. Los hombres de Nueva Zelanda son buenos maridos, y quiero tener hijos antes de que se me pase el momento, así que voy a tratar de encontrar a alguien.

El sonrió. Al parecer Leslie no había perdido su decisión en su viaje a Gran Bretaña.

-¿Tienes a alguien en mente?

-Tú, si hicieras lo razonable y dejaras a esa novia tuya.

Sam suspiró.

-Leslie...

-Sí, lo sé -se ríe y él se dio cuenta de que había estado bromeando-. Lo leo en tus ojos. Estás totalmente coladito por ella.

-Totalmente -le confesó él.

-Bueno, pues espero que todo vaya bien -dio un sorbo de café y, de pronto, frunció el ceño-. ¿Has dicho antes algo sobre el bebé de Will? ¿Will Saunders? -él asintió y ella se apartó la taza de los labios-. ¡Will Saunders tiene un bebé! No puedo creérmelo. Lo último que oí es que tenía un puesto muy importante en una UCI en Londres.

-Pero ya hace unos años que volvió -le explicó Sam-. Le ofrecieron un

trabajo aquí, justo cuando quería volver -Will estaba con ellos en la misma clase también-. Se ha casado con una inglesa, médico especialista de la ICU también. Maggie es adorable. Te va a caer muy bien. La verdad es que estoy cubriendo la vacante de ellos dos. Will va a tomarse un permiso de paternidad y unas vacaciones, y Maggie ha pedido una excelencia de seis meses. Su primer bebé nació ayer.

Leslie golpeó la mesa con el puño.

-¡Ya os han atrapado a los dos -protestó ella con soma-. ¡Maldición! ¡Tenía que haber venido antes!

-Te doy su número de teléfono -arrancó una hoja del cuaderno de notas que llevaba en el bolsillo de la bata-. Se han trasladado aquí. Estoy seguro de que a Will le encantaría verte.

Le escribió su teléfono y el de Will.

-Me encantaría ver al bebé -murmuró ella-. Adoro a los bebés. Por cierto, Sam, se me había olvidado. Sobre Tania Robins...

-¿Sí?

-Ya le he explicado lo que he averiguado a tu asistente, pero supongo que querrás que te lo cuente. Por lo que he visto, tiene una depresión clínica desde que perdió al bebé, hace seis meses. No ha consultado con ningún profesional desde entonces, así es que nadie se había dado cuenta. Los atenderé, a ella y a su marido, durante unos meses. Pero no creo que corra peligro de volver a intentar suicidarse, aunque recomendaría que no se fuera a casa aún.

-¿Y el intento de suicidio de ayer?

-Un acto impulsivo motivado porque le había bajado la regla -le dijo-. Ella misma está sorprendida de la reacción tan exagerada que ha tenido, y parece aliviada de que la descubrieran a tiempo. No había planeado nada y el único motivo por el que intentó intoxicarse con monóxido de carbono fue porque acababa de oír en la radio que alguien se había matado así. Me da la sensación de que ha recuperado la lucidez.

-¿Se lo ha motivado su período... porque quería estar embarazada? -preguntó él, recordando lo que el marido le había contado.

-Está desesperada por quedarse embarazada -le confirmó Leslie-. Esta vez, al descubrir que no lo estaba, no lo pudo soportar. Tiene miedo de que se le esté agotando el tiempo. Por lo que, yo sé, no hay ninguna razón aparente que justifique que perdiera el bebé ni que tengan dificultades para

el embarazo. Así que le he concertado una cita con los médicos de obstetricia y ginecología para que la revisen.

-Todo eso suena a alguien muy eficiente -dijo él.

-En mi vida profesional, Sam, soy muy eficiente -dijo, agitando una vez más las pestañas -¡Vaya! Tengo mucho que hacer y es tarde. Me tengo que marchar ahora mismo. Ha sido un placer verte. A ver si quedamos otra vez, pronto. Te llamaré.

Cuando salía de la cantina, lo llamaron al busca desde urgencias, así que se apresuró a llamar desde el teléfono del pasillo.

-¿Qué sucede? -preguntó él.

-Tenemos a un hombre de cuarenta años que ha llegado a urgencias quejándose de que le duelen las piernas desde hace tres días, que tiene problemas para andar e insuficiencia respiratoria. No es fumador, y he comprobado el volumen de oxígeno en la sangre y tiene una insuficiencia de grado dos.

-Estaré allí en dos minutos. Necesito que lo manden a la UCI.

Aunque nunca había estado en aquella zona del hospital, la encontró en dos minutos, tal y como había prometido. El paciente estaba en una de las salas, tendido en una camilla. De inmediato, notó el tono azulado de su piel y el aspecto cansado.

-Hola, soy Sam Wheatley -le dijo a la enfermera que se encargaba de él, después de presentarse al paciente-. Soy el director temporal de la UCI. ¿Tú eres?

-Lynette -dijo ella.

-Bien, Lynette, vamos. Agarra del otro extremo de la camilla, ¿de acuerdo? Gracias. Estamos trasladándolo a otro departamento -le dijo a su paciente-. ¿Lo acompaña algún pariente?

-Hemos llamado a su mujer al trabajo -le dijo Lynette-. Pero ha salido a comer. Alguien le dará el mensaje de que nos llame cuando llegue.

Sam esperó hasta que el paciente estuvo acomodado en la zona de reanimación, antes de hablar con Lynette aparte.

-Trata de hablar con su mujer -le dijo en voz baja-. A ver si alguien puede ir a buscarla al lugar donde esté comiendo. Tiene que venir a toda prisa. ¿Tenemos algún espirómetro?

-Traeré uno cuando venga para acá.

Regresó junto al paciente y, con toda calma, le explicó quién era y cuál era su papel allí.

-El médico asistente que lo atendió al llegar, señor Williams, me dijo que le dolían las piernas.

-Más que dolor era como si se me quedaran dormidas. Y también he sentido algo raro en los pies durante días. Pero las piernas solo se me han puesto realmente mal hoy.

Mientras el hombre hablaba, Sam le examinaba las piernas. El tacto y la apariencia eran normales, pero no tenían fuerza.

-¿Ha tenido algún catarro? ¿Algún dolor en el vientre?

-Tuve un pequeño catarro la semana pasada, un poco de tos, pero nada como esto. Me da la sensación de que voy a peor cada minuto.

Sam terminó su breve examen, chequeó los reflejos de sus extremidades y comprobó que habían desaparecido de las rodillas y los tobillos, pero que permanecían en los codos.

-Suba y baje los ojos, señor Williams. Bien. Silbe. Infle las mejillas. Sonría -comprobó que una parte de sus músculos faciales estaban debilitados-. Ahora siga mi dedo con la mirada -dibujó una H en el aire, y notó un defecto en el modo en que seguía el trayecto-. Gracias.

Lynette, que había ido a llamar a la señora Williams, llegó cuando Sam estaba acabando su examen.

-Su mujer viene de camino -le dijo al señor Williams, intercambiando una rápida mirada con Sam. Le acercó la máquina que le había pedido-. ¿Le pongo esto?

-Conecte el monitor -respondió, y le dio al paciente un tubo que pendía de la máquina-. Señor Williams, quiero que tome todo el aire que pueda y lo expulse dentro de esto, vaciando sus pulmones por completo. Bien -asintió al ver que el hombre hacía lo que le había pedido-. Continúe respirando. Pare solo cuando no tenga más remedio.

Tal y como había esperado, presentaba serias dificultades respiratorias.

-¿Cuánto tiempo tardará en llegar su mujer?

-Quizá unos quince minutos -le dijo Lynette.

-Voy a intentar esperar -dijo Sam, pero sabía que no tenía mucho tiempo-. Señor Williams, por los síntomas creo que padece el síndrome de

Guillain-Barré, algo que suele atacar después de una infección vírica. Por algún motivo, después de una infección, la membrana que recubre los nervios se rompe. Eso reduce la conducción de impulsos nerviosos y, en su caso, lo está llevando a la parálisis. Lo más preocupante es que puede afectar a los músculos que controlan la respiración, por eso tenemos que actuar de prisa. Los análisis indican que los músculos no están trabajando, lo que provoca que no pueda inhalar suficiente cantidad de oxígeno ni expulsar el dióxido de carbono de su cuerpo. Vamos a tener que sedarlo y ponerle respiración asistida, ¿sabe lo que es?

-Una máquina para poder respirar -respondió el hombre-. Lo he visto en la televisión.

-Por otro lado, voy a ponerle una transfusión con una proteína especial que ayudará a su cuerpo a luchar contra la infección. Empezaremos con eso dentro de unas horas, pero seguirá sedado, por lo que dudo que pueda saber lo que está ocurriendo. También le sacaremos un poco de líquido de la médula para analizarlo, pero esperaremos a que esté dormido, y lo realizaremos a la vez que una prueba de sus músculos. Aunque esté dormido, yo le explicaré lo que está sucediendo, por si puede oírme.

Lynette llevó a la señora Williams a la UCI cuando Sam estaba terminando de explicarles a Phillipa y a Tim los detalles del caso que acababa de llegar.

Se acercó a la mujer y la acompañó junto a su marido. Sabía que Lynette había hecho un buen trabajo preparando a la mujer para lo que se iba a encontrar. Su reacción inmediata fue correr al lado de su marido y tomarle la mano.

-Tiene cinco minutos -le dijo Sam, observando el esfuerzo que hacía el señor Williams al respirar.

En cuanto pasó ese tiempo, Tim se llevó a la señora Williams a la sala de espera, mientras Sam sedaba a su paciente.

-Ayer estaba perfectamente -dijo la mujer, cuando Tim la trajo de vuelta-. Dijo que le dolían las piernas, pero creíamos que era porque había estado trabajando en el jardín. ¿Esa enfermedad puede ser realmente tan rápida?

Sam asintió.

-Pero nunca había oído hablar de ella -insistió la mujer.

-En los hospitales la vemos bastante a menudo.

-Es un hombre muy fuerte. Todavía juega al rugby en invierno y nunca se pone enfermo. Tuvo un resfriado o una gripe hace poco, pero era la primera vez en años. Tiene que ponerse bien.

-Si no me equivoco en el diagnóstico, su recuperación es casi segura -dijo Sam, y acercó una silla a la cama para que la mujer se sentara-. Necesitamos hacer una serie de pruebas para comprobar que el diagnóstico es correcto. Por desgracia, el médico con el que me gustaría contar está en Wellington y no volverá hasta mañana por la mañana. Puede pasar tiempo hasta que podamos determinar con certeza lo que es.

-¿Y si no es lo que usted piensa?

-Los síntomas que tiene su marido son típicos del síndrome de Guillain-Barré -le explico Sam-. Espero que se corroboren mis sospechas.

-La enfermera me ha dicho que, prácticamente, lo que tienen que hacer es conseguir que Daniel siga respirando hasta que venza a la enfermedad.

-A grandes rasgos es así -dijo él-. Pero hay ciertas cosas que podemos hacer para ayudar a que el proceso se acelere. Una de ellas, que ya discutí con su marido, es una transfusión con una proteína especial que ayuda a combatir la infección. Vamos a empezar hoy con eso. Otra alternativa es cambiar el líquido de su sangre por un fluido fresco. Dependiendo de cómo responda a la proteína, haremos eso o no. Ya le haré saber qué hemos decidido.

Ella parecía desconcertada.

-¿Eso quiere decir que es posible que siga así la semana que viene?

-Es difícil saberlo -Sam la miró fijamente-. Hemos tenido suerte al poder empezar el tratamiento tan pronto, pero que se recuperara en una semana sería realmente rápido. Pueden pasar varias semanas antes de que podamos quitarle la respiración artificial.

-¿Tanto tiempo? -la mujer palideció-. ¿Y podré hablar con él?

-Sí, podrá hablar con él. De momento lo hemos sedado para que pueda tolerar la respiración artificial. En unos días, bajaremos la dosis de sedantes.

-Todo esto me parece tan extraño. Ayer estaba perfectamente -dijo ella agitando la cabeza.

Sam se preparó para hacerle al paciente una punción en la columna vertebral. Después de tres años trabajando con recién nacidos, le resultó

extraño meter una aguja en la espina dorsal de un adulto. Encontró el espacio correcto de inmediato y, antes de extraer fluido, comprobó la presión. Luego sacó el fluido necesario y cubrió el pinchazo con una gasa esterilizada.

-Tendremos los resultados dentro de una hora -le dijo a la señora Williams-. No nos van a decir a ciencia cierta si el diagnóstico es acertado, pero nos darán algún indicio de si voy por buen camino.

-El neurólogo viene para acá -le dijo Phillipa cuando volvió a la unidad-. ¿Divirtiéndote?

-Me estoy esforzando por adaptarme al trabajo con adultos, después de tanto tiempo trabajando con bebés -admitió ante Phillipa con una sonrisa-. El neurólogo, ¿es de aquí o es de Wellington?

-Cubre ambas zonas. Ha estado en Wellington esta tarde, pero no tiene problemas en venir aquí.

-Necesitamos la información que pueda facilitarnos -dijo Sam.

Agarró las muestras que debía mandar al laboratorio y las metió en una bolsa de plástico con el nombre del paciente. Luego le pidió al auxiliar que pidiera que fueran a recogerlo.

-Estuve hablando con Leslie Skinner -dijo Sam-. Me dijo que se encargaría de hacerle un seguimiento a la señora Robinson.

-La hemos trasladado a Kirk Ward -le dijo Phillipa, refiriéndose al ala del hospital donde estaba medicina general-. La van a tener en observación toda la noche. ¡Ah! Will te ha llamado -Sam le había dejado un mensaje-. Dice que las ocho y media está bien para la cena.

-Gracias -asintió él. Era jueves, así que hizo una nota mental de su compromiso para ir a cenar a casa de sus amigos con Cathie. Temía, no obstante, que se le pudiera olvidar, pues no sería la primera vez. Solo que, en aquella ocasión, no sería solo él el que sufriría las consecuencias de su negligencia, sino que sus amigos también se sentirían incómodos.

Recordar cuántas noches había pasado esperando a Cathie no le resultaba en absoluto agradable.

Por mucho que la quisiera, si en breve no daba ningún signo de que su relación podía llegar a algo más, tendría que tomar una decisión.

## Capítulo 4

**A**L día siguiente, Sam no fue capaz de localizar a Cathie en el trabajo y tuvo que dejar un mensaje a uno de sus colegas, confirmándole la hora de su cita el sábado. Así que, cuando alguien llamó a su puerta a las siete, se sorprendió.

-¡Qué expresión tienes! -dijo ella en tono acusador cuando él abrió la puerta-. Pensabas que me había olvidado.

-No habría sido la primera vez -dijo él en un tono razonable, añadiendo una sonrisa-. Hola, pasa. Estás guapísima.

Como no parecía tener intención alguna de usar su llave, él prefirió no mentar el tema otra vez.

-Estoy agotada -dijo ella, limpiándose los pies en el felpudo antes de entrar-. Nos taparon los ojos, nos quitaron el dinero y nos llevaron más allá de Eastbourne, para que encontráramos el camino de vuelta - ella lo besó en la mejilla-. Hueles muy bien. Me gusta tu camisa.

-Tengo un gusto excelente -dijo él, al ver que ella le lanzaba una significativa mirada. Tanto la loción como la camisa eran regalos que ella le había hecho por su cumpleaños-. ¿Cómo has conseguido salir de esa situación?

-Canny Martin se imaginó que nos iban a hacer algo así -le explicó-. Así que se pegó al cuerpo una tarjeta de crédito. Anduvimos menos de una hora, hasta que consiguió dinero y nos fuimos a comer. Luego tomamos el autobús hasta la ciudad.

-Entonces, ¿por qué estás tan cansada?

-Martin y yo nos fuimos luego a montar en bicicleta por la bahía. Hacía mucho viento.

-Deberías haberme llamado. No me habría importado dar una vuelta.

-Pero estabas de guardia anoche. Pensé que estarías trabajando.

-Solo hasta esta mañana. ¿Conozco a ese tal Martin?

-Es un nuevo representante -se rio ella-. No me mires así, Sam. Es muy majo, pero no hace que me tiemblen las rodillas.

-¿Yo sí?

-Tú sabes que sí -dijo ella y lo besó otra vez-. Y mucho más que mis piernas, cuando me besas así. Siempre me has hecho sentir eso. Desde el primera día en que entraste en aquella horrorosa reunión -se levantó la camisa y le llevó la mano hasta uno de sus senos desnudos-. ¿Tenemos tiempo?

-No -admitió él, con la voz ronca. Inclino la cabeza y deslizo la lengua por el pezón-. Nos esperan a las ocho -dijo, mientras la tapaba-. Será mejor que nos vayamos.

No había mucho tráfico y pronto llegaron a la autopista que los conducía por la zona de negocios y luego alrededor del puerto, antes de subir las montañas-. ¿De verdad que he hecho que las rodillas te temblaran desde el primer día?

-Sí, claro que sí -dijo ella-. Casi me desmayé -él captó su expresión divertida al mirarla de reojo-. En el momento en que entraste, en mitad de mi discurso, perdí los papeles. Me había preparado cuidadosamente la presentación y, sin embargo, no fui capaz de mostrar nada. No me extrañaría haber estado hablando sin sentido durante una hora.

-A mí no me sonó mal -quitando un vago recuerdo de algunos medicamentos nuevos, específicos para pediatría en las UCI, no se había fijado en nada más.

Había estado demasiado preocupado por el efecto que había causado en él como para enterarse de lo que decía. Pero en otras ocasiones en que la había oído hablar en público, incluso cuando una leve mirada le había dicho que estaba tan pendiente de él como él lo estaba de ella, siempre había apreciado su confianza en sí misma, su control de la situación y su profesionalidad.

-¿Y estabas enfadada conmigo por haber llegado tarde?

-No estaba enfadada, sino a punto de desmayarme -se rio ella-. Sam, tú sabes lo que provocaste dentro de mí. Lo sabes perfectamente. Entraste, me miraste de arriba abajo, y se me encogió el estómago. Ya me habían advertido sobre ti pero, a pesar de todo, me quedé sin defensas.

-¿Te habían avisado? -la miró con el ceño fruncido-. ¿De qué estás hablando?

-De Laura Elves.

-¿Laura Elves? -Sam hizo una mueca-. Vaya.

-Ese vaya lo dirás por ti.

-Has mantenido esa información oculta mucho tiempo.

-Las dos trabajamos como enfermeras juntas - dijo ella en un tono superficial, como sin darle mucha importancia, pero no negó el que se hubiera reservado esa información deliberadamente-. Fue años atrás. Estábamos en «urgencias». No la conocía muy bien y no he vuelto a verla desde que se marchó a Auckland. Pero cuando conseguí el trabajo en el hospital de Wellington me contó muchas cosas sobre su ex novio, el doctor Sam Wheatley.

-Cathie... -respiró profundamente y se dio una pausa para pensar sobre cómo proceder-. Laura y yo no fuimos...

-No te guarda rencor, Sam -le acarició la pierna tratando de tranquilizarlo, pero a Sam le resultó tremendamente excitante-. Solo quería que yo supiera que eres un ligón y que, si alguna vez me mirabas con esos irresistibles ojos azules, no debía cometer el error que ella cometió de tomarte en serio.

-No soy ningún ligón... -comenzó a decir impaciente, pero ella no le dejó terminar.

-Sam, solías serlo.

Él protestó.

-Quizá cuando era estudiante...

-Pero ya te habías licenciado cuando Laura y tu empezasteis a salir.

-Laura y yo nunca salimos -se indignó él-. Al menos, no como ella pensaba. Nos reíamos juntos en el hospital y quedamos un par de veces...

-Te acostaste con ella.

Él suspiró.

-Ella no puso ninguna objeción en aquel momento.

-Estoy segura de que no tenía ninguna objeción que poner -colocó una vez más su pequeña mano sobre su pierna, con una carcajada-. Al contrario. Conociéndote, seguro que se lo pasó estupendamente. No te preocupes, Sam. Nada de eso es asunto mío. No tienes que darme explicaciones.

Pero quería hacerlo. Laura podía haberle dado una visión parcial de cómo había sido su breve relación, y eso lo preocupaba.

-Cometí un error con Laura -dijo él-. No la engañé deliberadamente, pero no me di cuenta de que quería ir en serio.

Había trabajado con la enfermera durante tres meses. Habían ido al cine y a cenar un par de veces. Pero, cuando ella lo invitó a casa de su familia a una barbacoa, no se podía imaginar cómo había mal interpretado lo que para él no había sido más que una relación casual.

Al ir a la cocina por una botella de vino que había llevado, se encontró una tarta con su nombre y el de Laura escritos, y dos anillos unidos. Tanto ella como su familia esperaban que él aprovechara la ocasión para pedir la mano de Laura. Por suerte, logró escaparse antes del postre y, al día siguiente, le explicó a Laura que él quería su amistad, pero no casarse con ella. Durante meses, después de aquello, tuvo que soportar sus miradas dolidas.

-Pensé que ella lo había entendido...

-¿Qué tenías tanto interés en el matrimonio como en criar pollos? -dijo ella en tono alegre-. Creo que la pobre Laura captó el mensaje al final...

Sam la miró de reojo.

-Pues, últimamente, me he estado pensando lo de la crianza de pollos.

-No, Sam -hasta entonces la atmósfera en el coche había sido animosa, pero, de pronto, comenzó a notarse tensión-. No quiero discutir.

-No tenemos por qué discutir -salió de la carretera suavemente, y se metió por un camino de ovejas, tratando de mantener la conversación en un tono ligero-. No tenemos por qué discutir jamás. Basta con que digas siempre «sí, Sam», «claro, Sam», «por supuesto, Sam».

-¡De eso nada, Sam! -había logrado que se desvaneciera la crispación de la conversación-. No, eso no funcionaría. Ya estás demasiado seguro de ti mismo.

Considerando lo que sentía cuando estaba con ella, a Sam sus palabras le parecieron una ironía exquisita, pero no dijo nada hasta poco antes de llegar a casa de Maggie y Will.

-¿Cómo es que lo que te contó Laura no te hizo huir de mí? -cautivado, había invitado a Cathie a salir después de aquella reunión y terminaron en la cama aquella misma noche-. ¿Por qué no me mandaste a paseo?

-¿Qué? -ella pareció atónita ante la pregunta-. Sam, sé razonable. Solo con que me mires me entran ganas de desnudarme. Nunca había sentido nada ni remotamente parecido. El único hombre... -bajó la voz y se detuvo. El se tensó ante lo que parecía iba a ser una confesión sobre sus relaciones

anteriores, tema que ella había evitado antes. Sin embargo, desvió la conversación-. Bueno, es suficiente con que te diga que nunca antes había sabido lo que significaba, realmente, estar excitada.

Ella respiró profundamente y, como él no dijo nada, ella continuó.

-Sam, sé que lo que voy a decir puede sonar inmoral, pero me habría dado igual que tú no me hubieras deseado aquella noche. Te habría perseguido sin descanso, hasta que ya no hubieras podido luchar más. Para mí, la cena que tuvimos fue una pérdida de tiempo. He intentado recordar dónde fue y no puedo. Solo sé que me pasé toda la noche tratando de sacarte del restaurante y de llevarte al coche. Te deseaba tanto que me dolía.

-Cat, tú sabes que yo sentía lo mismo -le acarició la mejilla, luego la garganta, luego deslizó un dedo por la comisura de su labio, hasta su seno, que ansiaba ver desnudo una vez más-. Yo te deseaba con la misma fuerza.

-Yo todavía siento eso -dijo ella y presionó el pecho contra la palma de su mano. El pudo sentir el pezón endurecido-. Todavía siento que me quemó por dentro cuando me miras. Nada ha cambiado.

-Tenemos que entrar -dijo él en un gemido de deseo. Ansiaba poder desnudarla, besar la piel que estaba bajo su mano, pero no podían hacer el amor a la puerta de la casa de Maggie y Will. Apartó la mano y le colocó la camisa-. Más tarde, ¿de acuerdo?

-Esta cena me va a parecer eterna -dijo ella.

Will abrió la puerta y los hizo pasar al salón.

-Hemos pedido comida tailandesa -se disculpó Maggie apresuradamente al entrar a saludarlos-. Del restaurante de la esquina. Espero que no os importe. Nos habría gustado cocinar, pero no nos ha dado tiempo. A pesar de todo, queríamos veros.

-Me parece estupendo -dijo Sam y la besó en la mejilla-. A los dos nos encanta la comida tailandesa. Y a los dos nos sorprendió que nos invitarais tan pronto.

-No sabíamos la cantidad de trabajo que era esto -dijo Will-. El bebé no duerme mucho. Solo hemos tenido un par de horas para nosotros desde que vinimos a casa.

-Pobrecitos -dijo Cathie con una sonrisa-. Los dos tenéis un aspecto estupendo, aunque supongo que por dentro estaréis agotados.

-La felicidad está todavía ahí, cubriéndolo todo - dijo Maggie

suavemente y miró a Cathie-. ¿Quieres ver al bebé?

-Sí, claro que sí -Cathie se fue detrás de Maggie, y Sam no pudo vencer a la tentación de seguir las-. ¿Habéis decidido ya el nombre?

-Hemos pensado en Richard James, James Richard o Timothy Richard James -dijo Maggie-. Richard es el nombre del padre de Will y James, el de mi padre. Pero a ninguno de los dos nos gusta Dick o Jim como diminutivo, sin embargo, no nos importa Tim. Puesto que es un nombre que abunda en ambas familias, estamos empezando a pensar que es una alternativa neutral. Pero todavía no estamos seguros. ¡No me lo puedo creer! -todos miraron al interior de la cuna-. Cuando queremos que esté despierto, resulta que se ha dormido.

-Es una preciosidad -susurró Cathie, y Sam, que la estaba observando, sintió que el estómago se le encogía de emoción al notar que su gesto se endulzaba-. Pero es tan pequeño.

-Díselo a Sam -Maggie sonrió-. Piensa que es gigantesco.

-Sam ha perdido el sentido de la realidad -dijo Cathie y lo miró con sorna-. Solíamos celebrarlo juntos, cada vez que uno de sus bebés alcanzaba los quinientos gramos.

-Cualquier excusa es buena para una fiesta - murmuró y le apretó la mano-. Tendrás que venir a verlo otra vez cuando esté despierto. Tiene unos inmensos ojos azules, en los que parece que uno se puede sumergir.- «tal y como yo siento que me puedo sumergir en los tuyos», pensó él, aún con su mano en la suya-. Seguramente estará despierto toda la noche.

-No se te ocurra ni bromear al respecto -dijo Will irónicamente-. No necesitamos otra noche como la de ayer.

-En seguida se adaptan -dijo Cathie con seguridad. Cuando todos, incluido Sam, la miraron con un gesto dudoso, ella añadió algo-. Al menos, eso es lo que le he oído decir a algunos padres.

-Crucemos los dedos -añadió Maggie-. Pensé que un bebé iba a ser un descanso después de años de turnos de urgencias. Jamás se me ocurrió pensar que podría ser mucho más agotador.

El timbre interrumpió la conversación y Sam siguió a Will para ayudarlo con la comida que acababa de llegar.

Solo que, junto al repartidor del restaurante, también llegó Leslie. Will la besó entusiasmado y le rogó que entrara, mientras le explicaba a Sam que lo había llamado aquella misma mañana y por eso la había invitado.

Poco después, aparecieron Maggie y Cathie, y Sam, siempre pendiente de Cathie, se quedó inmóvil al notar la tensión, impresa también, de algún modo, en el rostro de Maggie. Miró a Cathie con un gesto interrogante, pero ella evitó sus ojos. Pronto, la crispación inicial que había notado entre las dos mujeres se disolvió al hacer las presentaciones.

-Leslie, Sam, Jerry y yo compartimos un viejo apartamento cuando estábamos en el cuarto año de facultad -les explicó Will a Maggie y a Cathie-. Nos lo pasamos muy bien juntos.

-Por lo que veo, tus habilidades en la cocina no han mejorado -dijo Leslie, mirando la comida de encargo que Will y Sam tenían en las manos.

-No lo hace tan mal -dijo Maggie en un tono ligero-. Lo siento, Leslie. Sé que es de mala educación invitar a alguien a cenar y no cocinar. Queríamos haber hecho algo...

-¡No me hagas caso, Maggie! Lo siento. Realmente, solo me estaba metiendo con Will, pero no era más que una broma -Leslie agitó las manos en el aire-. Me encanta la comida tailandesa. Además, admiro a cualquiera que sea capaz de organizar una cena, sea como sea, tres días después de tener un bebé. Y, hablando de bebés, me encantaría ver al recién nacido.

-Ven por aquí -le dijo Maggie, complacida con la petición.

Mientras las dos mujeres estaban ocupadas, Sam y Cathie ayudaron a Will a organizar la comida.

-¿Cathie? -Sam la agarró de la barbilla, en un momento que se quedaron solos, mientras Will había ido por cervezas y vino-. ¿Estás bien?

-Sí, claro que estoy bien -dijo ella con una sonrisa forzada-. ¿Por qué no iba a estarlo?

La cena resultó muy agradable, porque la alegre conversación de Leslie venció el silencio tirante de Cathie. Su silencio no era obvio para nadie, pues no era Cathie una persona especialmente habladora. Pero sí lo era para Sam, que siempre estaba pendiente de ella.

Leslie tenía infinidad de anécdotas que contar del año que habían vivido todos juntos, y mantenía la conversación viva y vibrante, provocando muchas sonrisas y carcajadas.

A Sam le pareció que Cathie, a pesar de su seriedad, seguía entretenida las historias de Leslie. Hacia el final de la comida, observó que estaba pensativa, pero sus miradas se encontraron y su expresión cambió completamente hacia un gesto mucho más cálido y privado al darse cuenta

de que él tenía la atención fija en ella.

Apartó la mirada y observó que Maggie estaba empezando a reprimir los bostezos, así que aceleró la marcha.

-No quiero protestas -dijo él con firmeza-. Tenemos confianza suficiente como para decirnos las cosas claramente. Tienes que dormir cuando puedes hacerlo.

Antes de marcharse, fueron a ver al bebé otra vez y, al encontrarlo despierto, Sam tuvo la oportunidad de tenerlo en brazos unos minutos. Cathie se apartó cuando él trató de pasárselo, negando con la cabeza y murmurando algo que él no pudo oír pero que era, claramente, una negativa. Así que le pasó el niño a Leslie.

Después, se despidieron.

-Sam, no quiero ir a tu casa aún -dijo Cathie y le puso la mano en la pierna, mientras él giraba en el primer cruce-. Todavía no. Quiero ir a la playa.

Condujo hasta encontrar una pequeña cala apartada en una curva de la carretera.

-Esto me hace sentir como si fuera un estudiante otra vez -dijo él, al notar que ella se acercaba. Echó los asientos para atrás. Le encantaba tenerla así. Le gustaba aquella criatura salvaje en la que se convertía en la intimidad-. ¿No preferirías una cómoda cama?

-Falta mucho para llegar -dijo, desnuda ya de cintura para abajo. Se montó encima de él con una carcajada-. Deja de pelear conmigo. ¿Qué le ha pasado a tu ansia de aventura?

-La perdí en cuanto cumplí los treinta -dijo él con la voz ronca, mientras sus movimientos acallaban toda la ansiedad que le producía la tan poco ortodoxa reunión-. Estás loca.

-No estoy loca -el pelo le caía sobre la cara-. Solo estoy impaciente. No pares.

Un viento frío corría por la playa y levantaba la arena, cuando ellos salieron del coche. Pero Cathie se rio cuando él protestó y su risa lo persuadió para que se despojara de la ropa y la dejara sobre la arena. Siguió a Cathie hasta zambullirse en las olas.

-¿Lo ves? No es tan malo -dijo ella, nadando hasta abrazarse a él. Enroscó las piernas alrededor de su cuerpo y los brazos alrededor de su cuello-. Me gusta sentirte dentro.

-Estamos en un sitio público -dijo él, mirando la playa y el aparcamiento. La nube que cubría la luna era lo suficientemente espesa como para que no se los viera si algún coche aparecía de improviso. Pero no había garantías de que fuera a permanecer así-. ¿Es el riesgo de que nos pillen lo que te excita?

-No, no es el riesgo -dijo ella-. Lo que me excita eres tú -lo besó apasionadamente-. Mmm... Estupendo. Quiero más.

Ya de camino a Wellington, una hora después, le dijo que no tenía que trabajar al día siguiente.

-Soy tuya todo el día, si tú quieres.

-Claro que quiero -él siempre quería-. Podríamos dar un paseo por la bahía a ver si están los pingüinos.

-Me encantaría -dijo ella y se quedó callada durante un rato. Pero, luego, bajó el volumen del CD de Brahms que estaban escuchando como si quisiera decir algo-. Leslie parece muy agradable.

-Lo es -respondió él y la miró interrogante-. Es muy divertida.

-Sí, ya lo he podido comprobar.

Llegaron a casa de Sam y aparcó el coche detrás del de Cathie.

-¿Te molesta hablar de ella? -le preguntó.

-No -respondió él. Pero, como ella no siguió preguntando, el tampoco le dio más información.

Dentro de la casa, ella se quitó la ropa mojada de inmediato. Lo miró con descaro, antes de llevarla al lavadero.

-Deberías desvestirte -le dijo ella-. La sal va a destrozar tu ropa. Como se me hayan estropeado estos pantalones, vas a tener que pagarme otros. Deberías haberme dejado venir desnuda, tal y como yo quería.

-Entonces nos habría detenido la policía -dijo él. Los habían parado en dos controles de alcoholemia al pasar por la ciudad-. He impedido que te arrestaran.

Ella se rio.

-Los habría conquistado.

-Sí, claro que los habrías conquistado -dijo él, entrando en el lavadero. Metió la ropa en la lavadora y, luego, atrapó sus senos entre las manos-. Al menos estos dos los habrían conquistado. Pero, a pesar de todo, te habrían arrestado. Habrías salido en el periódico al día siguiente, desnuda, como el

día en que naciste, y a mí me habrían llamado todos mis amigos para decirme lo afortunado que soy.

-Creo que me gustaría probar una cómoda cama ahora -le susurró.

-Por mí, encantado -puso la lavadora, la agarró en brazos y la llevó escaleras arriba.

Más tarde, yacieron juntos, los glúteos de ella contra la pelvis de él, y su seno en la mano de Sam, bañados por la suave luz de la luna que se colaba por entre la persiana.

-Leslie parece muy agradable -murmuró ella.

Sam frunció el ceño. Le besó la nuca.

-Me da la sensación de que ya hemos tenido esta conversación antes -sus cuerpos sudorosos estaban tan juntos, que no pudo evitar notar que ella se tensaba.

-Pensé que no la habíamos terminado.

-¿Qué es lo que tenemos que terminar?

Ella se apartó de él y se volvió para mirarlo, posando la cabeza en el brazo que tenía extendido, mientras lo observaba con sus ojos grandes y el rostro pálido.

-¿Tuvisteis una relación?

-¿Una relación? -preguntó él confundido por su pregunta y por la dirección que su interrogatorio estaba tomando. Levantó la cabeza y la apoyó en la mano-. ¿Una relación? ¿Me estás preguntando si nos acostamos juntos?

-Sam, está clarísimo que os acostasteis juntos - dijo ella y sonrió ante la mirada atónita de Sam -. Venga, Sam, no soy estúpida. El modo en que te miraba me lo habría dicho, sin necesidad de que lo hicieran las historias que contaba. No tienes por qué contarme nada sobre sexo. No es asunto mío. Tampoco lo es todo esto. Pero siento curiosidad. Lo que quería preguntarte es si fue una relación emocional.

Él se aproximó más a ella y la observó fijamente, incapaz de resistirse a la tentación de acariciar la suave curva de su cuerpo.

-Todo eso ocurrió hace mucho tiempo.

-¿Eso significa que la respuesta es «sí»?

-No, no es « sí» -no se sentía demasiado cómodo hablando sobre Leslie. Pero era muy raro que Cathie le preguntara algo sobre sus

relaciones anteriores, y era la segunda vez que lo hacía aquella noche. Sentía curiosidad por saber adónde los llevaría todo eso-. Compartimos piso durante un año y, en ese tiempo, no éramos más que amigos. No salimos juntos hasta después de eso. Fue en época de exámenes y los dos estábamos en un momento de mucho estrés. Supongo que no fue más que un modo de relajarnos. Nadie se enteró. No creo ni que lo sepa Will.

-¿Estabas enamorado de ella?

-No -él respondió de inmediato, pero luego dudó, temeroso de haber sonado demasiado frío-. Me gustaba. Nos lo pasábamos bien y no fue solo sexo, pero tampoco nada particularmente intenso, por parte de ninguno de los dos.

-¿Cómo acabó?

-Se fue desvaneciendo poco a poco -se tumbó sobre la almohada y cerró los ojos-. Luego, ella se marchó y perdimos el contacto. Unos años después se fue a Inglaterra y ha estado allí hasta ahora.

-¿Y hoy era la primera vez que la veías?

-No. Estuvimos comiendo juntos un día de esta semana -dijo él-. Yo le di el teléfono de Will -le besó el hombro-. ¿Alguna pregunta más, o el tribunal de la inquisición se da por satisfecho?

-Es muy atractiva.

Él le acarició el pelo.

-Prefiero las castañas sensuales como tú.

-Todavía le gustas.

Él se rio.

-Imaginaciones tuyas.

-No, y tú lo sabes.

-¿Estás celosa?

-No, no estoy celosa -dijo ella-. Quizá, sienta curiosidad.

-¿Sobre el pasado?

-Sobre ti -no clarificó nada sobre aquella críptica respuesta, y se limitó a acomodarse junto a él-. Despiértame. Deberíamos salir pronto para dar el paseo.

A la mañana siguiente, compraron unos bollos en la pastelería más cercana y se dirigieron hacia la bahía. Caminaron por las rocas y

desayunaron allí.

La última vez que habían ido de excursión hasta allí, habían encontrado un grupo de pingüinos, además de un montón de focas. Pero, en aquella ocasión, no había nada más que piedras desnudas.

-El otoño es la mejor época -dijo Cathie-. Hay docenas de pingüinos entonces.

Continuaron paseando por la costa, chapoteando en algunos de los pequeños charcos que se formaban en las orillas rocosas.

-Estoy muerto de hambre -protestó él, ya pasada la hora de comer-. Deberíamos haber traído más comida. ¿Por qué no volvemos?

-Estoy vaga -dijo ella, sentada de cuclillas junto a uno de los charcos, mientras jugueteaba con una pequeña anémona. Agarró un poco de agua y salpicó a Sam-. Vamos a quedarnos otra hora. Podríamos ir andando hasta Brooklyn desde aquí.

-¿Y después qué? -preguntó él secamente. Estaban muy lejos de donde habían dejado el coche-. ¿Cómo vamos a regresar?

-Mi casa no está lejos de allí.

-Ja.

-Podemos hacer autostop.

-No gracias.

-Sería divertido -insistió ella.

-Soy ya muy viejo para ese tipo de diversión. Vamos -demasiado hambriento como para ponerse a discutir, ignoró sus protestas y la tomó en sus brazos-. ¿Dónde has dejado los zapatos?

-En la hierba -respondió ella a carcajadas, y señaló un trozo verde que había al otro lado de la playa-. Allí. Te gusta mandarme, ¿verdad?

-Sí -sonrió él. Tenía razón-. Me gusta mucho -se arrodilló y la puso sobre un pequeño trozo de hierba con arena, luego tomó su pie y 'se lo apoyó sobre la pierna. Le quitó la arena del talón-. Si no te limpias bien, los zapatos te van a raspar. ¿Por qué no llevas calcetines, como las personas normales?

-No me gustan. Me calientan demasiado los pies.

-No te calientan los pies -el argumento lo exasperaba tanto como lo había hecho la primera vez que lo había oído hacía tres años-. En todo caso, te los protegen, especialmente cuando usas zapatos como estos - le

tocó el talón izquierdo, que estaba enrojecido-. ¿Lo ves? Te va a salir una ampolla. Te va a doler un montón.

Pero en lugar de mirarlo, se limitó a tumbarse, apoyándose en los codos.

-¿Por qué no me das un beso para que se me cure?

El posó un beso sobre su talón manchado de sal y de arena, y le hizo cosquillas cuando ella le pidió más.

-Está lleno de arena.

-Pero mis labios no -protestó ella.

Sonriendo, Sam se aproximó y probó su boca, una y otra vez.

-Te has puesto protector labial -le dijo, pues la había visto hacerlo con anterioridad-. Factor quince.

-Factor veinticinco -le dijo ella dulcemente. Le rodeó la nuca con las manos y tiró de él para que se tumbara sobre ella. Abrió las piernas para dejarle espacio-. Se está muy bien aquí, en la hierba, con las olas. Vamos a descansar un rato. Tengo ganas de dormir.

-No tienes ningunas ganas de dormir -Sam conocía aquella expresión, y sabía que la maliciosa mirada de sus ojos no tenía nada que ver con el sueño-. Cat, esto de practicar el sexo en lugares públicos se te está escapando de las manos. Es totalmente de día. Estamos a solo unos metros del camino.

-No hay nadie -argumentó ella razonablemente, mientras le besaba la barbilla-. No hemos visto a nadie desde hace un montón de tiempo. ¿O me vas a decir que también te has hecho muy viejo para esto, de repente?

-No, viejo no -el modo en que le latía el corazón le aseguraba que no era una cuestión de edad-. Pero no soy un exhibicionista.

-Nadie nos va a ver -dijo ella riéndose, mientras se quitaba los vaqueros y la ropa interior, y le desabrochaba la bragueta-. Déjame que te quite solo esto. Anda, vamos, no tardaremos. Date prisa, que puede venir alguien.

-Eso es precisamente lo que me preocupa -protestó él con un gemido, consciente de que esa protesta no engañaba a nadie. Le quitó la camisa con las manos temblorosas, para dar a su boca acceso a sus senos. Acabó cediendo a sus dulces súplicas y entrando dentro de ella.

Después, caminaron lentamente, deteniéndose aquí y allí para

regalarse lánguidos besos. Tardaron mucho más en volver al coche de lo que habían tardado en llegar hasta allí.

Sam condujo hasta Island Bay, y compraron empanadas y batidos en la tienda que estaba cerca de la playa. Allí se sentaron sobre la arena caliente.

-Deberíamos habernos traído los bañadores -dijo Cathie con aire soñador, una vez que hubo terminado la empanada. La playa no estaba llena, pero había unas cuantas familias, además de unas cuantas parejas haciendo surf-. Estoy demasiado vaga como para volver por ellos.

-No me mires así -dijo él, divertido con la mirada humorística de ella. Se quitó la gorra y se bajó las gafas, para cubrirse los ojos. Luego se dio la vuelta para apoyar la cabeza sobre su estómago-. No pienso conducir de vuelta solo por ti. Ya nadaste ayer.

-Pero el agua está maravillosa.

-Si estás tan desesperada, finge que tu ropa interior es un bikini.

-Tendría que hacer top-less -dijo ella, y él sintió sus manos masajeándole suavemente la cabeza, en un movimiento casi hipnótico-. No llevo sujetador.

El sonrió, mientras la contemplaba.

-¿Estás cansada?

-Un poco -él notó el leve movimiento de su abdomen, mientras bostezaba-. No es extraño, porque me has mantenido despierta la mayor parte de la noche. Puede que cierre los ojos unos minutos.

Aquello le sonó muy bien a Sam, que se puso cómodo, bostezó y dejó que su cuerpo cayera suavemente en un letargo.

Un leve tacto en el rostro lo despertó. Cuando abrió los ojos se encontró el sonriente rostro de ella.

-Son más de las seis -le dijo suavemente-. Dormilón.

-¿Más de las seis? -miró el reloj incrédulo, pero comprobó que tenía razón-. Deberías haberme despertado.

-Te estaba mirando.

-¡Qué aburrimiento! -dijo él, con voz somnolienta.

-No ha sido aburrido en absoluto -en algún momento, mientras dormía, ella debió de perder la goma del pelo. Pues cuando tomó su cabeza para besarla, sintió los mechones de pelo sedoso haciéndole cosquillas

sobre la cara-. De hecho, era hipnotizante. Eres increíblemente guapo, Sam. Solo que, normalmente, te despiertas antes que yo y no tengo la oportunidad de mirarte como es debido.

-No tan hipnotizante como para conseguir que hagas lo que yo quiero que hagas.

-No, tanto no.

Sam se arrepintió de lo que había dicho nada más decirlo, pues notó que ella se tensaba.

-Eso sería aburrido, después de todo -dijo ella-. Deberíamos irnos.

-Sí -él se levantó y le tendió una mano para que también se levantara-. ¿Qué tal tienes la ampolla?

-No tengo ninguna ampolla -pero al andar, cojeó un poco-. Bueno, quizá una pequeña.

-Enséñamela -se colocó para facilitar que ella se apoyara en él, le agarró el pie y le miró el talón. Se sorprendió al comprobar que ella tenía razón. Había una ampolla, pero era muy pequeña-. Has tenido suerte esta vez. Pero si te pusieras calcetines, no habrías tenido el más mínimo problema.

-Pero habría tenido los pies horriblemente calientes -farfulló ella. Él le dio una ligera palmada en el trasero y ella echó a andar.

Una vez en el coche, le puso la mano sobre el brazo y lo detuvo justo antes de que fuera a arrancar.

-Gracias por un día maravilloso.

-Gracias a ti -dijo él suavemente, frunciendo el ceño-. Ha sido maravilloso porque estaba contigo. Y todavía no ha terminado. ¿Qué te pasa?

-Nada -el rápido movimiento de cabeza hizo que el cabello le golpeará la cara.

-¿Te vas a quedar a cenar conmigo? -le preguntó y arrancó el motor-. ¿Te has traído ropa de recambio para quedarte esta noche?

-Sí, he traído cosas para mañana -le confirmó, asintiendo con la cabeza-. Solo necesito plancharme una camisa antes de ir a trabajar. ¿Te parece bien?

-Claro que me parece bien -la miró con un gesto impaciente. Ella sabía que, si de él hubiera dependido, estarían viviendo juntos, y no solo

pasando juntos fines de semana esporádicos-. ¿Por qué le tienes tanto aprecio a ese horrible apartamento de alquiler en el que vives? No lo puedo entender. Si comprara la casa de Will, ¿te vendrías conmigo?

Acababan de llegar a casa de Sam, así que este aparcó, antes de añadir algo más.

-Tendríamos mucho más espacio.

-Quieres decir que tú tendrías más espacio -ella estaba sacudiendo el zapato que se había quitado, para sacar la arena. Ni siquiera levantó la vista, aunque, para él, su respuesta era de vital importancia-. A mí no me afecta en absoluto. Tendría que ahorrar unos cuantos años, antes de poderme comprar una casa así.

-No estoy sugiriendo que la compres -dijo él cuidadosamente. Metió la llave en la cerradura de la puerta de su casa y se volvió a mirarla-. Lo que quiero es comprarla para los dos.

## *Capítulo 5*

CATHIE se estiró lentamente. Cada fracción de segundo transcurrida sin respuesta le parecía a Sam una eternidad. Finalmente, cuando la expresión de su rostro se hizo visible, apreció en su gesto tal distancia, que casi le dolía mirarla.

-¿Estás sugiriendo que me vaya a vivir contigo?

-Cathie, llevo pidiéndotelo desde hace meses - dijo él con la voz ronca-. Lo que te pido ahora es que te cases conmigo.

Convencido de que ella debía haber imaginado que le propondría algo así, se sorprendió de su reacción.

-¡Oh! -dijo ella, pero, en lugar de responder, bajó lentamente, sentándose en los peldaños de madera-. No me esperaba algo así.

-No sé por qué no -dijo él.

Pensaba que había logrado decirlo con la suavidad precisa. Sus piernas lo llevaron automáticamente a sentarse junto a ella.

-Solo se trata de formalizar lo que te he dicho un montón de veces. Creo que he hecho varios amagos. He tratado de pedirte esto varias veces, pero cada vez que me pongo serio, tú me cortas.

-Sam, yo te quiero.

-Lo sé, Cathie -le besó la cabeza, mientras se decía a sí mismo que todo iba a ir bien, aun cuando sentía lo contrario-. Yo también te quiero. Por eso quiero que nos casemos. Siento que no haya sido una propuesta muy romántica.

Su idea había sido comprar un anillo y llevarla a algún sitio hermoso, pero aquella noche le había parecido el momento perfecto.

-Porque no haya sido romántico, no pienses que no es una petición hecha con el corazón. Jamás he sentido nada más fuerte en mi vida.

-No es eso, Sam -él pudo oír el leve ruido que hizo su garganta al tragar saliva-. No es que no me haya parecido romántico. Es que, sencillamente, nunca se me habría ocurrido pensar que decidirías atarte a una esposa.

-No creo que el matrimonio sea una atadura -le dijo-. Puede que lo pensara tiempo atrás, pero eso fue antes de que entendiera lo que era amar a alguien como te amo a ti. El matrimonio consiste en compartir cosas.

Cathie, te quiero. Quiero compartir mi vida contigo. Quiero estar contigo para siempre. Quiero que tengamos hijos y que nos hagamos viejos juntos. ¿No quieres esas cosas?

-Sam, ese es un paso muy grande -lo miró con un gesto desesperado y fuerte a la vez, como si le tratara de decir que no iba a conseguir convencerla-. Matrimonio e hijos, son decisiones de mucha envergadura.

-No quiere decir que debemos tener bebés inmediatamente -dijo él calmadamente. Cathie tenía siete años menos. Él quería tener hijos con ella, pero, biológicamente, no tenían prisa-. Al ver el bebé de Maggie y Will me he dado cuenta de que, en algún momento, yo también querría tener un hijo. Siendo sus padrinos tendremos suficiente contacto con él como para apaciguar mi sentimiento paternal durante una temporada.

-Yo no voy a ser la madrina del niño.

-¿Quieres decir que Maggie y Will todavía no te lo han dicho? -frunció el ceño-. Pensé que iban a llamarte la semana pasada. Me sorprende que no te lo dijeran anoche.

-Maggie me lo dijo -respondió ella muy tensa-. Cuando fuisteis a abrir la puerta. Pero le dije que no me parecía buena idea. Le dije que no.

-¿No? -la miró atónito-. ¿Por qué le dijiste que no?

-Le dije que me parecía extraño.

-¿Extraño? ¿De qué estás hablando?

-Me refiero al futuro -inclinó la cabeza para que el pelo ocultara su expresión-. Sam, Will y Maggie son tus amigos. A mí me caen muy bien y me gustaría que las cosas siguieran así para siempre. Pero de no ser por ti, yo solo los habría conocido profesionalmente. Si rompemos y los dos somos sus padrinos, va a resultar muy extraño.

-Pero no vamos a romper -señaló él-. Cathie, acabo de pedirte que te cases conmigo.

Ella le acarició la mejilla.

-Estás muy acostumbrado a que las cosas se hagan a tu modo -dijo ella dulcemente-. Supongo que es por tu trabajo. La gente siempre sigue tus órdenes.

Él le agarró la mano y se llevó la palma hasta los labios.

-No hace falta que trates de salvar mi ego. Los dos sabemos que hace

mucho que no consigo que hagas nada de lo que yo quiero -dijo él-. Y jamás tendría el valor de ordenarte que hicieras nada. Sencillamente, me estás diciendo que no.

-Sí, te estoy diciendo que no. Lo siento -su mirada se había vuelto oscura y solemne, pero, a pesar de todo, una ligera sonrisa se dibujó desde la comisura de sus labios cuando él gruñó.

-Cat...

-No me mires así, como un perrillo abandonado. Tú sabías cuál iba a ser mi respuesta.

-Lo sospechaba, pero no estaba seguro -protestó él-. Pensaba que, tal vez, tendría alguna posibilidad de convencerte de que quieres estar conmigo.

-Es que quiero estar contigo.

-Pues vamos a hacer de eso algo permanente. ¿Qué es lo que te asusta?

-No me asusta nada. Es, simplemente... -trataba desesperadamente de buscar algo que decir-. Es, sencillamente, que no quiero perder lo que tenemos ahora. Es demasiado precioso. No quiero arriesgarme.

Quería entenderla, pero no podía. La lógica de su argumento se le escapaba.

-Cat, no vamos a perder anda -dijo él tratando de hacer que entrara en razón-. Casarse no es un riesgo. Es ganar algo. Tal y como yo lo veo, dar ese paso es un modo de preservar lo que tenemos.

-¿Cómo puedes estar seguro? -le preguntó ella-. Ni tú ni yo podemos estar seguros de eso. El matrimonio cambia las cosas entre la gente.

-Para mejor -insistió él.

-Si fuera para mejor, entonces no habría tantos divorcios.

-Pero eso no nos va a pasar a nosotros -se detuvo, consciente de que, aparte de poder asegurarle que su amor sería eterno, no tenía ningún argumento razonable en qué apoyarse-. Me he enamorado de una soltera empedernida.

Ella soltó una repentina carcajada.

-No te rías -protestó él-. No tiene gracia, es muy trágico.

Pero se rio una vez más y, a pesar de la frustración que Sam sentía, el sonido de su risa contagiosa acabó por provocarle una sonrisa.

-Lo siento, Sam -dijo ella-. Ojalá las cosas pudieran ser diferentes. Sé lo que estás pensando y me gustaría poder ser diferente. Pero no puedo. Te quiero, pero no puedo fingir. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a dejar?

-¿Dejarte? -la miró confuso-. ¿De qué estás hablando?

-Ya has decidido que quieres una mujer, hijos, una casa estupenda -agitó la mano delante de él, como si 'barriera' aquellas ideas que le parecían pertenecer a un universo diferente al suyo-. Ya sabes.

-¿Por eso le dijiste a Maggie que no querías ser la madrina de su hijo? -preguntó él con la voz ronca.

-Pensé que te ibas a sentir un poco frustrado conmigo.

-¿Un poco? -Sam hizo un gesto con los ojos-. Sí, un poco.

-¿Lo vas a hacer?

-¿El qué?

-Abandonarme.

-No lo sé -quería castigarla-. Puedo seguir contigo hasta que encuentre a alguien adecuado.

-Lo sabía -algo en su expresión debió indicarle que él estaba jugando, pues ella se levantó y se sentó en sus rodillas.

-Creo que probaré con una rubia la próxima vez -la abrazó-. Las ejecutivas castañas sois demasiado duras para mí.

-Gracias por no enfadarte -le susurró ella.

-Estoy enfadado -respondió el-. Pero sé que acabaré por conseguirte, Cathie Morris. No creas que me voy a dar por vencido. Terminarás siendo mía.

-Ya soy tuya -susurró ella-. En lo más importante.

-De acuerdo, olvídate de la boda. Puesto que la idea te aterriza, yo puedo prescindir de ella. No necesitamos un contrato que nos diga cómo nos sentimos. Pero vente a vivir conmigo. Compraré la casa de Kelbum, y podremos sentarnos en la colina, viendo los ferrys pasar durante los próximos cincuenta años.

-¿Cincuenta? -ella se rio-. Así es que realmente tus planes son cambiarme por una modelo despampanante cuando yo tenga demasiadas arrugas.

-Venga, contéstame, Cat.

-Sam, todavía no entiendo qué hay de malo en el modo en que estamos ahora.

-Todo -dijo él-. Adoro tu boca.

-Y yo adoro todo tu cuerpo -se pasó la lengua suavemente sobre el labio inferior-. Lo que tenemos es perfecto. ¿Para qué vamos a cambiar algo que es perfecto?

-No es perfecto -dijo él-. Si apenas te veo.

-Sacaré más tiempo.

-¿Cuánto más?

-Todo el que pueda.

Él protestó.

-Me vuelves loco.

-Tú a mí también -respondió ella con un sugerente movimiento que le dejó muy claro que no se refería a lo mismo que él. Pero no pudo resistirse a ella cuando le rogó-: Llévame a la cama.

Cathie se levantó muy pronto a la mañana siguiente, pues tenía una presentación y quería preparar una serie de cosas. Para Sam, la cama perdió parte de su atractivo en cuanto ella la abandonó, por lo que también decidió levantarse pronto, para poder desayunar juntos.

-Esto es muy agradable -observó él, mientras comían cereales juntos.

-¿Los « Weetbix»?

-Lo de desayunar juntos -él hizo un gesto con los ojos al darse cuenta de que le había estado tomando el pelo-. No suele ocurrir muy a menudo.

-Sí, es agradable -dijo ella rápidamente. Dejó la cuchara, miró al reloj y se acercó a darle un beso-. Pero tengo que irme a toda prisa -él inhaló el suave aroma a jabón de su cuello. Ella se apartó cuando él quiso besarla allí-. ¿Estás ocupado el miércoles por la noche? Yo estoy libre. Podríamos vernos en la ciudad.

-Estoy de guardia -cuando estaba de guardia en Wellington tenía cierta libertad para hacer lo que quería. Pero en Kapiti no tenía más remedio que estar en el hospital, pues la distancia era demasiado larga para llegar allí en caso de emergencia-. ¿Por qué no te vienes tú a la costa a visitarme? Me han proporcionado una pequeña casa allí. Podrías quedarte conmigo.

-Te llamaré -se apartó de él y de aquellas manos que buscaban su cuerpo-. Adiós.

Él vio cómo se alejaba.

Llegó al hospital a las siete. Creyó que sería demasiado pronto para que ninguno de sus médicos colaboradores hubiera llegado, pero se sorprendió al ver a Phillipa.

-Estuve de guardia anoche -le recordó ella-. Pero, por el aspecto que tienes, me da la sensación de que he dormido más que tú. ¿Sigues yendo y viniendo desde el centro?

-Solo es que me he acostado tarde un par de noches -dijo, y miró una radiografía, en parte por interés y en parte para cambiar de tema-. ¿De quién es?

-Una nueva paciente. Llegó a las seis de la tarde -Phillipa sacó una serie de escáneres-. Iba a toda velocidad y se chocó contra un poste eléctrico. Es una mujer de veintidós años. Tardaron dos horas en sacarla de entre los hierros. Durante ese tiempo estuvo medio consciente. Perdió el conocimiento al meterla en la ambulancia.

-Las radiografías de cráneo y columna son normales -murmuró él, examinando las pruebas-. ¿Cuáles son los problemas principales que tiene?

-Se ha partido la pelvis -sacó otra serie de radiografías-. Y se ha roto las costillas del lado izquierdo. Cuando llegó su estado de gravedad era de un sesenta y cinco por ciento. Después de seis horas en el quirófano, parece que hemos logrado estabilizar el ritmo cardíaco y la presión arterial, pero sigue teniendo problemas renales.

-¿Esta radiografía de tórax es la última? -preguntó él.

Phillipa le mostró otra.

-Hay esta de las seis de la mañana. No se muestran grandes cambios.

Juntos, fueron a examinar a la paciente. Sam miró el nombre.

-Buenos días, Jill -siempre hablaba con sus pacientes, independientemente de que estuvieran conscientes o no. Muchas veces se había sorprendido de saber cuánto habían captado, cuando se lo habían podido contar una vez recuperados-. Soy Sam Wheatley. Soy otro de los médicos de aquí -miró las pantallas de las distintas máquinas con las que tenían monitorizados su corazón, sus pulmones y la presión sanguínea. Se inclinó sobre ella para explicarle que la iba a examinar-. ¿Alguien le ha mirado ese pulmón? -le preguntó a Phillipa.

-Todavía no. ¿Quieres hacerlo?

-Sí -le confirmó él-. Lo haré esta misma mañana. ¿Tiene parientes?

-Sus padres han estado aquí, pero se han marchado a dormir. Les he dicho que no experimentaría grandes cambios en las próximas horas.

-Sí. En los próximos días se irá poniendo peor - afirmó Sam-. Hablaré con ellos cuando vengan.

Se dirigieron a la zona central de la UCI. Vio a Daniel Williams, que seguía con respiración asistida y sedado.

Con los resultados de todas las pruebas en la mano, la conclusión había sido que, efectivamente, se trataba del síndrome de Guillain-Barré. El sábado por la mañana, Sam y el especialista de turno habían discutido la posibilidad de reducir los tranquilizantes.

-¿El señor Williams sigue sedado?

-Hemos tenido problemas para controlar la presión arterial -dijo Phillipa-. El doctor Davison pensó que era más seguro no despertarlo.

Sam no estaba totalmente de acuerdo. En su experiencia, las deficiencias cardíacas en el síndrome de Guillain-Barré continuaban invariables a pesar de los sedantes.

-¿Qué le estáis administrando?

-«Propanol», dos veces al día.

Sam asintió, contento con aquel tratamiento estándar, que podía dejar de momento.

Miró el informe del paciente para comprobar el nivel de oxígeno que tenía en la sangre.

-Quiero tener a un cirujano que le pueda hacer la traqueotomía preparado -dijo él-. Los datos indican que tal vez pueda necesitar respiración asistida durante más días.

Cuando eso ocurría, los médicos preferían que la máquina se conectara directamente a la tráquea, pues evitaba algunos riesgos.

-De acuerdo. Hablaré con cirugía -dijo Phillipa.

Sam se pasó la mañana moviéndose de una planta a otra, mientras los papeles se acumulaban en su oficina.

A la hora de la comida, se dirigió a cirugía, pues había aceptado cubrir el puesto de un compañero que se había marchado durante dos semanas.

Aunque en los últimos años se había especializado en anestesia pediátrica, el trabajo en la UCI y en los quirófanos le había permitido seguir en contacto con la anestesia de adultos.

Examinaba uno a uno a todos sus pacientes, comprobando que no tenían problemas respiratorios ni cardiovasculares.

-¿Tiene alguna alergia? -le preguntó a una mujer de cuarenta y cinco años, que estaba en el hospital para una pequeña operación de una hernia umbilical-. ¿Siente fatiga o dolor en el pecho cuando hace ejercicio o hace frío? ¿Sufre taquicardias?

La mujer negó con la cabeza pero, mientras la estaba examinando, rectificó en algo.

-La verdad es que, ocasionalmente, siento un ligero dolor en el pecho si estoy corriendo de arriba abajo. Últimamente, he estado preocupada por los exámenes de mi hijo y se lo achacaba a eso.

Sam se tensó.

-Cuénteme más sobre ese dolor.

-No es nada, de verdad -pero cuando se apartó un mechón de pelo, notó que tenía la mano temblorosa-. El dolor no es en el corazón, sino aquí en el centro. Estoy en ese momento en que comienzo a sentir sofocos, y me pregunto si será esa la causa.

-¿Todavía le viene el período?

-Es un poco escaso, pero sí -le confirmó ella-. Supongo que el cambio definitivo llegará pronto.

Le agarró la muñeca para comprobar su pulso.

-Siente fatiga.

-En ocasiones, sí.

Sam frunció el ceño. -¿Se suele marear?

-Me he mareado una o dos veces.

-¿En total?

-Esta mañana -dijo ella-. La semana pasada me mareé un par de veces más. Es por la menopausia, ¿verdad?

Sam le tomó la tensión, que era, tal y como esperaba, más alta de lo normal y, al auscultarla, escuchó algunos sonidos de más.

Se apartó de ella lentamente, mientras pensaba cómo tratar el asunto sin alarmarla.

-¿Ha sufrido de alguna dolencia reumática de corazón?

-No, que yo sepa no -sin duda sus preguntas empezaban a alarmarla.

-¿Le pasa algo a mi corazón? -preguntó ella.

-Puedo oír algo diferente en las válvulas.

-¿Es serio?

-Las válvulas del corazón son como todas las válvulas. Están diseñadas para regular el fluido. A veces se dañan o puede que no estén bien formadas desde el principio. Pueden taponarse y el corazón tiene que hacer un esfuerzo excesivo para bombear.

-¿Les pasa algo a mis válvulas?

-Una de ellas parece haberse estrechado en exceso -le dijo él-. Si se confirmara que es así, eso explicaría por qué se ha sentido un poco mareada. Creo que es importante hacerle un examen completo. Me gustaría que la viera el cardiólogo. Podemos hacerle un escáner para ver qué les ocurre exactamente a las válvulas.

-¿Es serio?

-Si una de las válvulas está dañada, eso significa que tendríamos que operarla para reemplazársela -le dijo él con toda franqueza-. Ni siquiera el cardiólogo podría saberlo con certeza hasta que no viera un escáner.

-Y, mientras tanto, ¿qué pasa con mi hernia? Llevaba seis meses esperando a que me operaran...

-Es mejor solucionar esto -la interrumpió él. Si su condición era la que él sospechaba, una operación sería letal-. Voy a posponer la operación.

Ella agitó las manos.

-Pero ya he venido hasta aquí, doctor.

-Hablaré con la cardióloga del hospital. Quizá sea capaz de hacerle el escáner hoy mientras está aquí, de modo que el viaje no habrá sido en balde.

Por suerte, la cardióloga, que estaba de guardia aquella semana, respondió a su busca.

-Liz, soy Sam Wheatley -le dijo, e intercambiaron saludos. Conocía a la cardióloga por su trabajo en Wellington y la respetaba profundamente por su trabajo en la clínica-. Sí, estoy aquí, cubriendo el puesto de Will, que está de baja por paternidad. Liz, estoy en cirugía hoy y me he encontrado un caso de una mujer con posibles problemas de corazón. No tiene en su historial ninguna fiebre reumática, así que puede ser algo

congénito. Pero, después de escuchar los síntomas y de examinarla, diría que no podemos perder tiempo.

-En seguida bajo, Sam -parecía preocupada-. ¿Crees que, tal vez, tengamos que trasladarla a la ciudad?

-Puede ser -dijo él. La unidad de cirugía cardiológica estaba en Wellington-. Quizá solo para que la examinen. Si mi diagnóstico es correcto, corre el riesgo de una muerte repentina y me da miedo dejarla marchar a casa.

-Bajaré en unos minutos.

-Estaré en el quirófano -le explicó-. Saldré entre operación y operación para ir a donde tú estás.

Cuando tuvo oportunidad, se dirigió a la zona donde Liz estaba examinando a la paciente.

-¿Qué opinas?

-Creo que es lo que tú habías diagnosticado -le dijo ella-. La vamos a trasladar al hospital de la ciudad esta tarde. Hasta ahora, no había tomado conciencia de sus síntomas. Menos mal que ha venido al hospital por lo de la hernia.

El asintió. -Gracias.

-Gracias a ti -dijo ella-. Posiblemente le has salvado la vida. Asumo, al ver esto, que no estás mal cuidando a adultos otra vez.

-Me desconcierta un poco tener que dar la vuelta a la cama, en lugar de darle la vuelta al paciente, pero me voy acostumbrando.

-¿Echas de menos a los bebés?

-Un poco -dijo él-. Pero, en cualquier caso, mi verdadero interés siempre ha sido la UCI -había entrado en el campo de la anestesia pediátrica porque había habido un puesto vacante cuando él lo necesitaba-. ¿Qué tal Charlie?

-Ha superado con éxito el post-operatorio -Charlie Wilkins había sido un bebé prematuro con problemas en los vasos sanguíneos que alimentaban sus pulmones. Sam lo había trasladado a Auckland para que lo intervinieran de urgencia-. Volvió al hospital la semana pasada. Está estupendo.

-Me alegro mucho de oírlo.

Al regresar a la UCI todo parecía seguir en orden. Tim estaba todavía

de turno y Phillipa y él acababan de terminar la ronda de la tarde, junto con otro de los médicos que había estado de guardia toda la noche.

-Hemos podido controlar mejor su presión sanguínea esta tarde -dijo Hine, la enfermera del señor Williams-. Su pulso también ha sido bastante constante.

Sam asintió.

-Hace un rato me llamaron diciendo que pueden, realizarle la traqueotomía mañana a las ocho y media de la mañana.

-La señora Williams dijo que estaría aquí de vuelta a las siete.

-Si me llamáis cuando llegue, yo me ocuparé de que firme el consentimiento para la operación -dijo Sam.

Will le había cedido a Sam su oficina para que la usara en su ausencia. Puesto que no había podido hacer nada durante el fin de semana, los papeles se acumulaban sobre su mesa.

-Me quedaré hasta tarde esta noche.

El martes por la noche, también se quedó hasta bien entrada la noche, y no llegó a casa hasta las diez. Había un mensaje de Cathie en el contestador y, aunque decía que volvería a llamar al día siguiente, él recordó que había estado considerando la posibilidad de ir a verla a Kapiti el miércoles, así que la llamó.

La somnolienta voz de un hombre respondió, pero él no le dio ninguna importancia. La compañera de Cathie solía tener tantos novios como Cathie desayunos con cereales. Sam se limitó a decir quién era y preguntó por Cathie.

-Cathie está ocupada -le dijo-. Se está jabonando ese delicioso cuerpo que tiene. Es tarde y ha tenido un día muy duro. No necesita que nadie la moleste con llamadas nocturnas. Llama de nuevo mañana, en horas de trabajo.

-Hablará conmigo -le aseguró él-. ¿Quién es usted?

-Soy Martin -dijo la voz, más animada-. El novio de Cathie. ¿Quién demonios eres tú?

## *Capítulo 6*

**S**AM tardó once minutos en llegar hasta su casa. Normalmente, tardaba quince o veinte minutos. Lo había hecho en trece en alguna ocasión. Pero once era el récord. Cathie abrió la puerta antes, incluso, de que él llamara. Tenía el rostro congestionado y, sin duda, todavía tenía el cuerpo húmedo y desnudo bajo el albornoz que se había puesto a toda prisa. Sam sintió que su cuerpo reaccionaba, aun a pesar de lo que estaba sucediendo, y se odió por ello.

-¡No! -dijo ella, cuando él intentó abrir-. Sam, no -se interpuso en su camino para tratar de detenerlo-. Estás sacando las cosas de quicio. Martin estaba haciendo el tonto. Estaba borracho. No lo ha dicho en serio. No me lo podía creer cuando me ha contado lo que te ha dicho. Te he llamado, pero ya habías salido. Sam, tranquilízate, nada de esto es necesario.

-Claro que es necesario -dijo él con firmeza. Jamás se había considerado a sí mismo un hombre violento, pero en aquel momento sentía una rabia tal que se había despertado ese lado dormido. La apartó, con la firme intención de encontrar al tal Martin-. ¿Dónde está?

-Dormido.

-Pero no está aquí -dijo, mirando el sofá vacío. Solo había dos habitaciones en el piso-. ¿Está con Susana?

-Susana está con Nick -dijo ella y lo agarró del brazo-. Sam, escucha...

-Quiero ir a ver.

-No hay nada que ver. Está dormido.

-¿En tu cama? ,

-Me parecía el mejor lugar para él.

Sam subió las escaleras y Cathie corrió tras él. Al llegar arriba oyó un profundo ronquido y supo que ella tenía razón y que Martin estaba dormido. Abrió la puerta y miró al hombre que yacía en la cama, totalmente vestido, con la boca abierta y apestando a alcohol.

-Nos fuimos todos por ahí después de trabajar, para celebrar las cifras de venta que hemos obtenido y... alguna otra cosa. Una parte de la gente se vino aquí. Pensé que Martin había subido las escaleras para ir al baño, pero cuando vi que no bajaba, me di cuenta de que se había quedado dormido. Para entonces, los otros ya se habían marchado y yo sola no podía bajarlo. Pensé que lo mejor sería dejarlo dormir. Tu llamada ha debido despertarlo. No estoy interesada en él, Sam. Estás loco si piensas que sí.

-No puedo más, Cathie -se sintió furioso al ver la patética criatura que yacía allí y por la que se había sentido tan mal. Estrechó a Cathie en sus brazos y la apretó posesivamente.

-Ya he tenido bastante -dijo él-. No voy a esperar meses hasta que tú tomes una decisión. No quiero que vivas más aquí. No quiero tener que comunicarme contigo a través de tus compañeros de trabajo y de tus secretarias. No quiero que pasen semanas sin poder verte, y no quiero que te traigas hombres borrachos a casa para que duerman en tu cama. Te quiero conmigo, esta misma noche, ahora.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

-Sam, ya hablamos de esto el domingo.

-Pero yo no estaba de acuerdo en nada -le aseguró él-. Dejé que las cosas fueran como tú querías una vez más, y ya me he cansado de ceder en todo. Lo siento. He tratado de ser comprensivo, pero ya he llegado a mi límite. El domingo me dijiste que ojalá pudieras ser diferente. Ahora soy yo el que querría ser diferente, pero no puedo. Vente a casa conmigo.

Ella lo miró con sus grandes ojos.

-¿Es un ultimátum, Sam?

-Puedo vivir sin la boda. Si estás tan insegura respecto a lo del matrimonio, puedo admitirlo por ahora. Pero te quiero conmigo. Vente a casa.

-¿Ahora? -le preguntó-. ¿De verdad quieres que me vaya esta noche?

Lo sorprendía el que ella pudiera pensar que la iba a dejar allí. Aquel hombre que tenía un aspecto tan patético en aquel momento no estaría igual cuando se despertara.

-Cathie...

-Él no se va a despertar -dijo ella-. Además, Susan y Nick están en la habitación de al lado. No hay razón para que te preocupes por mí.

-¿Me estás diciendo que tienes intenciones de compartir tu cama con él? -le preguntó horrorizado.

-No puedo dormir en el sofá -protestó ella-. Está hecho una porquería. Además, Martin es inofensivo. No sería la primera vez...

-¿Qué?

-Siempre ha sido todo totalmente inocente -dijo ella-. Sam, somos colegas. Siento pena por él, eso es todo. Es nuevo aquí y no tiene a nadie.

Dice que no le resulta fácil hacerse amigos. Yo puedo entender eso. Bebe demasiado porque se siente solo. Pero, básicamente, es inofensivo. Si pudieras ayudarme a empujarlo hacia un lado.

- ¡Si te puedo ayudar a empujarlo a un lado! ¡No! -estaba furioso de que la lástima que ella sentía por aquel maldito borracho le hiciera perder el sentido común.

Sam no se podía creer que ella pensara que él iba a facilitar que compartiera la cama con otro hombre.

-Voy a despertar a ese bastardo.

-¡No le hagas daño! -gritó ella.

No iba a hacerle daño. Al menos, no de momento. No mientras estuviera prácticamente inconsciente. Pero le gustaba la sensación de levantarlo por el cuello y sacarlo de la habitación.

-¿Adónde lo llevo?

Ella dijo el nombre de una calle y bajó a toda prisa detrás de ellos.

-Tienes que bajar la cuesta y subir por el otro lado, pasadas las tiendas. Iré contigo.

-No estás vestida. Ve haciendo la maleta. ¿En qué número vive?

-En el cincuenta y cuatro, creo... o quizá en el cuarenta y cuatro. Es una casa con una valla blanca y una puerta roja.

-Despierta -le dijo Sam, agarrándolo del cuello, una vez que estuvieron en la calle-. ¿Qué número?

-Cuarenta y seis -dijo él, cuando Sam lo lanzó al asiento trasero del coche-. ¿Qué pasa?

Sam se sentó al volante, cerró las puertas con el cierre automático, obviando sus protestas.

La casa estaba a diez minutos de allí. Aparcó en doble fila y sacó a su pasajero, llevándolo hasta la puerta de su casa.

-¿Las llaves?

-Llaves -el hombre rebuscó en el bolsillo-. Llaves.

Sam se las quitó de la mano, abrió la puerta y lo empujó adentro. Estuvo tentado de dejarlo allí mismo, pero se imaginó la reacción de Cathie si lo hacía, así que empujó al hombre hasta el dormitorio y lo metió en la cama.

-Cama -dijo él y lo empujó-. Sábanas y mantas.

Lo cubrió como pudo y salió de allí.

Llegó a casa de Cathie, pensando que, tal vez, le habría cerrado la puerta. Pero, por fortuna, la encontró abierta. Subió hacia la habitación de ella, pisando con fuerza sobre la moqueta, preparándose para la pelea que podrían tener. Pero se encontró a Cathie vestida y metiendo su ropa frenéticamente en la maleta.

-Cat...

-No me puedo creer que esos dos no se hayan despertado con todo lo que ha sucedido -dijo ella, señalando la pared que separaba su habitación de la de su compañera-. Deben estar en coma. Le tendré que dejar a Susan una nota.

El la miró perplejo, sin poderse creer lo que estaba viendo.

-¿Te vienes conmigo?

-Me has dicho que si no me iba contigo se acabaría.

-Sí.

-Entonces, por supuesto que voy. Durante esas cuatro semanas que no nos vimos, lo pasé muy mal. No soy capaz de pasar del sexo aún.

El empezó a sonreír, dispuesto a entender aquello como una broma. Pero el rostro de ella parecía totalmente calmado, como si lo hubiera dicho en serio. Él dudó.

-Cathie...

-Venga, Sam -ella sonrió al fin-. Ahora no te lo pienses dos veces. No después de que he arrugado toda la ropa que había planchado tan cuidadosamente. Se supone que tendrías que estar feliz y con aire triunfante.

Esperaba sentirse así, pero no podía. Pensó que era por causa del cansancio.

-Te llevo esto -le dijo. La bolsa pesaba, pero no tanto como él había esperado-. ¿Y las cosas del armario?

-Me llevo lo suficiente para la semana. El fin de semana volveré por todo lo demás -agarró unas cuantas perchas con ropa y se las puso sobre el brazo-. Creo que no necesito nada más de momento.

Ninguno de los dos dijo nada durante el trayecto de vuelta. El llevó la bolsa y parte de la ropa al interior de la casa y ella llevó el resto. Él empujó

su ropa hacia un extremo del armario para hacerle sitio a ella.

Se dio una ducha mientras Cathie deshacía el equipaje y, al salir, ella ya estaba en la cama.

Lo lógico era que se hubiera sentido estupendamente. Ya había conseguido lo que quería. Pero no se sentía bien.

Apagó la luz, se metió en la cama y la abrazó. Como siempre, al tocarla se excitó y, el modo en que ella restregó sus glúteos contra él le indicó que ella sentía lo mismo. Pero, por primera vez en dos años, no quería hacer el amor, sino solamente tenerla en sus brazos.

Él notó que ella se tensaba al notar su inactividad, pero se limitó a acariciarla suavemente desde el hombro hasta la cadera. Le encantaba la suavidad y calidez de su piel. Poco a poco, ella se fue relajando, hasta caer profundamente dormida en sus brazos.

Sam pensaba que, una vez que estuvieran viviendo juntos, podrían compartir mucho más tiempo. Pero en cuestión de dos semanas se dio cuenta de que su esperanza era vana.

La veía más a menudo, pero el tiempo que pasaban el uno con el otro era el mismo que antes, al menos fuera de la cama.

No era culpa de ella, eso él tenía que admitirlo. El era el que tenía que pasar una de cada tres y, a veces, de cada dos noches en el hospital.

Pero las tardes que no estaba ocupado, Cathie, si no tenía que trabajar o hacer una presentación a última hora, se pasaba el tiempo en la piscina o en el gimnasio. Cuando volvía a casa estaba tan casada como cuando él había estado de guardia. Así que, el poco tiempo que tenían lo pasaban en la cama.

Él sabía que no tenía sentido que se sintiera mal con la situación, pues había sido idea suya. Pero, por absurda que fuera la sensación, no dejaba de ser real.

-¿Podríamos irnos por ahí este fin de semana? - le preguntó el miércoles por la mañana mientras desayunaban -. Podríamos volar hasta Blenheim el viernes y allí alquilar un coche. El hermano de Leslie tiene una casa junto al agua, con un bote que podríamos usar - él había pasado unas vacaciones allí, con Leslie, y el día anterior se lo había recordado y le había dicho que podía usar el lugar cuando quisiera-. Sería maravilloso

pasar un par de días sin hacer nada. Si tenemos energía podríamos dar alguna que otra vuelta por los campos de vides. ¿Qué te parece?

-Me encantaría -dijo ella, pero por el modo en que soltó apresuradamente el tazón en el fregadero y le dio un beso a Sam, se dio cuenta de que no le «encantaba» lo suficiente-. Pero es que este fin de semana tengo que trabajar. Me voy a Auckland el martes, ¿recuerdas? Este fin de semana tengo que prepararme lo que voy a decir.

-Llévate las cosas -la agarró del brazo, para que no se marchara-. Te puedes sentar delante del agua y trabajar. Sería divertido.

-Me encantaría pero necesito mi ordenador y conectarme a la red -lo besó de nuevo-. ¿Podríamos hacerlo en otra ocasión?

-Sí, claro -teniendo en cuenta el número de horas que tenía que dedicarle a su nuevo trabajo, era absurdo que se resintiera de la cantidad de tiempo que Cathie le dedicaba al suyo-. ¿Qué te parece dentro de tres semanas?

-¿Tres semanas? -ella frunció el ceño-. Eso es demasiado pronto. Tendré que mirar la agenda. Vamos a tener mucho trabajo durante los próximos dos meses. Buscaré un hueco y te diré cuándo puedo.

-De acuerdo -la agarró de la mano y tiró, para tomarla en sus brazos-. Que no se te olvide. Nos vendría bien a los dos distraernos un poco durante un par de días.

-No hemos tenido mucho tiempo -afirmó ella-. Los dos tenemos mucho trabajo en este momento.

-Pensé que el vivir juntos haría que tuviéramos más tiempo para nosotros. Pero no es así. Lo único que tenemos es más sexo.

-¡Eh! -ella se apartó y lo miró con sorna-. ¿Qué estás diciendo? ¿Te estás quejando de que hay demasiado sexo?

-No he dicho que fuera demasiado -protestó él-. Solo he dicho que creía que iba a haber más... -dudó un momento, buscando la palabra adecuada-. Más intimidad. La intimidad no es lo mismo que el sexo.

-De acuerdo -dijo ella algo confundida-. Trabajaré en ello. Lo siento, Sam. Pronto tendremos más tiempo. Mucho más. Para el próximo mes ya me habré librado de Auckland y de la convención de Arizona.

-¿Arizona? -Sam se apartó de ella-. Espera un momento, Cat -era la primera vez que hablaba de que ocurriría algo fuera de Nueva Zelanda-. ¿Arizona?

-Tucson, Arizona -dijo ella lentamente, mientras su gesto se tensaba-. Sam...

-¿Te vas a los Estados Unidos? -y no se lo había dicho-. ¿Cuándo?

-Unos días después de volver de Auckland -le dijo ella inquieta-. No nos han dado los billetes aún, así que no sé la fecha exacta. Los principales vendedores vamos a ir allí por primera vez. Somos cuatro de Wellington. Va a ser fantástico, Sam. Es una oportunidad para ponernos al día...

-Cathie, no me habías dicho nada de esto.

-Nos lo dijeron hace solo una par de semanas. La noche que echaste a Martin de casa veníamos de celebrar también eso. Querría habértelo dicho...

-¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

-La convención dura una semana, pero algunos de nosotros queremos quedarnos un par de semanas más, para poder visitar a algunos representantes de nuestra compañía en América. Todavía estamos esperando a que la empresa nos dé el visto bueno. Pero sería una gran oportunidad de ver el modo en que operan allí, así que he dicho que, si es necesario, utilizaría una de mis semanas de vacaciones. No creo que haya ningún problema.

¡Tres semanas!

-Si incluimos los cinco días que vas a estar en Auckland, vas a estar fuera un mes.

-Más o menos -le dijo lentamente-. ¿Es eso un problema?

-El problema es que no te molestaras en decírmelo -respondió él. No podía decir nada respecto a las demandas de su trabajo, pero sí podía protestar por no tener en cuenta que él necesitaría saber que se iba del país-. ¿Por qué no me has dicho algo?

Hubo un cambio en su gesto, una tensión que le dijo que no se había tratado solo de un olvido, sino que le había ocultado sus planes deliberadamente.

-¿Quién más va?

-Davie, Kyle McInnes y Martin.

Él apretó los dientes al oír el nombre.

-Creía que Martin se acababa de incorporar. ¿Cómo se las ha arreglado para estar en la lista de los mejores?

-Realmente él venía de Auckland. Las cifras de ventas que se han tenido en cuenta son las del año pasado.

-Cathie...

-Sabía que reaccionarías mal -dijo ella a la defensiva y se apartó de él-. El pobre Martin me dijo que aquella noche le pegaste...

-No lo toqué -la interrumpió él-. Pero sí, incluso, lo metí en la cama. ¿No te ha contado eso?

-Me dijo que estaba lleno de moratones.

-Puede que se los hiciera mientras lo llevaba a su casa -admitió él. No lo había tratado con demasiado cariño. Pero, a pesar de la tentación que había sentido, no le había puesto la mano encima.

-Sam, tú eres mucho más fuerte que él. Solo un puñetazo y...

-Yo no doy puñetazos. Puedo admitir que nunca había tenido tantas ganas de darle uno a alguien. Pero no me rebajé tanto por un idiota -ella seguía mirándolo con un gesto defensivo-. Puedes creer lo que quieras.

-Por supuesto, te creo a ti -dijo ella después de un silencio-. Martin exagera mucho las cosas, supongo. Creo que se ha estado sintiendo como una especie de héroe, y ha estado contando historias de cómo mi novio lo echó de mi casa.

-Al menos admite ahora que tienes un novio.

Ella sonrió

-Sí, ahora es consciente de eso.

-Bien. Si se le vuelve a olvidar, se lo recordaré gustoso.

-Siento no habérselo explicado yo.

-Lo que no entiendo es por qué no me has dicho nada de este viaje.

-Porque pensé que querrías impedírmelo -dijo ella.

-¿Impedírtelo? -la miró perplejo-. ¿De qué estás hablando?

-Me diste un ultimátum para que me viniera aquí -dijo ella-. ¿Qué te impide hacerme lo mismo con respecto a mi trabajo?

-No -la idea de que le tuviera miedo lo abatía-. ¿Por qué iba a hacer algo así? Cathie, nunca haría eso. Jamás esperaría que eligieras entre tu carrera y yo. Sé cuánto significa para ti -además, sospechaba que si le diera a elegir, elegiría su trabajo-. Y, ¿por qué demonios piensas que me interpondría en un viaje de trabajo?

-Pensé que, tal vez, no querrías que me fuera.

-No me gusta estar solo, pero eso no significa que te vaya a impedir hacer cosas -declaró él-. Cathie, me gusta que disfrutes con tu trabajo. Jamás te sugeriría que hicieras algo que pudiera poner en peligro tu carrera.

-Pero, ¿y Martin? El también estará allí, Sam. Es uno de los que quiere quedarse dos semanas más.

El no pudo evitar apretar los dientes.

-Tengo que admitir que no me gusta la idea de que se vaya contigo a América, porque no me fío de él. Pero me fío de ti. Siempre y cuando no le permitas que se meta en tu cama otra vez.

-Te lo prometo -dijo ella suavemente. Él la besó. Un beso cálido y amoroso-. Siento no habértelo dicho antes. Te quiero.

La agarró de la barbilla y le dio un beso.

-Pues cástate conmigo y tengamos una docena de hijos.

-¡Una docena! -ella se apartó con una carcajada-. Ni lo sueñes.

No especificó si su negativa era por lo de la docena, por lo de los niños o por lo del matrimonio.

-Ahora me tengo que ir a toda prisa. Se me ha hecho muy tarde. Esta noche también volveré tarde. No me esperes despierto. Adiós.

La puerta se cerró antes de que él tuviera la oportunidad de responder.

En la UCI, Daniel Williams había mejorado un poco. Ya habían pasado más de dos semanas desde que le habían hecho la traqueotomía y le habían insertado el tubo. Ya estaba despierto y, aunque todavía necesitaba respiración artificial y no podía mover las extremidades, podía parpadear para comunicarse. Además, había mejorado la capacidad de absorción de oxígeno de sus pulmones.

-Lo que es muy buena señal -le dijo Sam al señor y la señora Williams, después de un examen-. Son muy buenas noticias.

-El fisioterapeuta está muy contento con sus brazos -le dijo la señora Williams-. Parece que los tiene mejor.

Sam asintió. El fisioterapeuta había estado trabajando con el señor

Williams desde el principio, tanto con la zona frontal del torso como con la espalda y las extremidades, manteniendo sus músculos activos, para evitar las contracturas que se podían formar por causa de la parálisis.

-Además, la presión arterial y el pulso se han estabilizado -dijo la mujer.

-Sí, así es. También hemos podido reducir la dosis de analgésicos, lo que es una buena señal. Todo apunta a una mejora.

-Ya empezábamos a pensar que nada iba a cambiar -dijo la señora Williams.

-Pueden pasar semanas antes de que el señor Williams pueda volver a respirar por sí mismo -le advirtió él-. Las piernas pueden tardar un año y, como le ha dicho la neuróloga, puede que nunca se recupere del todo.

-Pero hoy hay signos de que todo puede ir a mejor -dijo la señora Williams.

-Sí, así es -admitió él con una sonrisa-. Sí.

Jill Harkness, la joven paciente víctima de un accidente de tráfico, tenía los riñones dañados y necesitaba de una diálisis cada dos días.

-En este momento, no podemos saber si el problema con sus riñones continuará a largo plazo -le dijo a sus padres-. Todavía existen posibilidades de que se recobre.

-¿Y los pulmones, doctor? -preguntó la madre con una mirada triste-. La enfermera nos dijo que seguían igual esta mañana.

-No ha habido cambios. Pero no hemos necesitado aumentar la cantidad de oxígeno, y eso es una muy buena señal. Si podemos evitar que las cosas se pongan peor y darle tiempo de que se recupere, entonces vamos por buen camino. Es joven y fuerte y eso está de su parte.

Cuando terminó con Jill, salió de la UCI y se encontró con Leslie, que lo estaba esperando en el mostrador principal.

-Hola. Pensé que te interesaría saber algo sobre la señora Robinson.

-Vamos a tomarnos un café -dijo él, ignorando la interesada mirada de Tim, así como el gesto de sorna que hizo en cuanto Leslie se dio la vuelta. Sam extendió el brazo para señalar la dirección hacia la que se debían dirigir-. ¿La señora Robinson?

-La mujer que se intoxicó con monóxido de carbono -le recordó, mientras pedían las bebidas-. Estaba deprimida por sus dificultades para

quedarse embarazada.

-Su marido la encontró en el coche -dijo él, recordando lo sucedido. Añadió agua hirviendo a las tazas y se dio la vuelta-. No me digas que se ha tomado una sobredosis de medicamentos este mes.

Ella le lanzó una mirada de desaprobación.

-No es un comentario agradable sobre mis capacidades como psiquiatra -dijo ella con soma-. Lo que quería contarte es que está mucho mejor.

El sonrió.

-Me alegre. ¿Leche y azúcar?

-No, gracias -ella agarró la taza que él le ofrecía-. El ginecólogo no ha encontrado nada extraño y le han prescrito unas vacaciones. Su marido se la va a llevar fuera un fin de semana. Creo que los dos necesitan un descanso. Pero esa no es la única razón por la que quería verte. Quería invitaros, a ti y a Cathie, a una fiesta en mi casa -le dio como fecha un sábado del mes siguiente-. He preferido hacer las invitaciones pronto, para que la gente esté libre.

Sam frunció el ceño.

-Yo no estoy de guardia ese fin de semana, pero Cathie estará de viaje.

-Puedes venir solo -Leslie hizo un movimiento con la pierna que dejó al descubierto parte de su muslo. Aquella breve visión le demostró a Sam que todavía tenía unas piernas extraordinarias de las que, si él no recordaba mal, estaba orgullosa.

Ella dijo el nombre de algunos doctores y enfermeras que sabía estarían allí.

-Te prometo que no me lanzaré sobre ti, si así te vas a atrever a venir solo. Pero no puedo darte garantías de lo que sucederá con el resto de las mujeres.

Sam se rio. Le daba la sensación de que la época en que las mujeres se lanzaban sobre él había pasado hacía tiempo.

-No sabría ni qué hacer -dijo él-. Hace mucho tiempo que nadie flirtea conmigo.

-Ja. Será que tú no lo notas, pero estoy segura de que las mujeres flirtean contigo todo el tiempo -ella terminó su bebida-. No me había dado cuenta de lo tarde que es -se sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio-. Esta

es la dirección y el teléfono. Llámame si necesitas saber algo. ¿Cuánto tiempo se va Cathie?

-Se va un mes. Vuela a Auckland el martes y luego se marcha otra vez - le explicó que las altas cifras de ventas que había obtenido habían hecho que se ganara un viaje a Arizona.

Leslie inclinó la cabeza.

-Hablas como un padre orgulloso.

-Bueno, no soy nada paternalista, pero sí estoy orgulloso -al reconocer aquel sentimiento, se sorprendió. Tenía razón. Estaba orgulloso de lo que Cathie había conseguido. Salieron en dirección a la unidad-. Es muy buena en su trabajo.

-Siempre y cuando eso no implique que te esté dejando muy abandonado -le apretó ligeramente el brazo-. Si echas de menos un poco de compañía femenina, llámame. No estoy saliendo con nadie, así que podríamos pasar juntos alguna cálida noche que nos traería buenos recuerdos.

-Te lo haré saber -Sam se preguntó si le estaba tomando el pelo pero, aunque le brillaban los ojos, su rostro permanecía invariable, por lo que no sabía hasta qué punto tomárselo en serio-. Gracias, Leslie. Y gracias por informarme sobre la señora Robinson.

Al darse la vuelta, se encontró con Tim, que estaba allí. Su gesto evidenciaba que había escuchado la crítica invitación de Leslie.

-Bueno, eso ha sido una insinuación clarísima - dijo Tim alegremente-. Y la verdad es que está muy bien. ¿Te lo estás pensando?

-No, con Leslie no -dijo Sam y frunció el ceño mirando hacia la puerta por la que había salido la psiquiatra-. ¿De verdad piensas que ha sido una insinuación?

-Ha resonado con campanas y trompetas -le dijo Tim.

Leslie debía estar realmente desesperada.

-Es una vieja amiga.

-Hay que tener cuidado con las mujeres hoy en día, Sam -Tim sonrió de nuevo-. Son «come-hombres».

-No todas -respondió Sam.

-Sigue mi consejo-el enfermero seguía sonriente-. Si no estás loco por la sexy psiquiatra, no aceptes su invitación. A menos que quieras acabar

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

teniendo serios problemas con tu otro amor.

Pero Sam se preguntó si Cathie, realmente, se daría cuenta.

## *Capítulo 7*

**E**L día de la partida de Cathie llegó muy pronto. Sam tendría que haber estado de guardia la noche antes, pero consiguió que un anestesista de la UCI cubriera su turno para poder pasar un poco de tiempo con Cathie.

A pesar de todo, ella lo llamó poco después de que llegara para decirle que estaba todavía en una reunión. Al final, solo pudieron pasar unas pocas horas juntos.

A la mañana siguiente, ella trató de quitarle la idea de que la llevara al aeropuerto.

-Sam, no espero que hagas eso -él acababa de salir de la ducha y ella estaba terminando de hacer la maleta, pero giró la cabeza y negó con vehemencia-. Tienes que ir a trabajar. Además, ya he pedido un taxi.

-Cáncélalo -se puso una toalla alrededor de las caderas y se dirigió hacia el teléfono que había junto a la cama-. Llamaré ahora mismo. ¿Qué empresa era?

-El aeropuerto está lejísimos. Vas a llegar tarde.

-Solo se tardan veinte minutos -dijo él. El aeropuerto de Wellington estaba situado en las afueras de la zona sureste de la ciudad, relativamente cerca de donde ellos vivían-. En la unidad saben que llegaré tarde. Ya se lo comenté a Phillipa ayer. ¿Qué empresa de taxis es?

-Sam.

-Cathie -hizo burla de su impaciente tono con una sonrisa-. No me importa. Realmente quiero acompañarte.

-Pero a mí sí me importa -protestó ella-. Soy perfectamente capaz de llegar yo sola al aeropuerto. Ya nos hemos dicho adiós del modo importante.

-Sí, claro, hemos hecho el amor -dijo él secamente. Pero, aunque trató de disimular, su comentario lo había incomodado, porque no era la primera vez que dejaba claro que el sexo era para ella mucho más importante que la interacción emocional-. Pero no nos hemos dicho adiós. Yo quiero poder despedirme. Cat, de verdad que no me importa. Es solo un corto trayecto.

-Prefiero tomar un taxi.

-¿Por qué?

-¿Por qué no? -vio un brillo desconcertante en su mirada-. Esto es totalmente trivial, no vale la pena discutir. Me apetece mucho llevarte.

¿Por qué eres tan cabezota?

-Eres tú el cabezota -respondió ella secamente-. No te atrevas a llamarme cabezota. Solo hay una persona cabezota aquí y esa persona eres tú. Eres el ser más testarudo que he conocido jamás. Siempre presionas y presionas hasta que consigues que las cosas sean como tú quieres. Gracias por tu oferta, pero no, gracias. Me voy en un taxi y no hay más que hablar.

Sam se quedó paralizado, confuso ante la vehemencia de su ataque. Pero, aunque sabía que lo más razonable sería dejar de luchar y permitirle que hiciera lo que quería, no era capaz de dejar las cosas así.

-Cathie, yo no quiero que nos despedamos así.

-No tienes otra elección -echó las últimas cosas en la maleta con una agresividad que dejaba patente su enfado. Trató de cerrarla y él se acercó para ayudarla-. Déjame a mí. No estoy tan furiosa como para no poder cerrar mi propia maleta.

El retrocedió.

-Yo no he dicho...

-No hacía falta que dijeras nada -protestó ella-. Esta muy claro lo que piensas, lo tienes escrito en el rostro.

-Eso es injusto -dijo él-. Solo trataba de ayudar...

-No necesito tu ayuda -cerró la maleta y la bajó de la cama. Agarró sus cosas y se dirigió hacia la puerta.

Sam se quitó la toalla y se puso unos vaqueros y la siguió escaleras abajo.

-Cathie, esto es absurdo -dijo él al ver que, sin dignarse a mirarlo, abría la puerta y comenzaba a sacar las cosas-. ¿Qué pasa?

-Todo está mal -gritó ella-. Todo -dejó sobre el suelo las maletas y las bolsas y se frotó los ojos con las manos. Volvió a recogerlas y Sam pudo ver que se le había corrido el maquillaje y que tenía los ojos llenos de lágrimas-. Lo siento, Sam. Desde hace semanas las cosas van mal. Estoy segura de que te das cuenta. Llevo tiempo esperando a que esto sucediera.

-¿A qué te refieres? -preguntó él con la voz ronca, dolido por su llanto. No era la primera vez que la veía llorar. Muy a menudo un acontecimiento triste, o una noticia, o algún caso médico de los muchos que ambos encontraban en su trabajo la hacía llorar. Pero nunca había llorado por ella o por él-. ¿Te refieres a esta, pelea?

El quiso tomarla en sus brazos para reconfortarla, pero ella estiró la mano impidiéndole que se aproximara.

-No tiene importancia -dijo él-. Nada de esto tiene importancia. Las parejas se pelean a menudo. Es normal. Entiendo que, viviendo aquí, puedas sentir que estás perdiendo parte de tu independencia. Pero necesitamos hablar de eso. Lo que importa es poder superar nuestros problemas, trabajar juntos para salir adelante.

-Pero es que yo no quiero superar nada -sin mirarlo, sacó un pañuelo de la cartera y se limpió los ojos y se sonó la nariz-. No necesito nada de esto, no necesito esta tensión en mi vida.

-¿Qué tensión? ¿Te produce tensión vivir conmigo?

-Sam, esto no está funcionando -ella agitó el brazo, señalando tanto a la casa como a él-. Yo ya sabía que no funcionaría. Me paso todo el tiempo esperando a que algo se estropee. No puedo seguir así. Me distrae y me impide centrarme en las cosas importantes, y cometo errores. Creo que, durante estas tres semanas, deberíamos plantearnos qué es lo que realmente queremos.

El no necesitaba tres semanas. No necesitaba ni tres minutos.

-Cathie, yo sé exactamente qué quiero -dijo él-. Por favor, no te marches así.

-No tengo más remedio -todavía tenían media hora para salir y llegar a tiempo al aeropuerto, pero ella no hacía sino mirar de un lado a otro como si esperara que el taxi apareciera-. Lo siento. Creo que es lo mejor.

-¿Lo mejor para quién?

El sonido de un motor que se aproximaba anunció el taxi que pronto apareció por la esquina.

Al acercarse, se dio cuenta de que el conductor no era la única persona en el vehículo. Sam se inclinó y miró al hombre que había en el interior. Este se movió hacia un rincón, como para apartarse lo más posible de él. Estaba claro que no tenía intención alguna de salir a saludar.

-Cathie...

Ella no le dejó terminar.

-Adiós, Sam -su mirada fue tan superficial, que parecían dos desconocidos.

El conductor había salido a ayudar a Cathie con las maletas, lo que,

Sam notó, no le parecía atentara contra su independencia en modo alguno.

-Ya te haré saber cuándo voy a pasar por mis cosas.

Sam sintió como si acabara de darle una patada en el estómago. Lenta, muy lentamente, retrocedió.

-¿Te vas a mudar?

-Lo siento -nunca la había visto tan pálida, pero ya no había lágrimas en sus ojos, y su pequeña barbilla estaba firmemente alzada-. Ojalá las cosas pudieran ser de otro modo.

Cada palabra era como un arma arrojada contra su corazón. Miró al hombre que se sentaba silenciosamente en el taxi con desprecio.

-¿Es por él?

-¿Martín? -ella lo miró realmente sorprendida de que se le pudiera haber ocurrido una idea así-. No, claro que no. No hay nadie más. No es nada de eso.

Después, ella abrió la puerta y se sentó junto al hombre. Ya no quedaba más tiempo. El conductor había metido todas las cosas. Se dirigió a su asiento y arrancó el coche. El taxi se alejó sin que Cathie se dignara a mirar atrás.

De algún modo se las arregló para sobrevivir la siguiente semana. Al menos el trabajo era una distracción. Pero volver a casa le resultaba muy duro. Aunque Cathie había estado allí menos de un mes, cada habitación, cada rincón, cada espacio parecía impregnado de su esencia y de recuerdos de cosas con ella.

Aquella casa había sido suya durante más de una década y le resultaba tremendamente injusto que solo cuatro semanas la hubieran podido alterar tan perceptiblemente.

A mediados de la semana siguiente llamó a Will pero fue Maggie la que contestó.

-Está jugando al golf -le explicó ella-. Como tiene que volver a trabajar la semana que viene, está aprovechando para jugar siempre que puede. ¿Te sirvo yo o quieres hablar con él?

Sam le explicó que estaba pensando en vender su casa y ella pareció encantada y lo invitó a tomar café algún día.

-Puedes venir cuando quieras -insistió ella-. No creo que Will tarde

mucho.

Cuando llegó, Maggie le dijo que todavía estaba sola. Al abrir, Sam le tendió los brazos al pequeño Timothy y ella sonrió, recogiendo las flores que él le había llevado.

-Gracias -dijo ella-. Son preciosas. Will vendrá en seguida. Ha llamado hace diez minutos y estaba saliendo de allí. Al parecer lo ha entretenido inesperadamente el hoyo número diecinueve -dijo ella con una mueca y se rio-. Sam, te queda muy bien eso de tener un bebé en brazos.

-Me siento muy bien -dijo Sam, acunando a Timothy de un lado a otro-. Adoro a los bebés. Me encanta ver cómo van cambiando inesperadamente. Este crece muy deprisa.

-Yo no me doy cuenta -Maggie estaba llenando un colorido jarrón con agua-. Puedo sentir que pesa más, pero lo veo igual.

-¡Y esa sonrisa! -exclamó Sam realmente contento de ver al bebé tan feliz-. Timothy, ¡qué sonrisa tan enorme!

-Lleva dos semanas sonriendo -confirmó Maggie con una risa complacida-. ¿No te parece riquísimo? Puedo ver a Will en él cada vez que hace eso.

Dejó las flores y se acercó a ellos. Le hicieron carantoñas al bebé durante un rato, hasta que ella se quedó en silencio.

-Sam, ¿estás bien?

Él levantó la mirada bruscamente.

-Por supuesto.

Ella dudó unos segundos.

-Pues no lo parece.

-Hemos tenido una noche agitada en el hospital.

-No has sido el mismo desde hace un mes. Me gustaría estar segura de que estás bien.

-Maggie, ni yo mismo estoy seguro -no estaba habituado a hablar de lo que sentía con nadie que no fuera Cathie. Pero necesitaba librarse de, al menos, parte del tumulto que lo atormentaba. Miró el pequeño rostro de Timothy-. Cathie me va a dejar. Se ha marchado a una convención en Estados Unidos. La había convencido para que se viniera a vivir conmigo, pero ha decidido que no le interesa seguir así.

-¡Lo siento, Sam! -lo agarró cariñosamente-. Dudé de vuestra relación

cuando me dijo que no quería ser la madrina de Timothy. Pero luego os vi tan bien aquella noche. ¿Tú crees que es solo algo temporal?

-No lo sé -no tenía ni idea de en qué punto estaban las cosas. No había sabido nada de ella desde el día de su partida, y el modo en que su jefe se negaba a darle información le hacía pensar que ella había dado instrucciones para que no le facilitaran su paradero a Sam.

Le dio el bebé a Maggie y, cuando ella se sentó, él lo hizo en el sofá de al lado.

-Maggie, pensaba que todo funcionaba cuando en una pareja se querían el uno al otro. Creí que, cuando se decía «te quiero», se era feliz para siempre. Cathie es la primera mujer a la que he amado, pero, en lugar de un matrimonio y niños, y felicidad para el resto de nuestras vidas, es como si habernos enamorado no hubiera cambiado nada. Ella dice que me quiere, pero la cosa no funciona -él cerró los ojos-. Ayer recibí una llamada de su compañera de piso diciéndome que Cathie se había marchado sin pagar su parte del piso. Susan necesita el dinero y me ha pedido que se lo preste hasta que llegue Cathie. Maggie, eso significa que ha mantenido su casa todo este tiempo. Susan le dijo que no tenía problemas en encontrar a alguien que ocupara su habitación, pero Cathie se ha negado. Esta claro que jamás se comprometió realmente a estar conmigo. Durante todo este tiempo pensaba que si me tomaba las cosas con calma, que si no la presionaba, se daría cuenta de lo maravilloso que podría ser estar juntos, que no tenía nada que temer. Y resulta que ella no ha estado nunca feliz, que no creía que las cosas fueran a funcionar. Estaba planeando marcharse.

-Me da la sensación de que Cathie tiene ciertos problemas que ha de superar -dijo Maggie-. Ha contado cosas extrañas sobre cómo sus padres se peleaban cuando ella era joven y de que se casaron muchas veces después de aquello. No me sorprendería que, con esa educación, le resultara muy difícil comprometerse.

-He tratado alguna vez de sacar ese tema, pero no me quiere escuchar -dijo Sam-. Se pone a bromear sobre los médicos, diciendo que con un par de semanas de prácticas en el área de psiquiatría nos creemos todos Sigmund Freud. No le gusta que la analice.

-A pesar de todo, eso que te digo tiene sentido.

-No lo sé -había pensado mucho sobre aquello-. ¿No sería más normal que, si ha tenido una infancia inestable, busque, precisamente, la estabilidad?

-A menos que piense que si se compromete, si se abre a otra persona, queda más expuesta al dolor. En cualquier momento se puede cansar y abandonarla - dijo Maggie.

Sam pensó que tal vez esa fuera una posibilidad.

-Pero después de dos años me conoce lo suficiente como para saber que eso no ocurriría -murmuró él-. Conoce a mi familia. Jamás ha habido un divorcio.

-¿Y si pidierais ayuda a un psicólogo de pareja?

-Existen tantas posibilidades de que ella aceptara ir a un psicólogo de pareja, como de que Timothy condujera mi coche y me llevara a casa esta noche. Pienso que la obligaron a ir al psicólogo tras la ruptura de sus padres y que eso la ha dejado marcada de por vida.

-Pero te quiere. Y lleváis dos años juntos. Eso debe significar que siente algo fuerte. Quizá si ella pensara que el psicólogo os podría ayudar a seguir juntos...

-Los dos años no son tan significativos -le reveló él-. He estado pensando en eso últimamente. Me he preguntado si el único motivo que tiene ella para estar conmigo es por la parte física de la relación -admitir aquello no le resultaba nada fácil-. Maggie, no sé. Me da la sensación de que para Cathie el sexo es la respuesta a todo. Se supone que esto que digo suele ser la queja de las mujeres, no de los hombres. Leslie me dijo algo al respecto hace unas semanas... -recordó la referencia que había hecho la psiquiatra a que lo estaban utilizando como «hombre-objeto»-. Bueno, dijo algo que me hizo pararme a pensar. Le dije una vez a Cathie que me preocupaba que el sexo parecía sustituir a la verdadera intimidad. Pero se limitó a mirar con cara de sorna y me di cuenta de que no tenía ni idea de a qué me refería.

-Espero que consigáis hacer que las cosas funcionen. Está claro que tú la quieres mucho.

-Oh, Maggie -no podía describir cuánto-. Cuando ella entra en una habitación, siento que me disuelvo. Cuando sonrío, es como si estuviera en el cielo...

Se pasó todo el lunes que, supuestamente, Cathie tenía que volver, en tensión, esperando una llamada de ella. Pero no recibió noticias antes de

dejar el hospital y su móvil permaneció en silencio.

Sin embargo, cuando llegó a su casa, se la encontró sentada a la puerta, esperándolo.

El corazón se le aceleró, se bajó del coche y se acercó lentamente a ella, inquietándose al notar que no tenía ninguna maleta.

-Hola -dijo ella y se levantó lentamente. Su expresión era tan distante y formal que a él le hizo daño.

-Estás estupenda -le dijo. Aunque el cumplido era sincero, quizá había sonado como un cliché. Ya no sabía de qué otro modo dirigirse a ella. Por su gesto, no le parecía que hubiera agradecido que la abrazara-. El moreno te favorece.

-Gracias. ¿Qué tal estás tú?

Él no respondió a la pregunta.

-¿Qué tal el viaje? ¿Por qué estás aquí fuera? Podrías haber ido dentro.

-El viaje, muy bien. Ha sido un viaje muy largo, con retraso, pero he conseguido dormir unas cuantas horas.. Te he llamado al trabajo y la enfermera me ha dicho que ya habías salido, así que sabía que no tendría que esperarte mucho tiempo. No me parecía bien entrar en la casa si tú no estabas.

Él la miró con impaciencia. Con cuidado de no rozarla, subió las escaleras en dirección a la puerta y la abrió.

-Te he echado de menos.

-Lo siento -dijo ella. Pero él no quería aquella disculpa, que había obtenido a pesar de todo-. Sam, yo creo que es mejor que hablemos en otro momento, cuando no estemos tan sensibles. He venido a recoger mis cosas.

Él suspiró.

-Cathie...

-Por favor, no me hagas esto más difícil de lo que ya es. Yo tampoco querría que las cosas fueran así, pero ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar.

¿Por qué, entonces, él sentía que no habían hablado nada? Esperó a que estuviera dentro de la casa y con la puerta cerrada.

-Cathie, te quiero. Quédate. No tienes por qué irte -tenía presente la sugerencia de Maggie y, aunque sabía cómo iba a reaccionar, era lo único que podía decir-. ¿Por qué no consultamos con alguien?

-¿Un psicólogo? -ella lo miró directamente a los ojos-. Sam, lo último que necesito ahora mismo es a un «sana locos» con un diploma, que se dedica a jugar con la cabeza de la gente, que me diga cuál es el problema en nuestra relación.

-Entonces, dime -le preguntó él con impaciencia-. Puesto que lo sabes todo, dime qué debemos hacer. Porque, Cathie, te aseguro que estoy totalmente confuso, que no entiendo nada.

-No empieces.

-Claro que voy a empezar -su súplica era absurda. No iba a dejar que se marchara sin luchar-. Háblame, Cat. Dime qué es lo que pasa.

-Lo que pasa es que no podemos vivir juntos - dijo ella muy tensa-. Te quiero, Sam. Pero venirme a vivir contigo ha sido un error.

-¿Soy tan terrible?

-No, claro que no -su comentario la confundió por completo-. No es por ti. Tú eres fantástico. Es que siempre supe que vivir aquí no funcionaría.

-Pero si ni siquiera hemos tenido tiempo suficiente para saberlo -él también sabía que tenían problemas, que no había intimidad en su relación. Pero esperaba poder ir resolviendo todo eso poco a poco-. Has estado aquí solo unas semanas. Y hemos estado los dos tan ocupados que apenas si nos hemos visto.

-Nunca debería haberme venido -lo contradijo ella-. Siempre supe que sería un desastre. Si no llega a ser porque te pusiste furioso aquella noche por lo de Martin...

-¿Todavía estás furiosa conmigo porque lo eché de tu cama? -le preguntó en un tono salvaje.

-Martin dice que por el modo en que lo trataste, eso prueba que eres...

- ¡No te atrevas a repetir las palabras de ese bastardo!

-Los insultos no cambiarán nada -dijo ella-. Y Martin tiene padre y madre. Los conozco a ambos.

El se contuvo de preguntar cuándo y por qué los conocía.

-¿Así que todo esto es por Martin?

-No -gritó ella-. Estás obsesionado con él.

-No estoy obsesionado -respondió él furioso-. Eres tú la que te refieres a él constantemente.

-El pobre hombre nunca te ha hecho nada.

En aquel momento, se alegraba de no tener cerca el cuello de aquel «pobre hombre».

-Cathie, esto es totalmente demencial. Discutir sobre ese... idiota es de locos -se puso la mano en la nuca y movió la espalda para tratar de librarse de parte de la tensión-. ¿Adónde me quieres llevar con todo esto? -le preguntó y bajó el tono de voz, tratando de sonar más razonable, aunque no se sentía en absoluto razonable-. Jamás he intentado...

Se detuvo de golpe, al ver aquellos brillantes ojos verdes que seguían el movimiento de sus manos.

-¿Todo esto te está excitando? -le preguntó.

Ella alzó la vista y él notó cómo sus pupilas se dilataban con una mezcla de desconcierto y deseo.

-Han pasado tres semanas -dijo ella-. A pesar de las dificultades que tenemos, sigo siendo sensible a tus encantos...

-No -dijo Sam y se apartó-. No me lo puedo creer.

-Es normal.

-No, no es normal -no sabía qué lo molestaba más: que ella estuviera excitada por verlo furioso o su propia y violenta reacción-. Esto es enfermo. ¿Tratamos de resolver algo fundamental y tú piensas en sexo?

-No tendríamos ningún problema si no estuvieras intentando hacer que lo nuestro fuera más allá del sexo.

-Tal vez, tendrías que analizar si necesitas un hombre en tu vida o si, lo que buscas, podrías haberlo comprado en un sexshop -se contuvo al notar, por su horrorizado grito y su abrupto alejamiento, que se había pasado con aquel comentario-. No quería decir eso, pero es así como me siento -sabía que ella no quería pero, a pesar de todo, la tomó en sus brazos y le acarició la espalda-. Lo realmente increíble en todo esto es que casi soy capaz de acceder, porque te quiero mucho.

-Casi -repitió ella.

-No voy a hacerlo, Cathie -continuaba acariciándole los hombros y la espalda, cuidándose de mantener sus caderas a distancia, para poder controlarse-. No puedo darte lo que quieres. No puedo darte solo sexo sin compromiso alguno, porque yo necesito algo más.

-Sam, es ese «más» lo que nos está destruyendo. Estábamos felices.

¿Por qué no podemos volver atrás?

-Es demasiado tarde -Sam cerró los ojos e inhaló el delicioso aroma de su pelo. Su cuerpo le pedía acercarse a ella, a pesar de su determinación de no hacerlo-. He cambiado, Cathie. Realmente, creo que tiene que haber algún modo de solucionar todo esto.

-Sam, yo realmente quiero intentarlo -dijo ella con voz ronca. Al admitir aquello, se relajó en sus brazos-. No quiero perderte. Quiero que las cosas vuelvan a ser como eran.

Sus manos le sujetaban los brazos, tratando de reconfortarla. Pero ella comenzó a mover su pelvis contra la de él y acercó uno de sus senos hasta que le rozó la mano.

Involuntariamente, él abrió la mano y atrapó su pecho. Ella gimió. Pero, al mirarla y ver sus ojos cerrados y su rostro lánguido, se sintió mal.

-Cat, no -se apartó de ella bruscamente-. Nada de sexo ahora.

-¿Sam? -ella abrió los ojos lentamente, como si no entendiera bien lo que estaba sucediendo-. ¿Qué pasa? No pares.

-Ni siquiera he empezado -dijo él con frialdad. Estaba claro que ella no había entendido absolutamente nada. De pronto, pensó que, tal vez, no había hecho más que tratar de llevarlo hasta donde ella quería. Pensar eso le hacía sentir realmente enfermo-. No podemos hablar ahora -no mientras siguiera mirándolo con aquellos grandes ojos verdes porque, tarde o temprano, a pesar de lo que eso le pudiera molestar, acabaría por ser incapaz de contenerse.

-Cuando empezamos a hablar es cuando las cosas se estropean -sus ojos descendieron hasta su pelvis-. Y si tratas de decirme que no estás interesado, lo siento, pero estás perdiendo el tiempo, porque no te creo.

-Cathie, no somos animales -al menos no en la superficie. Si ella insistía un poco más, tal vez acabaría demostrándole lo contrario-. Será mejor que te vayas.

Ella se tensó.

-Hace media hora me estabas pidiendo que me quedara y ahora me dices que me vaya.

-No he cambiado de opinión respecto a lo que siento. Te sigo queriendo y quiero que vivas conmigo, pero no estoy disponible solo para sexo -le dijo en un tono apesadumbrado-. Si realmente quieres solucionar los problemas que hay en nuestra relación, entonces mi solución es que no

haya sexo.

Ella lo miró confusa.

-Sam, no puedo estar contigo y no pensar en sexo.

-Cathie, puedes pensar en ello cuanto quieras - sonrió, casi se rio, al oír su protesta casi desesperada. Por primera vez, sintió que, tal vez, estaría dispuesta a considerar seriamente su futuro. Por primera vez, vio atisbos de lo que podría ser si él tenía algún control sobre su relación, y la sensación le hacía sentir muy bien-. Piensa, porque no vas a conseguir nada de sexo.

## *Capítulo 8*

**S**AM, ¿estás silbando? -Tim lo miró atónito cuando llegó para la ronda de la noche-. ¿No me digas que vuelves a ser el mismo Sam de siempre? Nos estábamos acostumbrando a tu yo taciturno.

-¿Qué? -Sam alzó la vista y dejó de lavarse las manos, parpadeando-. ¿De qué estás hablando?

El enfermero y la doctora que estaba a su lado intercambiaron miradas divertidas.

-Has estado un poco serio últimamente -dijo Phillipa.

-¿Un poco? -Tim alzó las cejas-. Ese es un modo muy suave de decirlo. ¿Es que el amor de tu vida ya ha regresado de sus vacaciones?

Sam lo miró con dureza.

-No recuerdo haberte dicho que se hubiera ido - dijo él, preguntándose de dónde habría sacado el enfermero aquella información-. Pero sí, ha vuelto.

Aunque no estuviera en su casa, al menos estaba en Wellington.

-Pues sé de una psiquiatra muy sexy que no se va a sentir muy feliz al respecto -dijo Tim-. Eso sin mencionar una docena de enfermeras más.

Phillipa se rio, y Sam dedujo que Tim debía haber sacado sus propias conclusiones basadas en los intentos que Leslie había hecho, públicamente, para convencerlo de que fuera a su fiesta. Había ido a su casa por educación, pero no se había quedado mucho tiempo.

-¿Existe alguna posibilidad de que nos pongamos a trabajar, o hoy es el día dedicado a fastidiar al especialista de turno?

-Todos los días son estupendos para fastidiar al especialista de turno - dijo Pre, la enfermera que cuidaba de Daniel Williams por la mañana-. Así es como nos divertimos.

-Bueno, no solo así -le dijo Tim-. No dejes que esta te acorrále en la esquina de alguna sala vacía. Es peligrosa.

Sam se rio. Pre estaba casada con uno de sus colegas anestesistas, así que dudaba que fuera realmente peligrosa.

-¿Dónde está Will? -preguntó Sam, mientras hacían la ronda. Will había empezado a trabajar el día anterior.

-Está en la ciudad, en una reunión administrativa -dijo Tim-. Volverá después de comer.

El señor Williams estaba sentado en la silla, esperándolos.

-Tiene aún ciertas secuelas -informó el fisioterapeuta-. Pero el neurólogo dijo ayer que había progresado mucho. Si las cosas siguen así, espero que el señor Williams vuelva a andar en dos o tres semanas.

-Esas noticias son extraordinarias -dijo Sam complacido-. Hacía ya ocho semanas que el paciente había llegado al hospital-. Yo creo que ya podemos quitarle el tubo. ¿Tú que piensas, Tim?

-Hemos estado esperando a que se diera la orden -dijo el enfermero-. Se lo quitaremos hoy mismo.

Una vez que el paciente hubiera pasado veinticuatro horas sin respiración asistida, podrían pensar en que dejara la UCI.

Los resultados de las pruebas de Jill Harkness, la muchacha víctima de un accidente de tráfico, también eran esperanzadores.

-Los resultados son buenos -dijo Sam al ver las pruebas-. El potasio se ha estabilizado.

Ya les había comunicado a los padres la buena noticia de que no necesitaba diálisis y los había informado de que el equipo de ortopedas se estaban encargando de su pierna rota.

-¿Los ortopedas están preparados para el traslado? -le preguntó a Tim.

-A lo largo de la mañana lo estarán -respondió el enfermero-. ¿Y Jill, está preparada para dejarnos?

-Ansiosa por hacerlo -dijo ella-. Y eso que le he tomado cariño a todo el mundo. Pero, aquí, mis amigos no pueden visitarme normalmente.

A la UCI solo podía pasar la familia cercana, para evitar el riesgo de infecciones.

Pero, en el caso de Jill, Tim y Sam habían hecho una excepción, y le habían permitido que la visitara su novio. Pero en los últimos dos o tres días ya había estado lo suficientemente bien como para agradecer visitas de otros amigos a los que no les estaba permitida la entrada. Sus amigos se habían visto forzados a saludarla a través del cristal de la puerta principal, convirtiéndose en una verdadera molestia para el personal de la UCI.

-En los últimos días he tenido que pelearme contra esa masa de amigos que te esperan fuera para poder irme a casa. Debes ser la muchacha más popular de la ciudad.

Ella se rió.

-No, realmente no. Solamente están siendo amables. Pensaron que me iba morir.

Sam intercambió una mirada con Phillipa, recordando las noches que ellos también habían llegado a pensar lo mismo. Pero ver a alguien superar lesiones tan graves como las que ella había tenido, y que habrían sido letales en otras circunstancias, era una de las alegrías de trabajar en la UCI.

Tanto en las UCI pediátricas como en las de adultos, a veces parecía que la sofisticada tecnología solo había sido creada para retrasar lo que era inevitable. Pero, en ocasiones, sin esa tecnología los pacientes perderían la vida, tal y como había ocurrido en el caso de Jill.

El día anterior habían admitido a otro paciente. Un hombre que se había tomado una sobredosis de antidepresivos. Nada más llegar había necesitado respiración artificial, pero, transcurridas unas horas, estaba respirando con normalidad y fuera de peligro.

-Ya puede salir de la UCI. ¿Ha venido a verlo el psiquiatra?

-Sí, pero, por extraño que parezca, no ha venido Leslie Skinner -dijo Tim-. Ha venido el especialista de turno. Lo que me ha desconcertado, pues pensaba que la doctora Skinner era la que se iba a encargar de nuestros pacientes siempre.

Sam lo miró con una expresión neutra.

-Supongo que la razón por la que ha estado atendiendo a nuestros pacientes es porque es nueva y no tiene aún muchos pacientes propios.

Tim sonrió y continuó la ronda.

Cuando terminaron, Sam quería ver una serie de radiografías, pero, en ese momento, una de las recepcionistas de la planta lo sorprendió con un ramo de flores envueltas en papel celofán.

-Son para ti, Sam.

-¿Para mí? -parpadeó perplejo, pero sin oír el comentario de Tim sobre sus admiradoras secretas. Abrió el pequeño y encontró una nota.

Doctor Wheatley:

Me han dicho que me salvó la vida. Que Dios lo bendiga. De una mujer con un corazón que ahora sí funciona. Mara Dala.

El nombre le sonaba de algo, pero no sabía exactamente de qué.

-Tim, ¿hemos tenido alguna paciente que se llamara Mara Dala? -le mostró la tarjeta.

Tim negó con la cabeza y repasó la lista de pacientes.

-No, no me suena.

-«Con un corazón que ahora sí funciona» -repitió Phillipa-. ¿No nos contaste que habías atendido a una paciente, que estaba a punto de entrar a quirófano y que descubriste que tenía un problema de corazón? Creo haber oído que le tuvieron que reemplazar una válvula pocos días después.

-Sí -Sam recordó a la mujer y lo conmovió que se hubiera acordado de él-. Pero si no hice nada. Simplemente la mandé al cardiólogo. ¡Qué detalle!

Llamó a Liz Stanton para preguntarle qué había ocurrido con la señora Dala y ella le confirmó lo que Phillipa había apuntado.

-Sufrió un ataque aquella misma noche en el hospital -le explicó la cardióloga-. La resucitaron y la operaron de urgencia. Tuvo un buen postoperatorio y le dieron de baja ayer. Tuvo suerte de que diera la casualidad de que la citaran para la operación de hernia ese día.,

Sam volvió a la UCI después de hacer la llamada.

-¿Sigues silbando feliz? -le preguntó Tim con una mirada jocosa.

-Simplemente es que hoy parece un buen día - dijo Sam.

Acabó antes aquella noche y consiguió salir del hospital a eso de las seis. Durante las cuatro semanas de ausencia de Cathie había podido ponerse al día en su trabajo administrativo.

Mientras conducía en dirección a Wellington se sorprendió a sí mismo silbando en un par de ocasiones. Aquel signo inconsciente de que se encontraba contento lo sorprendió, porque no tenía demasiados motivos para sentirse feliz en lo que se refería a Cathie. Aunque la noche anterior hubiera intuido signos de que estaba dispuesta a reconsiderar su relación, la negativa de él a responder a sus demandas sexuales la había frustrado, haciendo que se marchara, y no parecía que tuviera intención alguna de contactar con él.

Salió de la autopista para echar gasolina. Cuando volvió al coche, después de pagar, el móvil estaba sonando, pero paró antes de que pudiera

sacarlo de la bolsa.

Lo mismo le ocurrió cuando llegó a casa. Antes de abrir la puerta oyó que alguien llamaba, pero no llegó a tiempo de contestar. La luz parpadearle indicaba que tenía seis llamadas, pero, cuando lo puso en marcha, resultaron ser mensajes vacíos.

No era extraño que se encontrara uno o dos mensajes así al día, y siempre lo achacaba a números equivocados. Pero seis le parecía un número excepcional.

Pensativo, consideró la posibilidad de que se tratara de Cathie, pero la idea le resultaba demasiado novedosa como para parecer verdad. Cathie lo llamaba muy de vez en cuando, pues era siempre él quien trataba de ponerse en contacto con ella.

Llamó a la UCI para comprobar que todo andaba bien y la enfermera le aseguró que no había habido ningún problema.

-Lo único nuevo es que es posible que nos traigan un paciente de «cuidados coronarios», porque tienen problemas de espacio. Pero todavía no nos lo han confirmado -dijo ella-. Lo siento, Sam, pero no te hemos llamado nosotros.

-Gracias, Tina -asumiendo que quien fuera volvería a llamar, Sam colgó el teléfono y se fue arriba a ponerse el chándal.

Salió a correr, montaña arriba y luego se dirigió hacia la playa y recorrió la bahía. En el último tramo aceleró, hasta que, dos kilómetros antes de llegar, redujo la velocidad. Para cuando llegó a casa su respiración era ya normal.

Al entrar, vio que había dos nuevos mensajes. Llenó una botella de agua y se la bebió. Después, llamó a sus padres. Si algo hubiera ocurrido, su madre preferiría decírselo directamente en lugar de dejar un mensaje.

Pero ella le aseguró que su padre estaba bien.

-No ha habido ningún cambio desde el fin de semana, cariño -le dijo ella y él se disculpó por haberlos llamado a la hora del té-. Sam, no debes preocuparte. Tu padre se va a enfadar si piensa que te estás preocupando. Está bien, por lo que yo veo, y eso fue lo que tú nos dijiste el sábado cuando estuviste aquí. Hoy hemos tenido un día estupendo. Nos hemos pasado la mayor parte del tiempo en el jardín. Terminamos de plantar lo que nos faltaba y estamos tomando el té fuera, en la terraza. Todavía hace calor. ¿Qué tal está Cathie? Hace mucho que no la vemos. ¿Por qué no os venís los dos a pasar un fin de semana largo?

-Tenemos mucho trabajo en este momento, mamá -sus padres tenían una pequeña granja a dos horas de allí. No le explicó nada acerca de Cathie. No tenía mucho sentido darles detalles sobre lo que estaba sucediendo-. Tenía pensado ir para allá en Semana Santa, pero ya os avisaré.

Después de hablar brevemente con su padre, ajustó el volumen del teléfono de la mesilla al máximo, para poder oír el timbre mientras se estaba duchando.

Volvió a sonar cuando cerró el grifo. Agarró una toalla y se apresuró a salir del baño para responder.

-¿Sí?

-Vaya -al oír la suave voz de Cathie, Sam se dejó caer en la cama, sin importarle que estuviera empapado de agua-. No esperaba que contestaras al teléfono.

Sam asumió por ese comentario que había sido ella la que había estado llamando antes, pero se contuvo de preguntarle el motivo. Esperó paciente a que fuera ella la que continuara.

-¿Podemos vernos?

Él dudó.

-¿Aquí?

-Creo que lo mejor sería que nos viéramos en el centro -le dio el nombre de un bar que estaba cerca de donde ella trabajaba. Era un lugar al que solía ir con sus compañeros de trabajo, y que Sam recordaba, aunque hacía más de un año que había estado allí-. ¿Nos vemos allí en quince minutos?

-Mejor en veinte -dijo él, considerando que se tenía que vestir.

Cuando llegó, ella estaba ya allí, sentada en un taburete, junto a la ventana. Sin saber muy bien en qué punto estaba su relación, no la besó como normalmente habría hecho. Se limitó a saludarla y le preguntó si quería otra bebida.

-Estoy bien -dijo ella y él notó que el capuchino que tenía delante seguía casi intacto.

Sam se pidió una cerveza y volvió a sentarse con ella.

-He hecho una presentación en Keneparu hoy, a mediodía. Era una comida -le dijo ella, haciendo referencia a uno de los hospitales más

pequeños del distrito. Mencionó el nombre de un antidepresivo que su compañía estaba tratando de promocionar entre los médicos que controlaban las listas de medicamentos-. Los informes que ha presentado Estados Unidos son muy favorables. Se discutió mucho sobre ese tema en la convención. Pensamos que va a ser un medicamento clave en el futuro. De hecho, esperamos que llegue a hacerle la competencia...

Sam dejó la cerveza sobre la mesa.

-Cathie, aparte de un uso ocasional en pacientes que tienen que permanecer mucho tiempo en la UCI, no trabajo con antidepresivos...

-No estoy tratando de venderte nada, Sam -no se atrevió a mirarlo a los ojos-. Solo estaba tratando de llegar a un punto en que te pudiera contarte que he visto a Leslie Skinner hoy. Estaba en Keneparu. Al parecer trabaja allí un par de días a la semana. Apareció en la comida.

-¿Y? -levantó el hombro, sin saber adónde quería llegar.

-Leslie estaba diciendo que... me dijo que se lo pasó muy bien contigo el sábado por la noche.

-Si apenas me vio -Sam no había tenido muchas ganas de fiesta aquella noche, pero había ido a casa de la psiquiatra porque le había dicho que lo haría. Se pasó unas cuantas horas hablando con los invitados que conocía, la mayoría médicos, y se había marchado pronto-. Ella estaba muy ocupada. Había mucha gente.

-¿Mucha gente? -lo miró atónita-. ¿Quieres decir que no estabais los dos solos?

-Había unas cuarenta o cincuenta personas allí - dijo él con impaciencia-. Era una fiesta de bienvenida a su nueva casa. No conocía a la mayoría de la gente.

Sam notó que ella tragaba saliva.

-Por lo que ella decía, parecía que os habíais estado viendo mucho últimamente.

Sam se encogió de hombros otra vez.

-Nos hemos visto un par de veces para comer - dijo Sam-. Y también tenemos encuentros profesionales, pues a veces le pedimos que trate a pacientes de la UCI.

-Estuvimos hablando un rato después de la reunión -dijo ella, con una mirada evasiva-. Supongo que tenía la tarde libre. Al principio pensé que estaba interesada en nuestro medicamento, pero luego resultó que quería

hablar de ti.

Ella se detenía continuamente, como si quisiera que él interviniera con algo. Pero Sam todavía no sabía adónde quería llegar.

-Me dio la impresión de que lo que trataba de decirme era que, si yo no te quería, hiciera el favor de desaparecer porque ella sí.

Sam se rio, y ella lo miró desconcertada. Pero no lo podía evitar. Aquello era típico de Leslie. Lo único que lo sorprendía era que hubiera dado un rodeo, en lugar de decirle las cosas directamente a Cathie.

-¡No tiene maldita la gracia! -nunca antes la había oído jurar, así que eso le cortó la risa de inmediato-. Sam, no tiene gracia. Ha sido espantoso. ¿Qué le has estado contando?

-Nada -dijo él y dio un sorbo a su cerveza-. Al menos, no mucho -se rio otra vez. A pesar de ver que a ella la exasperaba, no podía evitarlo-. Pero está claro que le he dicho más de lo que debía. Lo siento -le dio otro nuevo ataque de risa y ella lo miró mal-. Es que no puedo evitar imaginarme a Leslie diciéndote todo eso. ¿Qué le contestaste?

-No sabía qué responder -su garganta hizo un inmovimiento convulsivo-. ¿Qué se dice ante algo así?

-Leslie no es precisamente de porcelana -dijo Sam con una sonrisa-. No la habría molestado que la hubieras mandado al infierno.

-No sabía si tenía derecho a hacerlo ya.

-¡Claro que tienes derecho a hacerlo! -tomó su rostro entre las manos-. ¿Qué quieres que diga, Cat? Diga lo que diga, te parecerá mal. Yo sé que no me gusta Leslie.

-No estoy segura de si eso es lo importante ahora -respondió ella con frialdad. Pero acercó la boca hasta su mano, y se la habría besado si él no la hubiera retirado-. Parece que ha tomado la decisión de que te quiere para ella.

-Leslie te estaba pinchando -observó él, negándose a responder a la mirada de súplica que le lanzaba ella. Le prometió que hablaría con ella y le diría que se calmara un poco, pero no podía ofrecerle mucho más-. Es especialista en encontrar los puntos débiles de la gente. Creo que te ha estado tomando el pelo.

-Pero realmente te quiere para ella.

-Quizá porque acaba de salir de una relación y está un poco perdida. Pero la conozco, y no me resulta una amenaza. Tuvimos nuestra

oportunidad años atrás, y no funcionó. No me interesa de ella nada más que una amistad.

-Me siento realmente enferma -dijo Cathie. Todavía no había tocado el café y lo apartó hacia la ventana-. Llevo sintiéndome así toda la tarde. No podía ni pensar en mi trabajo. Cuando me contó que habías estado en su casa el sábado... bueno, no me explicó nada, y yo asumí que habíais pasado la noche juntos.

-No estuve allí más de dos horas.

-Me parecía una explicación perfecta de por qué no habías querido acostarte ayer conmigo.

Sam se tensó.

-¿Quieres decir que pensaste que no quería sexo contigo porque lo estaba obteniendo en otra parte? -le preguntó incrédulo.

-Para mí tenía sentido.

-Sexo -dijo él, bajando la voz al darse cuenta de que la gente de la mesa de al lado se había vuelto a mirarlos-. Para ti todo tiene que ver con el sexo.

-No es solo sexo -dijo ella-. Eso es una parte, pero no lo es todo. Está claro que le has hablado de nosotros. Yo solo la he visto una vez en mi vida y ella lo sabe todo sobre mí. Me ha dolido que le hubieras hablado de mí a otra mujer.

-Lo único que le dije fue que las cosas entre nosotros no andaban tan bien como yo habría querido.

-Continuó diciéndome lo estupendo que serías como padre.

-Intentaría hacerlo lo mejor que pudiera.

-Me dijo que si yo no quería tener hijos contigo, ella lo haría.

-Solo estaba tratando de perturbarte.

-También me dijo que eras el mejor amante que había tenido.

Cathie lo miró a los ojos.

-Realmente estaba mintiendo.

-No le permití que fuera mucho más allá con eso. Le dije que no debía tener demasiada experiencia.

El se rio. Viniendo de Cathie aquel era un comentario gracioso. Se habría apostado lo que fuera a que Cathie era bastante inexperta cuando se

conocieron. Por el contrario, Leslie, por lo, que él sabía de sus años de estudiantes, había buscado siempre con entusiasmo algún compañero sexual.

-Cat, estás hablando de sexo otra vez -le advirtió él.

-Al final he sido muy maleducada con ella -dijo fríamente.

-Leslie no es de las personas que guardan rencor.

-Estaba muy celosa.

-Sospecho que eso era, precisamente, lo que ella pretendía - independientemente del interés que pudiera tener en él, Leslie era una amiga. Él le había dicho con toda franqueza lo que sentía por Cathie. Le daba la sensación de que lo que la psiquiatra había hecho era tratar de remover un poco las cosas, con la idea de ayudarlo.

- Sentí ganas de arrancarle esas exuberantes pestañas de un manotazo.

Sam parpadeó.

-Me alegro de que te contuvieras.

-Son postizas -dijo ella-. No quiero decir con eso que la habría herido físicamente, ni nada por el estilo -estaba claro que la idea la horrorizaba-. Te llamé al móvil después de que salieras del hospital, pero no contestaste. Pensé que, tal vez, estarías con ella.

-¿Llamaste a casa antes de llamar al móvil?

Ella asintió.

-¿Cómo lo sabes?

-En mi contestador quedan registradas las llamadas -le dijo-. ¿Por qué no dejaste un mensaje?

-¡Vaya! -se puso totalmente pálida-. No se me había ocurrido pensar que te darías cuenta.

Él frunció el ceño, confuso.

-¿De qué no me daría cuenta?

-No se me ocurrió pensar que tu contestador diría que alguien había llamado -dijo ella vagamente-. Debería haber colgado antes de la señal.

-Querrás decir que deberías haberme dejado un mensaje.

-No. Debería haber colgado antes -respondió ella con impaciencia, porque él no podía entender lo que le estaba diciendo-. No debería haber

esperado tanto, no debería haber dejado que la señal sonara.

Sam estaba completamente anonadado.

-Cathie, ¿de qué estás hablando?

Ella murmuró algo que él no pudo entender. Había puesto los codos sobre la mesa y tenía las manos unidas bajo la barbilla.

-Esto es totalmente patético -dijo ella-. Yo soy totalmente patética.

-¿Por qué? -insistió él-. ¿Qué es patético?

-Me gusta escuchar el mensaje de tu contestador -ella volvió ligeramente la cabeza y lo miró con sus grandes ojos verdes-. Llamo y escucho el mensaje de tu contestador.

Él parpadeó.

-¿Qué?

-«Hola, soy Sam» -repitió ella-. «Ahora no estoy en casa, pero puedes dejar tu mensaje y yo te llamaré».

Todavía no entendía nada.

-¿Por qué demonios quieres escuchar el contestador? Sabes que puedes llamarme cuando quieras mientras estoy en el trabajo, y que tengo un móvil.

-Me gusta oír el mensaje -murmuró ella-. A veces, solo quiero escuchar tu voz. No necesito hablar contigo, pero quiero oírte.

-¿Estás loca?

Ella sostuvo la mirada sin parpadear.

-Sí. Todavía no estaba seguro de si había entendido lo que le decía.

-¿Así que me llamas a casa, cuando sabes que no estoy, solo para oír mi voz?

-Sí.

-Todas esas veces que me encuentro la luz sin mensaje, ¿eres tú?

Ella cerró los ojos.

-Espero que sí.

-¿Por qué no me has dicho nada de esto antes?

-No pensé que fuera importante.

-¿No pensabas que fuera importante? -no podía creerlo-. Cathie, en

dos años, es la primera vez que me das alguna prueba de que piensas en mí cuando no estamos juntos. Siempre me ha dado la sensación de que tu vida y yo estábamos en armarios separados. Siempre he tenido la sensación de que me tenías completamente apartado, en una esquina -cuando él la tenía en mente todo el día-. Me habría gustado saberlo.

-Es obsesivo, convulsivo.

-Sí, me doy cuenta de que es algo enfermo - afirmó él-. Seguramente, necesitas ayuda.

-Pero te sientes adulado -dijo ella abriendo los ojos, en un gesto acusador-. Piensas que es fantástico que hayas vuelto a tu novia completamente loca.

-Digamos que no perjudica a mi ego -admitió secamente. Se le aceleró el pulso al oír que se autodenominaba como «su novia»-. Pero, ¿por qué has llamado tantas veces hoy?

-Era extraño -dijo ella-. No podía dejar de pensar que oyendo tu voz podría saber si tenías una relación con ella o no. En parte, el motivo de que esperara tanto para colgar era por ver si decías algo más.

-Pero si grabé ese mensaje hace un año.

-Ya te he dicho que era extraño -repitió ella-. No digo que me esté comportando de un modo racional, Sam.

La idea de que Cathie pudiera ser irracional le encantaba.

-¿No hay nada más que me quieras confesar?

-Tengo un tatuaje con tu nombre en mi trasero - dijo sarcásticamente y él se rio-. Eso es lo que tú quisieras. No, Sam -se inclinó hacia delante, apoyó las manos sobre sus piernas y lo miró directamente a los ojos-. Lo siento, si estabas esperando alguna otra confesión, pero mi locura, de momento, se limita a hacer llamadas a tu contestador.

-Es una pena.

-Aunque, si pensara que un tatuaje me llevaría hasta tu cama, no me lo pensaría -dijo ella-. Sam, esto es totalmente absurdo. Hace mucho que no estamos juntos. Sé que tenemos problemas. Sé que yo tengo problemas. Pero los vamos a solucionar. Ayer y hoy hemos hablado con más franqueza que nunca antes, y lo que he sentido cuando Leslie ha dicho todas esas cosas hoy, me ha hecho darme cuenta de que no puedo perderte. No puedo. Te quiero demasiado. Si se te olvidara esa idea de estabilizar la relación, todo volvería a ser perfecto otra vez. Sam, te deseo

desesperadamente. No quiero ni ir a tu casa. Quedémonos en un hotel por esta noche y hagamos el amor hasta el amanecer -le susurró-. Por favor, Sam. Siénteme -le tomó la mano y se la llevó hasta el cuello. Él sintió el fuerte palpar de sus venas-. Llévame a la cama.

El apartó la mano bruscamente y cerró el puño, mientras la cálida sensación de su piel seguía presente en su mano. Su cabeza decía una cosa, pero su cuerpo decía otra.

-Ayer hablaba en serio. Nada de sexo.

-¿Me vas a dejar aquí?

-¿Tienes coche?

-Está en el trabajo.

Él señaló hacia la puerta.

-Te acompaño.

Caminaron en silencio hasta el edificio. Pero, una vez en el aparcamiento, ella se apoyó en la pared y lo miró con aire solemne.

-¿Es este el modo que tienes de hacerme chantaje para que vuelva a vivir contigo?

Sam suspiró. Entendía que pudiera pensar eso, pero no era realmente su intención.

-Creo que fue un error que nos fuéramos a la cama tan pronto -dijo él-. Deberíamos haber esperado. Creo que lo supe desde el principio. Pero te deseaba tanto que me resultó imposible luchar contra ello. Sin embargo, eso ha hecho que la parte sexual de nuestra relación fuera tan fuerte que acabara por sepultar todas las demás. Necesitamos concederle un tiempo a otras facetas. Eso es lo que yo creo -la besó en la mejilla y le dijo adiós, reprimiendo el deseo de cubrir sus labios con un beso-. Que duermas bien.

-¡Sam!

Se dio media vuelta dispuesto a llegar hasta las escaleras y esperar allí a que ella se marchara sana y salva. Pero un grito lo obligó a volverse.

-¿Cuánto tiempo?

-No lo sé, Cathie -no sabía cuánto tiempo le llevaría descubrir si tenían algo que salvar. Si lo que encontraba era que ella no tenía nada que darle más allá de sexo, entonces no había futuro para ellos. En las últimas semanas había empezado a entender lo que necesitaba y quería. No podía permitir que lo utilizaran.

-¿Nos vemos el sábado?

-Vente a casa a comer -dijo él. Estaba de guardia el viernes por la noche por lo que la mañana del sábado ya estaría libre-. Pensé que dijiste que tenías que trabajar.

-No puedo trabajar así -gritó ella-. Me estás volviendo loca.

Sam sonrió, esperando que se refiriera a algo más que físico.

-Bien -dijo él para sí-. Ahora te toca a ti.

## *Capítulo 9*

**L**ESLIE se reía a carcajadas mientras se defendía del ataque frontal que le estaba haciendo Sam en su oficina de Kapiti al día siguiente por la tarde. -Lo he hecho por ti, Sam -protestó ella-. De hecho, esperaba que vinieras aquí a primera hora de la mañana y me besaras los pies en agradecimiento. Pensé que, si la picaba un poco, se daría cuenta de lo que estaba arriesgando por ser tan horrible contigo.

-¿Picarla un poco? -repitió él-. Leslie, Cathie me contó las cosas que le habías dicho.

-Bueno -ella seguía riéndose-. Quizá fue un poco más que picarla. Pero, Sam, funcionó. Quiero decir que ella estaba intentando ser educada y agradable, pero, al final, puedo decirte que estaba totalmente furiosa.

-¿Cathie furiosa?

-Bueno, al menos, un poco enfadada -rectificó Leslie-. Desde luego, estaba definitivamente celosa. De acuerdo, te has enamorado de Blanca Nieves. Pero la pillé en un par de miradas frías.

-No es Blanca Nieves -dijo Sam secamente. Le sorprendía que Cathie hubiera permitido que Leslie notara que estaba furiosa. Él había visto a Cathie en las salas de reuniones y conferencias teniendo que enfrentarse a personal médico a veces muy desagradable, y se había sorprendido de la confianza y fluidez con que había resuelto los problemas.

Sospechaba que perder la compostura con Leslie sería para Cathie una terrible brecha en su historial profesional, pues no dejaba de ser una cliente potencial. Después de todo, era psiquiatra, y su compañía estaba promocionando un antidepresivo.

-Bueno, en cualquier caso, hace una estupenda imitación de Blanca Nieves -dijo Leslie-. Entiendo que te sientas intrigado: un corazón oculto y pasiones secretas, ¿verdad, Sam?

-Preocúpate de tus asuntos, Leslie. Deja de interferir.

-Te prometo que no volveré a hacerlo -dijo ella con una sonrisa que le indicaba que no la había ofendido-. Lo siento, Sam. No era mi intención decir nada. Pero parecías tan triste cuando ella se marchó que, cuando la vi ayer, tan calmada y contenida, no pude resistir la tentación de escarbar a ver si encontraba a la mujer que hay debajo. No quería hacer ningún daño.

-Te creo -dijo él.

-¿Piensas que pudo ayudar de algún modo?

-Quizá.

-Cathie me gusta -dijo ella rápidamente-. Sospecho que en su interior hay mucha ternura, puede que mucha vulnerabilidad también. Si se dejara llevar un poco, entendería que es perfecta para tus instintos protectores.

-Fantástico -dijo él secamente-. Estoy impresionado. Deberías plantearte el convertirme en psiquiatra -se despidió agitando la mano, mientras se dirigía hacia la puerta-. Pero deja, de practicar con Cathie, o acabarás perdiendo las pestañas. Adiós, Leslie.

-Adiós -dijo ella animadamente-. ¡Sam, espera! ¿Qué quieres decir con eso de «perder las pestañas»?

Él no se detuvo. Siguió su camino y se dirigió al ala opuesta del hospital, a la UCI.

Pero, antes de entrar en la unidad, se pasó por maternidad, donde, el día anterior había ingresado una mujer embarazada con asma. El especialista que la trataba lo había llamado una hora antes para informarlo de que no estaba mejorando.

-Prefería informar, por si acaso tuviéramos que trasladarla a la UCI a toda prisa -le explicó-. Todavía tenemos esperanzas de que mejore, pero está respirando aún peor esta mañana.

Sam miró los informes, antes de ir a examinarla. Sam estaba de acuerdo con la opinión del otro médico.

Una de las ginecólogas lo vio mirando las notas y se acercó a él.

-Está mucho peor esta mañana -dijo ella-. Los médicos están pensando en ponerle un broncodilatador por vía intravenosa. Le agradeceríamos que la examinara.

-¿Qué le están poniendo en este momento?

-«Ventolín» cada cuatro horas y esteroides orales -le dijo, y le pasó otro informe para que viera lo que se le había prescrito-. Además de una dosis extra de nebulizador, cuando la necesita.

-¿Y el bebé?

-Su corazón está bien y se mueve. No hay signos de problemas.

-¿Y el nivel de gases en la sangre?

-Le hicieron un test al entrar, y este es de esta mañana -dijo ella, abriendo una carpeta.

Sam frunció el ceño. Sus niveles de oxígeno eran aceptables, pero

habían subido mucho los de dióxido de carbono desde el momento de su ingreso hasta la última prueba.

-¿Ha habido alguna causa clara para el ataque?

-No -dijo ella-. No tiene gripe, ni catarro, y no sabe de ninguna alergia. Durante el primer trimestre notó un poco de fatiga, pero se le solucionó con el inhalador. Su ginecólogo consideró que no eran necesarios esteroides. Aparte de eso, en los últimos cinco años ha necesitado, ocasionalmente, el inhalador cuando hacía frío.

-¿Y su radiografía de tórax?

- Se la hicimos anoche, al ver que no mejorabale dijo, y sacó la radiografía del sobre. La puso sobre la pantalla-. Básicamente, normal.

La doctora lo llevó a la habitación de la enferma.

-Señora Floyd, soy Sam Wheatley -le explicó-. Soy el anestesista de la UCI. Uno de sus médicos me ha pedido que viniera a verla.

-Hola, doctor -ella asintió-. Por favor, llámeme Debbie -respiraba con mucha dificultad-. El doctor Solomon me dijo que vendría usted a verme. No es por el bebé, ¿verdad? El bebé está bien...

-Según la ginecóloga el bebé está perfectamente -le aseguró él-. Yo he venido a examinarla a usted, Debbie. ¿Consiguió dormir anoche?

-No mucho -ella sonrió como pidiendo disculpas-. Al final, eché una cabezadita.

Después de examinarla, Sam dio su opinión.

-Deberíamos trasladarla a la UCI -le dijo a Denis.

-Se lo diré a las enfermeras -respondió ella, aparentemente aliviada.

-¿Qué diría tu jefe de una cesárea?

-Su jefe diría que la dejáramos aún un par de semanas más -intervino el ginecólogo que acababa de entrar y que había oído la conversación-. Todavía no está preparada. ¿Qué tal estás, Sam?

-Bien, James, bien -se estrecharon las manos-. No eres partidario de una cesárea.

-Está de treinta y cinco semanas. Si podemos evitarla, mejor -le confirmó el ginecólogo-. Si no hay más remedio, pues habrá que hacerla, pero es un poco pronto, ¿no crees?

-De acuerdo. Vamos a ver cómo evoluciona con la terapia intravenosa.

-Pero tú sospechas que no va a mejorar hasta que dé a luz.

-Sí, eso es lo que me preocupa.

-Bueno, según te he oído decir, la quieres trasladar a la UCI. Bien. Es el mejor lugar para ella -dijo el ginecólogo-. Gracias, Sam. Dormiré mejor esta noche si sé que está en la UCI.

Al final de su turno, le dijo a Lucy, la especialista de guardia, que, si surgía alguna complicación, lo localizara en el móvil. No obstante, Lucy era una experimentada anestesista y él confiaba en ella.

-Yo creo que estará bien.

Cuando llegó a casa, tenía dos mensajes en el contestador. Antes de escucharlos recordó la increíble confesión que le había hecho, y sonrió, esperando no oír nada.

Pero en aquella ocasión, sí había dejado dos mensajes.

-Sam, lo siento, pero tengo que cancelar nuestra cita del sábado -decía apresuradamente-. Adiós.

Pero, en el siguiente, parecía haberse arrepentido de tan breve mensaje y había dejado otro más largo.

-Lo siento, Sam. Soy yo otra vez. Debería haber sido un poco más explícita. Mi madre está fatal por causa de su último novio. Todo es muy confuso pero, al parecer, le ha robado un montón de dinero. Llamó a la policía porque pensó que era el banco el que la estaba robando y ahora está muy preocupada porque van detrás de su novio. ¡Es un lío! El viernes no puedo ir para allí porque tengo una reunión muy importante, pero voy a pasar el fin de semana con ella. De verdad que lo siento -rápidamente, como si se lo hubiera pensado otra vez, añadió-: Te llamaré la semana que viene. Volveré el martes. Adiós.

Sam llamó a su casa, pero Susan le dijo que la localizaría en la oficina. Cathie respondió de inmediato.

-¡Oh, Sam! -notó, por su voz, que había estado llorando-. ¿Por qué se hace esto a sí misma? Solo lo conocía desde hace tres semanas y le confió su tarjeta de crédito y su coche. Se ha marchado y no sabe si va a volver o no, porque se ha dejado toda la ropa. Sam, no sé cómo ayudarla.

-¿Es el hombre con el que empezó a salir después de que la dejara Harry?

-No. Es uno nuevo -dijo Cathie con desesperación-. Aquel le duró solo unas semanas. Este es uno que conoció en las carreras y que le pareció estaba bien situado. Pareció insinuarle, incluso, que iba en serio.

-¿Hay algo que yo pueda hacer? -preguntó Sam-. ¿Necesita dinero?

-Yo puedo darle dinero -dijo ella-. Sam, sé que, realmente, no querrás hacer lo que te voy a pedir pero, ¿podríamos vernos?

-Iré a buscarte -dijo él. Aquella inusual súplica lo desconcertó. Miró el reloj-. Estaré allí a las ocho. ¿Vas a poder salir a esa hora?

-No puedo trabajar estando en este estado -dijo ella-. Gracias.

Ella estaba esperándolo en la puerta cuando él llegó con el coche. Se apresuró a su encuentro.

-¿Estás bien?

-La verdad es que no sé nada -dijo ella con desmayo. Se abrazó a él, buscando el abrigo de su cuerpo y, cuando se apartó, sus ojos estaban llenos de lágrimas-. Gracias.

-De nada -dijo él-. ¿Estás mejor?

-Me gustaría -dijo ella con una sonrisa dolida-. ¿Por qué sigue haciendo esto, Sam? ¡Tiene cuarenta y seis años! ¿No aprenderá nunca a no fiarse de ese tipo de hombres? -se limpió los ojos con las manos, se apoyó en el respaldo del asiento y se puso el cinturón -. No sé qué hacer. ¡Pobre mamá! Y no sé cómo ayudarla.

Sam sentía pena por ella, pero no tenía ninguna solución. Sabía que, como siempre, para Cathie el dolor de Elizabeth era su propio dolor, pero sospechaba que la hija lo sentía con más intensidad que la madre.

Según lo que él había podido observar, a pesar de las lágrimas, la madre disfrutaba de aquellos pequeños dramas. Pero dudaba que Cathie fuera capaz de apreciar su punto de vista en aquel momento.

Recordó su irracional reacción a la enfermedad de su padre y reconoció que a ella debía resultarle tan difícil como a él ser objetiva respecto a su madre.

-He tratado de localizar a mi padre -dijo ella-. Vive tan cerca de ella que pensé que podría ir a ver si estaba bien. Pero se ha ido de vacaciones, ¡a esquiar!

Sam frunció el ceño.

-¿En verano?

-Se ha ido a Francia. ¡Francia! ¡Europa! Con una mujer que conoció en un crucero a Noumea.

-Pensé que había ido a ese crucero con... -trató de recordar el nombre

de la novia del padre de Cathie-. Era Mary, ¿no?

-Meredith -dijo Cathie-. Sí, así fue. Pero nada más ver a esta chica, ese fue el final de la pobre Meredith. El médico que lo sustituye ni siquiera sabe cómo se llama la nueva. Por lo que me ha dicho, la muchacha debe de tener dieciocho años.

Sam reprimió una sonrisa. El padre de Cathie era un cirujano de Auckland con una consulta privada y muy buena reputación. Era, además, un hedonista. A Sam le caía muy bien. Sabía que no había sido el padre ideal para Cathie, pero Sam encontraba que era sincero y que había sido capaz de mostrarle abiertamente el amor que sentía por ella.

Durante el trayecto, ella habló de su madre, de lo que le había dicho y de muchos otros problemas anteriores. Él permaneció en silencio, escuchándola, hasta que llegaron a casa de Sam y él la cortó.

-Cat, estás yendo en círculos -le dijo con cariño y la tomó en sus brazos-. Espérate a verla el sábado. Quizá las cosas ya se hayan solucionado para entonces. Puede que no esté tan mal como parece.

-Pero no puedo dejar de preocuparme -le dijo Cathie-. No podía parar de llorar cuando me llamó. No puedo dejar de pensar que debería irme para allá ahora mismo. Pero la reunión que tengo el viernes es importante -se le humedecieron los ojos de nuevo-. Nadie puede sustituirme. Además, tengo que dar dos clases de natación mañana. Sam, me siento culpable. Anoche me puse a pensar que, tal vez, me estuviera equivocando en el modo de llevar mi vida. Empecé a plantearme que, tal vez, hacía mal en estar aquí hasta el viernes, mientras ella estaba sola. Siento ganas de subirme al coche y conducir hoy mismo hasta Auckland. De pronto, me di cuenta de que estaba poniendo mi trabajo y mis clases de natación por delante de mi madre y me pareció que algo andaba mal.

-¿Está con alguien esta noche?

-Sí, está con una amiga -respondió ella-. Se va a quedar con mi madre hasta la semana que viene, mientras le pintan el apartamento.

-Entonces, no está sola.

-Pero está mal.

-Cathie, tú eres su hija -le acarició la mejilla-. No eres su madre. Tu madre tiene muchas amigas de su edad con las que puede hablar. Se supone que es ella la que tiene que cuidarte a ti, y no a la inversa.

-Pero eso no es así ya en nuestra relación -por su expresión, dio a

entender que le habría gustado que así fuera-. La mayor parte del tiempo, yo me siento como si fuera la madre.

-Lo sé -dijo Sam, mientras le acariciaba la espalda-. Pero supongo que se preocuparía de ver lo mal que te pones con sus problemas.

Hubo un largo silencio.

-No, no se preocuparía -ella alzó la cabeza-. Bueno, quizá un poco. Pero, en el fondo, estaría encantada. Le gustan los dramas

-Ya -Sam se relajó, aliviado ante aquel reconocimiento.

-¿Sabes? Creo que tienes razón. Ella tiene un montón de amigas. Seguramente está con una docena de ellas en este momento.

-Sí, estoy seguro de eso.

-Eres un hombre muy listo, ¿verdad, Sam Wheatley?

-Tengo mis momentos -sonrió, él-. Supongo que eso significa que no te vas a marchar a Auckland esta misma noche.

-Me iré el sábado, tal y como había pensado. Espero que, para entonces, se haya tranquilizado.

-Espero que sí -ya no necesitaba que la consolará, así que Sam se apartó de ella-. ¿Quieres un café?

-Preferiría que me hicieras una de tus tortillas. No he comido nada desde el mediodía.

Por su gesto, quedó patente que ella sabía por qué él se había apartado.

Puso tomate en la tortilla, tal y como a ella le gustaba, y se hizo para sí una de queso. Cenaron en la cocina.

-Esta cocina necesita una reforma -dijo levantando una esquina de la melamina rota del taburete.

-No, ya no -recogió los platos-. He pedido un crédito al banco para comprar la casa de Will. Nunca iba a sacar tiempo para renovar esta casa. Mi abogado está revisando la hipoteca de esta para ver cómo la traspasamos a la otra.

-¿Qué? -lo miró atónita-. ¿Cuándo ha ocurrido todo eso?

-En las últimas semanas.

-Pero no me habías dicho nada.

-Has estado fuera. Por como estaban las cosas entre nosotros cuando

te marchaste, asumí que no te interesaba mucho el asunto.

Ella bajó la mirada.

-¿Cuándo te mudas?

-El inquilino que vivía allí ya se ha marchado. Will y Maggie no tienen problema en que me traslade cuando quiera -mientras hablaban, él había hecho café-. La semana que viene estoy de guardia, pero seguramente lo haré la semana siguiente.

- ¡Tan pronto!

No entendía por qué parecía tan sorprendida. No era la primera noticia que tenía de sus intenciones de comprar aquella vivienda.

-Han venido un par de agencias a ver la casa, y opinan que se venderá fácilmente. Mañana sale a la venta.

-¿Mañana? -se puso pálida-. Pero, Sam, yo adoro esta casa.

-Puedes comprarla.

-Tenía en mente hacer muchas reformas.

-Pues hazlas.

-Pero, pensé... pensé que las haríamos juntos, poco a poco, según fuera pasando el tiempo.

-Cathie, tú nunca me habías dicho nada de eso -dijo él calmadamente-. No puedo leerte el pensamiento y lo que tú me has estado diciendo es que no querías vivir aquí -dio el último sorbo a su café y llevó la taza al fregadero-. Ya es muy tarde para volverme atrás. He tomado la decisión, y estoy ansioso por mudarme -notó que ella parecía consternada-. Anda, tómate el café y te llevaré hasta tu coche.

-Preferiría que me llevaras a casa -dijo ella vagamente-. Iré a la oficina en bicicleta.

Ninguno de los dos habló mucho durante el trayecto. Él le dio un beso de buenas noches en el coche, manteniendo su abrazo deliberadamente distante.

-Mañana tengo que dar una clase de natación y por la noche tengo que preparar una presentación. ¿Nos vemos el viernes?

-Tengo guardia.

-Puedo ir a Kapiti.

Él frunció el ceño. Teniendo en cuenta la cantidad de veces que él

había sugerido eso, y cuántas veces ella había dado su negativa aludiendo que estaba lejos, su repentina urgencia lo preocupó.

-¿Qué te pasa, Cathie? No estás siendo tú. ¿Es que todavía estás preocupada por tu madre?

-No es eso -dijo ella-. No sé, Sam. Me siento insegura.

-Te quiero.

-Pero no me necesitas, ¿verdad? Has comprado una casa sin ni tan siquiera decírmelo.

-No te necesito para sobrevivir -dijo él-. Pero te quiero a mi lado. Siento que te haya molestado lo de la casa, pero era una decisión que me correspondía a mí. Te pedí que te casaras conmigo y me dijiste que no. La oferta está aún abierta si cambias de opinión. Pero no me voy a pasar toda mi vida esperándote.

-Últimamente, me da la sensación de que ni siquiera estás dispuesto a esperar una semana.

Él se rio. No tenía elección. La independiente Cathie hablaba como una niña malcriada a la que le hubieran quitado su juguete favorito.

-Tonterías -abrió la puerta del coche y le dio un empujón-. A casa. Y deja de jugar con mi mente.

-Lo haré, si me dejas jugar con tu cuerpo -farfulló ella-. ¿Puedo ir el viernes?

-Si quieres... La UCI está llena, así que no puedo prometer que te dedicaré mucho tiempo. Seguramente estaré ocupado.

-Pero, si no lo estás, ya que me habré ido hasta allí,,¿al menos te acostarás conmigo?

El se rio.

-Me lo pensaré.

Mientras conducía de vuelta a casa, la ironía de su propia respuesta lo hizo sonreír, tanto como el recuerdo del tono suplicante de ella. A pesar de su aparente frialdad y determinación de no ponerle la mano encima, no estaba convencido de poder controlarse, si ella pasaba la noche con él.

## *Capítulo 10*

**L**A primera preocupación de Sam a la mañana siguiente en la UCI fue el asma de Debbie. No había experimentado mejoría alguna con el tratamiento el día anterior, y Sam temía que hubiera empeorado durante la noche.

Tim le aseguró que, con la excepción de una ligera bajada en los niveles de oxígeno, no había habido cambios importantes.

-Pero no mejora -observó Sam-. ¿Ha dormido?

-Un par de veces se ha quedado dormida, pero pocos minutos.

-Will, ¿qué piensas?

-Estoy tan nervioso como tú, pero yo me voy a la ciudad, así que, al final, será tu decisión.

Se acercaron a la cama de la paciente.

-No ha habido ningún cambio en estos tres últimos días -le dijo una vez que la hubo auscultado-. Todavía tiene muchas dificultades para respirar. ¿Se siente algo mejor?

-Un poco -dijo ella, pero sin mirarlo a los ojos, lo que le hizo sospechar que su respuesta era más de agradecimiento por todos los cuidados que estaba recibiendo que porque realmente hubiera experimentado una mejoría. Ella estiró la mano y tocó el monitor que señalaba las pulsaciones del bebé-. Ciento setenta - dijo con la respiración entrecortada-. Está muy bien. El doctor me ha dicho que si tiene muchas pulsaciones es buena señal.

-Sí, el número de palpitations de los bebés desciende cuando están descontentos.

Sam centró su atención en el informe y le aumentó la dosis de esteroides.

James Solomon apareció poco después. Sam estaba viendo a otros pacientes y no pudo acercarse a él antes de que fuera a ver a Debbie. Pero él se aproximó una vez que hubo terminado.

-El bebé está bien -dijo el ginecólogo-. Pero ella todavía no puede respirar. ¿Cómo la ves?

Sam negó con la cabeza.

-No mejora -su falta de respuesta al tratamiento le hacía pensar que no había alternativa. Sabía que una cesárea implicaba un riesgo para el bebé,

pero su primera preocupación tenía que ser Debbie-. No ha respondido al tratamiento. Está muy cansada. Si las cosas no cambian rápido, vamos a tener que ponerle respiración asistida en menos de veinticuatro horas.

-En este momento, esas veinticuatro horas pueden ser muy importantes para el bebé. Estoy de guardia esta noche y el fin de semana, si eso sirve de ayuda.

-Bien, intentaremos retrasarlo lo más posible - aceptó Sam. No tenía otra opción. A menos que se tratara de una emergencia, no era él quien decidía si se hacía una cesárea.

-Todavía tiene posibilidades de recobrase. A veces los esteroides reaccionan de repente y se experimenta una rápida mejoría. He visto casos así. De todos modos, hablaré con cirugía y también le pediré a ella que me firme la autorización para intervenir si es necesario. Esperemos que mejore y le podamos dar al bebé un par de semanas más.

-Lo dudo, James -dijo Sam-. Aunque espero que ocurra como tú dices.

A primera hora de la tarde, mientras estaba en una reunión administrativa, sonó su busca y corrió a la UCI.

-El dióxido de carbono ha subido notablemente - le dijo Phillipa-. El Ph ha descendido. Se ha desmayado un par de veces en los últimos cinco minutos -le estaba dando palmaditas en la cara a Debbie-. Despierta, Debbie, vamos. Bien, así. Respira.

Le pusieron oxígeno y broncodilatadores, pero Sam no veía otra alternativa más que realizar la cesárea. Por suerte, James también parecía convencido de que ya no quedaba otra opción.

-Efectivamente, parece que no va recuperarse hasta que el bebé no esté fuera.

Tras una operación de urgencia, que madre e hija superaron con éxito, Debbie fue devuelta a la UCI.

Una vez que todo volvió a su ritmo normal, Sam tuvo unos minutos para ver a Cathie, ya pasadas las nueve.

-Cat, lo siento -le dijo en cuanto ella abrió la puerta, y la tomó en sus brazos-. Ha sido una noche muy complicada y esperamos dos ingresos más. Tal vez no pueda volver aquí. ¿Estás bien?

-Sí -ella sonrió-. Ya me habías advertido de que podía ser una noche complicada. No me importa -tenía en la mano un ejemplar de la revista Anestesia y cuidado intensivo-. He estado leyendo.

-Lo siento. Eso es lo único que se puede hacer aquí. Siempre pienso que debería comprar una televisión o una radio.

-¿Cómo está la mujer? ¿Ha tenido ya el bebé?

-Ha tenido una niña -con el brazo sobre el hombro de ella, la llevó al salón-. Ha sido muy prematura, pero está bien -Cathie había llevado una pequeña maleta para poder pasar la noche allí-. Cat, ¿estás segura de que te quieres quedar? No puedo garantizarte que las cosas vayan a ir bien. Quizá estés perdiendo tu tiempo quedándote aquí. No me voy a ofender si quieres volver a la ciudad.

-Quiero quedarme. No tengo que estar en el aeropuerto hasta las diez de la mañana y me lo he traído todo para ir directamente desde aquí. ¿Has comido?

-Todavía no.

-¿Tienes diez minutos para cenar algo?

-Cinco -dijo él y la siguió hasta la cocina. Allí se sorprendió al ver que ella había preparado un delicioso despliegue de paté, queso y uvas, además de una barra de pan fresco.

-También hay mousse de chocolate. ¿Puedes tomar vino?

-Prefiero un refresco -dijo él y sacó una lata del frigorífico-. Cat, muchas gracias. Esto es todo un detalle. Gracias.

-Tú solías prepararme la cena siempre -dijo ella, mientras comían-. Y cuando tenía que trabajar el fin de semana, si estabas libre, me traías la comida. ¿Te acuerdas?

-Recuerdo que siempre me decías que no lo hiciera -respondió él y extendió paté sobre el pan-. Recuerdo que decidiste que no querías que te interrumpiera porque te distraía. También recuerdo que me prohibiste que entrara en tu oficina.

-Pero eso no era por la comida -protestó ella-. Sino porque siempre insistías en quitarme la ropa antes de dejarme comer.

Sam se encogió de hombros.

-No hay nada mejor que comer desnudos.

-Podríamos quitarnos la ropa ahora.

-No, si no quieres que pierda mi trabajo -sonriendo, la agarró de la barbilla y le limpió los restos de pan que tenía en los labios, antes de besarla-. A pesar de lo tentadora que es la oferta, me tengo que ir, Cat.

-Dejaré todo en la nevera, por si acaso tienes hambre cuando vuelvas -dijo ella rápidamente, mientras lo seguía hasta la puerta-. Si estoy dormida cuando regreses, por favor, despiértame.

-Nos vemos -la besó rápidamente, mientras su mente se centraba de nuevo en el trabajo.

Eran más de las tres cuando regresó al piso. Cathie no había echado la llave a la puerta y había dejado la luz encendida, pero estaba profundamente dormida y tuvo mucho cuidado de no despertarla.

Se levantó a las seis, se dio una ducha rápida y se vistió. Ella seguía dormida y él le puso el despertador a las ocho, para que se despertara con tiempo para ir al aeropuerto. Le dejó una nota, dándole las gracias por la cena, y deseándole que las cosas fueran bien con su madre.

Debbie Floyd estaba empezando a responder al tratamiento cuando él llegó allí. Para la hora de la comida, cuando se acabó el turno de Sam, sus pulmones habían empezado a funcionar. Fue mejorando progresivamente a lo largo del fin de semana, y el lunes por la tarde ya le pudieron quitar el tubo de la respiración asistida.

Seguía teniendo algo de fatiga, pero el nivel de gases en su sangre era bueno. Después de un par de horas, autorizó a la enfermera para que la llevara a ver a su hija.

Las enfermeras de la UCI de neonatos habían tomado fotografías y habían hecho un corto vídeo que la madre había visto una docena de veces. El riesgo de infecciones había impedido que le llevaran el bebé hasta donde ella estaba.

-Estoy tan emocionada, doctor Wheatley. No me puedo creer que vaya a verla. En el vídeo está preciosa.

-Pues es mucho más bonita al natural -le aseguró Sam con una sonrisa. Había visto a la pequeña aquella misma mañana y, a pesar de estar en la incubadora, la niña estaba estupendamente.

Por causa del asma, aunque Debbie sería trasladada de la UCI a otra zona, habría de permanecer toda la semana en el hospital. Había muchas posibilidades de que tanto el bebé como la madre se marcharan juntos.

Tim apareció por el puesto central justo cuando Sam acababa de leer un informe sobre un enfermo que había sido trasladado desde Palmerston North aquella mañana.

-Las mujeres de este hospital tienen todas el instinto maternal en pleno

apogeo. Si las cosas siguen así, vamos a tener que contratar más personal solo para cubrir a las que se van a ver al bebé de Debbie. Pre, Hine y Phillipa se han ido todas con la madre.

-¿Phillipa? -Sam levantó las cejas-. Pero si Phillipa no estaba interesada en los bebés.

-Pues ha dicho que iba por si acaso Debbie sufría una recaída por la excitación. Se llevó un montón de aparatos con ella, pero seguro que estaba fingiendo. Me temo que la joven Phillipa se está pensando eso de no tener bebés. Siempre habla de que no quiere sufrir el dolor, pero ahora que ha visto a Debbie tenerlo anestesiada, se lo está replanteando. Mañana te estará preguntado si estás dispuesto a darle anestesia general si te lo pide con amabilidad y te da un preaviso de nueve meses.

Sam se rio.

-Le diré que si sufre de asma y está a punto de morir, entonces sí lo haré. ¿Tú has ido a ver al bebé, Tim?

-Dos veces -confesó el enfermero-. ¡De acuerdo, de acuerdo! Soy tan terrible como ellas. ¿Y tú?

-Fui el sábado y he ido esta mañana -admitió Sam-. Pero solo por motivos profesionales.

-¡Por supuesto, Sam! -dijo Tim con una sonrisa que sugería que podía leer mucho más allá-. Aunque tengan todo un equipo pediátrico no pueden hacerlo sin tu ayuda.

-Es encantadora.

-Así que tienes también un ataque de instinto paternal. Bueno, supongo que estamos todos en esa edad... en la que o nos damos prisa y nos decidimos, o se nos va a hacer muy tarde. Y bien, ¿sigues con Cathie? -Sam lo miró interrogante y Tim sonrió-. Recuerda que la vimos el otro día, cuando vino a verte justo antes de que metiéramos a Debbie en el quirófano. Y, permíteme que te diga, que por breve que fuera el encuentro, entiendo por qué nuestra psiquiatra no consiguió tentarte.

Sam se limitó a mirarlo y respondió con un calmado silencio.

-Sí, lo sé -sonrió Tim-. No es asunto mío. Me llevo las etiquetas -dijo, mientras las quitaba del informe que Sam había estado leyendo-. Son para las pruebas del paciente de Palmerston North. ¿Va a venir Phillipa a cambiarle el goteo?

-Iré yo en un momento -le dijo Sam-. Phillipa está ocupada

supervisando a Debbie.,

Todos los pacientes que eran trasladados desde otro hospital tenían que permanecer en una sala de aislamiento hasta ser sometidos a pruebas pertinentes, para asegurarse de que no había una resistencia a los antibióticos, ni la presencia de alguna bacteria contagiosa. Una vez que determinado tipo de bacterias entraban en una UCI era muy difícil erradicarlas y suponían un grave riesgo para otros pacientes.

También debían cambiar todos los catéteres y tubos de goteo, pues podían acarrear algún tipo de enfermedad contagiosa. \_\_

Habría querido ir a recoger a Cathie al aeropuerto, pues regresaba de Auckland. Pero la UCI estaba llena y no pudo permitírselo.

Cathie lo había llamado cada noche que había pasado fuera, lo que lo sorprendía, pues no había hecho nada así antes. Normalmente, cuando se marchaba, no sabía nada de ella hasta que regresaba. Esperaba que no fuera porque la estancia con su madre hubiera sido demasiado traumática.

La llamó en cuanto llegó a casa, pero Susan le dijo que se había ido al gimnasio y a dar una clase de natación.

-Sam, me ha dicho que, seguramente, no vendría a casa esta noche, así que estaba pensando en llamarte.

Le dejó una nota en la puerta, por si ella aparecía de improvviso, y se marchó a la piscina. Al salir de los vestuarios, pudo verla allí, enseñando a un grupo de nerviosos adolescentes. Le pidió a uno de los socorristas que, cuando terminara la clase, le dijera que la estaba esperando en la piscina. Después de eso, se metió en el agua y comenzó a nadar.

Ya se había hecho dos kilómetros cuando ella lo agarró de la pierna. Le señaló el otro extremo de la piscina y juntos nadaron hasta allí.

Ella se rio.

-Parecía que estuvieras en una carrera -dijo ella-. Ibas tan deprisa que asustabas al resto de nadadores de tu calle. A mí me daba miedo interrumpirte.

-Quizá necesitaba librarme de mis tensiones físicas -dijo, tratando de recuperar aún el aliento. Se sacudió el pelo y le tendió los brazos. Ella nadó hacia él-. Hola -la besó-. ¿Qué tal fue todo?

-Mejor de lo que yo esperaba -le puso las manos sobre los hombros y ella se enganchó a su pierna-. Tenías razón, como siempre. En el fondo no estaba tan mal. La policía encontró el coche abandonado, pero no creen

que vaya a poder recuperar el dinero. Pero al parecer no le ha robado tanto como pensó, así que no se queda mal. Ayer ya empezaba a hablar de otro hombre que se acababa de mudar al piso de arriba.

Sam sonrió.

Unos mechones de pelo húmedo se le habían salido a Cathie del gorro. Él se los volvió a meter.

-Tu madre nunca va a cambiar.

-Le he preguntado esta mañana por qué, si los hombres la hacen tan infeliz, sencillamente no decide quedarse sola.

-¿Y? -él le besó la nariz, que olía a cloro.

-Me respondió que yo pensaba demasiado -dijo ella.

Sam se rio.

-Bueno, yo estoy de acuerdo con ella, ¿sabes?

Nadaron hacia el bordillo.

-Por eso le gustas tanto.

-Pero yo estoy enamorado de su hija.

Cathie apoyó la espalda en el borde y comenzó a mover los pies, hasta que el cuerpo estuvo flotando.

-¿Sabes? He estado pensando mucho este fin de semana -se mordió el labio inferior como si estuviera nerviosa-. Sam, si es tan importante para ti, estoy dispuesta a casarme contigo.

Sam se quedó de piedra. Dejó de mover los pies y se hundió, saliendo a la superficie de nuevo, justo a su lado.

-¿Eso significa sí o no? -le preguntó ella.

-No lo sé -respondió él-. ¿Por qué, Cathie? ¿Por qué ahora?

-¿Por qué? -parecía desconcertada-. Porque te quiero.

-También me querías hace dos meses -dijo él-. Pero cuando te pedí que te casaras conmigo, dudaste y me dijiste que no. La semana pasada me dijiste que no podías vivir conmigo, que amarme no era suficiente. ¿Qué es lo que ha cambiado?

-Ver a mi madre. Darme cuenta de lo feliz que está cuando está feliz y de que no está tan mal cuando las relaciones acaban. He pensado que, quizá, debiera decidirme a atrapar la felicidad que se me ofrece. Incluso,

aunque piense que el matrimonio no es algo que puede durar, podemos ser felices durante un tiempo, y eso es lo que tú quieres, ¿no?

-¿Durante un tiempo? -él se sintió muy mal-. Cathie...

-Sam, no quiero perderte. Si casándonos no te pierdo, entonces casémonos.

Él sintió que la cabeza le daba vueltas.

-¿Porque si no me vas a perder?

-Me da la sensación de que estoy a punto de hacerlo -dijo ella-. Últimamente me parece que te me estuvieras escapando de entre los dedos. No quiero que eso ocurra.

-Cathie, tú no eres como tu madre -le dijo-. O como tu padre. Nada de eso. Como ninguno de ellos. El que sus matrimonios fracasaran no significa que eso nos vaya a ocurrir a nosotros.

A pesar de que el agua estaba climatizada, él notó que Cathie se estremecía.

-¿Es esto parte del juego de ponerte duro conmigo, o realmente has cambiado de opinión?

-No he cambiado de opinión, y no estoy jugando a ponerme duro contigo -dijo. De hecho, le había asustado su reacción, hasta que se dio cuenta de que solo era miedo a que él se estuviera alejando-. Sé que puede parecer eso, porque me niego a que haya sexo. Pero solo estoy tratando de dirigir la relación hacia otro sitio.

-Pero estás muy frío y muy distante.

-Lo siento -Sam no sabía qué decir.

-Ya no quieres casarte conmigo.

-Así no -dijo él. Quería casarse con ella si estaba loca de amor por él. No quería que fuera una concesión, resultado de un involuntario juego de manipulación emocional que había creado. No podía casarse con ella, cuando sabía que ella esperaba siempre a que acabara en divorcio.

-Dime qué quieres que diga -le susurró ella y notó que se estaba poniendo pálida. Se soltó del borde y se aproximó a él-. Sam, Sam. Pensé que así te daría todo lo que querías tener. ¿Qué pasa? Dime qué quieres que diga y lo diré.

Sam se sentía cada vez peor.

-Cathie, así no funcionan las cosas.

-Así que, ahora que finalmente me he dado por vencida, me estás rechazando.

-No, no te estoy rechazando -dijo él. Que ella considerara que aceptar su propuesta de matrimonio fuera darse por vencida, le confirmaba todos sus temores-. Necesitamos tiempo.

Su lado racional le aconsejaba que acabara con aquella relación en aquel preciso momento, que ella nunca iba a poder sentir lo mismo que sentía él, y que acabar con todo aquello entonces era el mejor moló de evitar dolor. Eso decía su lado racional, pero el resto lo contradecía.

-Te llamaré -dijo él, sin intención de resultar vago o cruel, pero sí con una incapacidad real de saber cuándo podría sacar alguna conclusión sobre si el futuro les depararía algo o no.

Sin mirarla, salió de la piscina y se alejó, antes de que ella notara cuánto le estaba costando hacerlo.

## *Capítulo 11*

**M**UCHOS amigos de Sam se ofrecieron para ayudarlo a hacer la mudanza a su nueva casa, pero él prefirió contratar a profesionales. Aun después de instalar todas sus cosas, le seguía dando la sensación de que aquella era la casa de Will.

-Eso se pasa en una o dos semanas -le aseguró Maggie. Habían ido a visitarlo en su primer fin de semana allí-. Una vez que hayas comprado unos cuantos muebles más y hayas puesto unos cuadros, empezarás a sentirla como tuya.

Le gustaba mucho. Estaba situada en la cumbre de una colina desde donde se tenía una impresionante vista del puerto de Wellington.

-¿Qué piensa Cathie? -le preguntó Will-. ¿Se siente aliviada de que te persuadiéramos para que te deshicieras de aquella casucha?

Sam se volvió hacia la ventana.

-Cathie y yo nos hemos dado un tiempo de descanso -dijo lentamente-. Todavía no sabemos si es una ruptura temporal o permanente.

-Sam, lo siento -Maggie miró a Will, como si quisiera pedir disculpas por su pregunta-. Siento que tengáis problemas, pero no deberíamos meternos.

La última frase iba claramente dirigida a Will.

Este simplemente sonrió.

-Sam ya es mayorcito -dijo-. Son perfectos el uno para el otro. Seguro que consigue que funcione.

Sam habría deseado poder tener tanta confianza como su amigo. Habían pasado más de dos semanas desde aquella tarde en que la había dejado en la piscina y aún no sabía qué debía hacer. Tenía la idea de que el tiempo lo ayudaría a sacar alguna conclusión, pero lo único que le ocurría era que cada vez la echaba más de menos.

Entendía que lo que había vivido en su infancia le daba una visión del matrimonio como algo temporal y siempre doloroso. Pero si amarla como la había amado durante los últimos dos años no le proporcionaba cierta sensación de seguridad, ¿qué posibilidades tenía de lograr que cambiara de opinión?

Si cedía en su propósito, su vida también sería un infierno. Pero, si se casaba, sabiendo que ella lo hacía por deseo y por miedo a perderlo, ¿no sería sentar las bases para el fracaso?

Vio en el tablón de anuncios del hospital una nota de la empresa en la que ella trabajaba, donde se anunciaba una serie de reuniones que comenzaban la semana siguiente. Se pasó cuatro días tratando de convencerse de que no era necesario que él fuera, pues él no tenía interés alguno en antidepresivos. Lo más probable era que Cathie diera la conferencia. A pesar de todo, al llegar el viernes por la tarde, no pudo evitar estar allí.

-¡Sam! -Leslie, que iba acompañada de un grupo de psiquiatras, agitó las largas pestañas-. ¡Me alegro de verte! ¿Estás realmente interesado en el medicamento o has venido por Cathie, o por la comida gratis?

-Por la comida -dijo Sam, tomando el plato de cartón que ella le acababa de pasar, mientras lo guiaba hacia la mesa llena de sándwiches. El corazón le latía con fuerza-. ¿Es Cathie la que da la charla?

-Sí, claro que sí -dijo Leslie, mientras miraba los sándwiches-. ¿Ves alguno sin carne?

-No estaba seguro de que fuera ella -le pasó una bandeja de sándwiches vegetales.

-La conferencia la dan Cathie y ese chico tan guapo que trabaja con ella. Últimamente hacen estas sesiones siempre juntos. Se llama Mark, ¿no?

-Martín -dijo Sam.

Leslie hablaba sin parar, pero él hacía caso omiso de cuanto decía. La habitación estaba abarrotada y había mucho ruido.

De pronto, entró Cathie con una tetera en la mano, y tuvo la sensación de que el resto de la sala desaparecía.

Estaba más pálida que de costumbre y tenía cierto aire distraído muy poco frecuente en ella, pues siempre estaba en control de la situación cuando trabajaba. Dejó la tetera sobre la mesa, se volvió hacia el público y, entonces, lo vio.

Se ruborizó por completo en un primer momento y, de pronto, se puso más pálida que nunca.

No sonrió, ni asintió, ni reconoció en modo alguno su presencia. Pero, después de todo, ambos sabían que no era necesario.

-Cathie no tiene buen aspecto -dijo Leslie-. No estará embarazada, ¿verdad?

Sam se atragantó. Luego negó con la cabeza, como pudo.

-No -volvió a negar. Si lo estaba, desde luego no era suyo.

La idea le provocó un pinchazo en el estómago. Cuando Martín apareció llevando una bandeja, tuvo ganas de darle un puñetazo.

-¿Café? -le preguntó Leslie-. ¿0 té?

Sam negó una vez más. Tenía las manos temblorosas y no se atrevía a sujetar ningún vaso con líquido.

La presentación comenzó pero Sam no podía prestar atención a lo que Cathie decía. Solo podía pensar en ellos dos y en todas las cosas que habían compartido.

Pero un comentario de Leslie le hizo pensar que las cosas no iban bien.

-A Cathie le pasa algo -dijo ella-. Mira, se pone roja y luego pálida, una y otra vez, y lo que dice no tiene ningún sentido. Tal vez, deberías llevártela a casa.

Sam frunció el ceño. Por el modo en que la miraba, parecía que Martín también se había dado cuenta y decidió tomar la palabra.

Cathie se sentó, fingiendo que el cambio había sido algo previsto, cruzó las piernas y miró al suelo.

Sam no podía apartar la vista de ella. En un momento dado, ella alzó la vista, y parecía estar evitando su mirada a toda costa. Pero, finalmente, sus ojos se encontraron y ella se sobresaltó.

-¡Cathie! -resonó la voz de mando de Martín-. ¿Cathie?

-¿Sí? -ella alzó la vista, como si se hubiera olvidado de dónde estaba-. Lo siento.

-La cinta -dijo Martín-. La grabación del simposio.

Leslie le dio a Sam con el codo.

-Sam, mírala. Haz algo. No puede estar bien. Nunca la había visto así antes.

Sam no sabía lo que podía hacer. Entendía que era su presencia allí lo que le había provocado semejante efecto, pero él estaba sufriendo exactamente lo mismo. Además, ella no habría visto con buenos ojos que él interviniera, ni aun cuando hubieran estado juntos.

Poco a poco, ella se fue recuperando. Después de darle la cinta a Martín, se había sentado de nuevo y tenía un aire más confiado.

-Está bien ya -dijo Leslie.

Martín hizo un breve resumen de los puntos más importantes y puso en marcha la cinta.

-«Hola, soy Sam» -Sam se quedó de piedra. Miró a Cathie y vio el pánico en su rostro. Sam reconoció que aquel era el último mensaje que había grabado en su contestador. ¿Lo había llamado a la nueva casa?

Notó que Leslie se tensaba, como si hubiera notado que ocurría algo extraño.

El público esperó pacientemente, creyendo que ese era el principio del simposio. Pero el resto confirmó que no lo era.

-«Por favor, dejen su mensaje después de la señal».

Solo que no hubo señal. Se hizo un silencio sepulcral. A los pocos minutos, comenzó un murmullo. Martín no parecía darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Por fin, sonrió.

-Creo... creo que esta es la cinta equivocada. Quizá mi colega tenga la adecuada en algún sitio.

Cathie se quedó inmóvil. Por fin, reaccionó y miró en su bolso, sacando otra cinta que le dio a Martín.

Pero, antes de que pudiera ponerla, ella avanzó.

Sam sintió sus ojos fijos en él.

-¿Qué quieres que haga? -le dijo claramente, hablando con él como si estuvieran solos en la habitación, en lugar de estar en una sala con otros treinta médicos-. ¿Quieres que deje mi trabajo?

-Nunca he dicho que quisiera eso -dijo Sam.

-¿Cambiaría en algo las cosas?

-Yo no quiero que lo dejes.

-Son las horas. ¿Quieres que trabaje menos horas? ¿Quieres que deje de viajar?

-No es eso.

-¿Son los niños? Podemos tener niños, a mí me encantan.

-No tiene nada que ver con eso.

Leslie, que estaba junto a Sam, se levantó.

-¿Qué os parece si solucionáis esto a solas? Venga, salid fuera, que

nosotros queremos oír la charla del antidepresivo.

Sam tomó la mano de Cathie y se la llevó fuera, a un banco que había delante del edificio.

-¿Cuándo llamaste? -le preguntó él-. La luz no me ha indicado que hubiera ninguna llamada en la que no hubieran dejado un mensaje.

-Ahora cuelgo antes de la señal. Sam...

-Cathie...

Los dos hablaron al mismo tiempo, pero él le indicó a ella que continuara.

-Voy a perder mi trabajo -dijo ella\*. Después de esto, habrá protestas. Y si no las hay, Martin protestará.

Sam sonrió.

-Como miembro del público, te garantizo que nadie va a protestar. Esos médicos están ahí solo por la comida. Cualquier diversión añadida es siempre bienvenida. Y si ese idiota se quiere quejar, dile que yo me encargaré de él.

-La verdad es que, en el fondo, no me importaría perder ese trabajo. Ya no me entusiasma. Realmente, no es tan importante para el mundo. Debería hacerme socorrista o volver a ser enfermera.

-Recobrarás el entusiasmo -le acarició la cabeza-. Yo también he estado un poco distraído estas últimas semanas.

-Incluso me he estado planteando que no estaría mal hacer un alto en el camino durante unos años para tener niños.

Sam no pudo evitar tocarla. Le acarició suavemente la mejilla.

-Sigue.

Pero ella no siguió. Suspiró y bajó los ojos.

-¿Qué tal la nueva casa?

-Muy bien. Ven a visitarme.

-Lo haría si supiera que tú quieres que vaya. Pero no estoy segura. La verdad es que no estoy segura de nada. Sam, me has hecho perder los nervios. ¿Por qué me estás castigando así?

-No te estoy castigando, al menos no más de lo que me estoy castigando a mí mismo. Necesito tiempo para decidir si realmente me quiero comprometer contigo. No es una decisión fácil y no creo haberla

tomado aún. Todavía lo quiero todo -le acarició el pelo-. Sé que no puedo tener lo que ansío, pero eso no impide que lo desee igualmente.

-Pero yo quiero dártelo todo -su voz sonaba tan desesperada, que él casi la creyó-. Soy tuya, completamente. Y no fui capaz de darme cuenta de cuánto, hasta que no te alejaste de mí. No sé ni qué hacer conmigo misma cuando tú no estás. No hay chispa en mi vida, no hay nada excitante. Es como si no me importaran las cosas. No quiero sentirme así. Sam, te necesito. Por favor, dime qué es lo que quieres que diga.

-Estás a punto de decirlo -le aseguró él, incapaz de pensar claramente, con el corazón contraído-. Cat, el problema nunca ha sido tu trabajo, ni los niños. Todo eso es superficial. Claro que quiero tener hijos y criarlos contigo. Pero, para eso, tú también tienes que desearlo con la misma pasión. No quiero que cambies, ni que dejes de trabajar. Pero, si tú quieres hacerlo, eso es diferente y yo te apoyaré hasta el final. Lo que quiero es que sintamos la misma pasión, el mismo amor. No quiero quedarme siempre fuera, mirándote y amándote muchísimo, pero sabiendo que hay una parte de ti que no me quieres dar. Quiero que desees casarte tanto como yo, pero, sobre todo, quiero que creas que puede durar para siempre. No me puedo comprometer si no es en esos términos.

-Sam...

-Déjame terminar. Quiero que te cases conmigo solo si, realmente, te resulta imposible la vida sin mí.

-Pero eso es exactamente lo que me pasa.

-Sin embargo, las otras veces que hemos hablado de matrimonio, siempre dijiste que no funcionaría. Un mes después de que te vinieras a casa ya decías que era un desastre.

-Eso fue porque estaba convencida de que no iba a funcionar. No me podía relajar porque pensaba que, si lo hacía, nuestros sentimientos desaparecerían. Por favor, Sam, trata de entenderme. He visto tantos divorcios, tanta gente infeliz. No solo mis padres, sino también amigos. Muchos niños a los que enseño son hijos de padres separados, y luego están los del centro de caridad. Para mí, nuestro amor es algo especial y extraordinario. Siempre he tenido miedo de perderlo. Pensaba que si intentábamos enjaularlo, si hacíamos lo que todo el mundo hace, acabaríamos por matarlo. Me daba miedo jugar con algo que era perfecto.

-Pero ahora sí quieres.

-No puedo no hacerlo -dijo ella-. Sam, tenemos que hacerlo. Me has

puesto en tal estado de nervios que ya no puedo pensar. Ya has oído la cinta. Me estoy volviendo loca. He grabado muchas veces tu voz y me la pongo sin cesar a lo largo del día -tragó saliva-. Siempre he intentado que nada fuera muy profundo, ni llegara muy al fondo. Así tenía la sensación de control cuando las cosas iban mal. Pero ya no me importa. Estoy dispuesta a asumir cualquier riesgo. Te quiero, Sam. Quiero estar contigo el resto de mi vida. Por favor, dime qué quieres hacer.

-Quiero oír más -dijo él suavemente-. Vuelve a decirme cuánto me quieres otra vez.

-Bueno... -de pronto se detuvo-. ¡Manipulador, malvado, cruel! -dijo de repente-. Sabes de sobra cuánto te quiero. Sabes que me he rendido a tus pies. Ahora quieres que te suplique.

-Claro que quiero que me supliques. Yo he estado haciéndolo meses. Ahora te toca a ti.

-¡Vamos, Sam! ¿Qué más puedo decir? ¿Qué puedo hacer para convencerte?

-Acuéstate conmigo -dijo él.

-De eso nada, Sam -se rio ella-; Eso es ir muy lejos, lo siento. Hace tanto que no lo pruebo, que me he acostumbrado a no practicarlo. Me he vuelto completamente casta.

-Pues creo que voy a hacerte romper el voto -se aproximó a ella y la levantó en brazos. Se puso en marcha hacia el piso que tenía cerca del hospital, ignorando por completo sus protestas-. Esto me va a tomar algún tiempo. Pero ha llegado el momento de que te convenzas de que vamos a estar felizmente casados para el resto de nuestras vidas.

-Te va a costar convencerme -dijo ella-. Mucho, mucho, mucho.

-Will está en mi puesto esta tarde, así que tenemos dieciocho horas para empezar -abrió la puerta y la llevó directamente a la cama-. Después, tendremos sesenta o setenta años más. Martín va a tener que reemplazarte en tu trabajo durante el resto del día.

-¿Trabajo? -Cathie se rio, lo besó y comenzaron a despojarse de sus ropas-. ¿Trabajo? ¿Qué es eso?

*Fin.*